DEMIAN MELHEM QUESADA

CAMINOS DE PODER

2.EL FUEGO INTERNO

Caminos de Poder
-El Fuego Interno-

Demian Melhem Quesada

Para Sonia Quesada, Dinath de Grandi y Monika Rycerz. Vuestra incondicional ayuda y motivación permanecerán conmigo hasta la última página de mi vida.

AGRADECIMIENTOS

A Enrique Andrés, Sergio G. Suchodolsky, Mario Lawrence. Andrea Lewin, Aurora Maroto, Julio Storace, Fernando Uría y Hans Uría por ayudarme con la edición del libro.

Portada Damien Melhem Quesada y Pablo Sancho

Ilustración y logotipo Damien Melhem Quesada

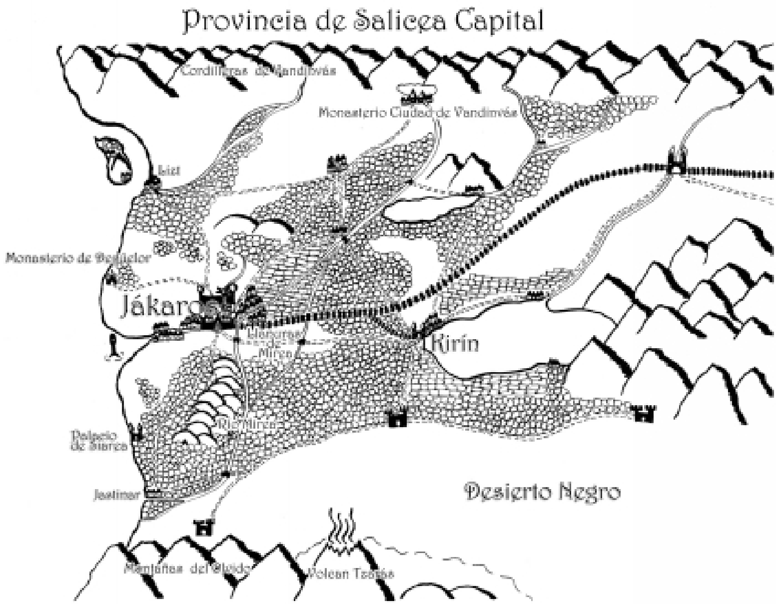
Copyright © 2017 Damien Melhem Quesada

Todos los derechos reservados.

Registro: M-9540-13

CONTENTS

Glosario
Rumbo Incierto
1.1
1.2
1.3
1.4
1.5
1.6
1.7
1.8
1.9
1.10
El Fuego Interno
2.1
2.2
2.3
2.4
2.5
2.6
2.7
2.8
Ruge Niré
3.1
3.2
3.3
3.4
3.5
3.6
3.7
3.8
3.9
3.10
3.11
3.12
3.13


Provincia de Salicea Capital
Monasterio Ciudad de Vandinvés
Jákaro
Kirín
Desierto Negro

ÁRBOL FAMILIAR DE LA CASA IMPERIAL

Glosario

Esferas Mágicas del Imperio Akmólica:

Elii: Magia de la **Vida**
Ener: Magia elemental del **Agua** (Elemento Base)
Kroam: Magia elemental de la **Tierra** (Elemento Base)
Stos: Magia elemental del **Aire** (Elemento Base)
Erín: Magia elemental del **Hielo** (Elemento del Cambio)
Niré: Magia elemental del **Fuego** (Elemento del Cambio)

Grados de la Magia:

E: 1°, **An:** 2°, **En:** 3°, **Han:** 4°, **Ehan:** 5°, **Hen:** 6°, **Ehen:** 7°, **Hanah:** 8°, **Ehanah:** 9°

Primera Parte:

RUMBO INCIERTO

1.1

La brisa de la noche con su implacable vigor de ásperos y gélidos tonos, enfría los rostros de las amantes como cuchillas heladas traspasando la piel. La emperatriz no siente ninguna incomodidad. La magia la protege, según el viento se desliza por su desnudo cuerpo.

Cabalgan hasta que la luz del día vuelve. La emperatriz le hace una señal a su amada. Se desvían del camino ocultándose entre los árboles. Desmontan. Las miradas se cruzan. Las sonrisas emanan. Un abrazo genera un beso lento de puro amor. Sui pierde la concentración.

—Rápido, pásame la ropa, me estoy helando —dice la emperatriz envolviéndose en sus brazos y contrayendo su cuerpo.

Li-En rebusca en uno de los bolsos, sacando los ropajes de invierno de su amada y una capa de pieles de lobo.

—Esto es todo lo que he traído, lo demás son provisiones y una manta —dice Li-En—. Espero que sea suficiente.

—Seguro que lo será amor mío —dice la emperatriz vistiéndose tan rápido como puede. Se pone las botas y cierra los ojos unos segundos concentrándose para deshacerse de la sensación de frío. Una paz desbordante llega al inspirar. Abre los ojos, ve a su amada y la sonrisa se contagia.

—Lo hemos conseguido, somos libres —dice la emperatriz.

—Si —contesta Li-En antes de volver a fundirse en un abrazo.

—¿Qué más has traído?

—Suficientes provisiones para poco menos de una semana, un mapa y lo que encontremos en los caballos.

Sui sonríe con ternura, demostrando con sus ojos el infinito agradecimiento por haber realizado un plan alternativo que la emperatriz nunca hubiera querido organizar.

El polvo helado comienza a caer cada vez con mayor intensidad. Las amantes protegidas por la arboleda observan como sus huellas desaparecen poco a poco. La suerte parece estar de su lado. Juntando sus manos realizan un rezo y le dan las gracias a Elión.

—Lo siento —dice Li-En dudando—, debería de haber traído

más abrigo, pero no me dio el tiempo, en cuanto oí...

—No te preocupes, ya ha pasado. Con esto será suficiente. Siempre y cuando nos mantengamos en marcha. ¿En qué más has pensado?

—Ir a Daericia o quizás, no sé...

—A Daericia no, Vi-Gunar es un traidor.

—Entonces solo nos queda un camino. Tu padre quería concederle el perdón a los Beenor. Quizás allí encontremos aliados.

—¿El desierto negro? Tendremos que enfrentarnos a dos o tres días de camino abierto y quien sabe lo que harán esos salvajes con nosotras. No…

—Sí, lo sé. Es una locura. Pero es el único lugar en donde el viejo no nos podrá encontrar.

—Pobre Jákiro, hizo lo que pudo para ayudarnos. Su cuerpo aun ha de estar abandonado allí, a mitad de camino. No se Li-En, es arriesgado y peligroso.

—Da igual lo peligroso que sea Sui, tenemos que escondernos de Denvas y del viejo y no hay otra opción.

—Eso parece. Déjame que revise a los caballos, a ver que encontramos.

Sui revisa las gualdrapas de los caballos y dice:

—No hay más que carne seca y galletas. No creo que podamos llegar con lo que tenemos.

—Entonces dirijámonos primero hacia las granjas de Kirín.

—Esa me parece una mejor idea. Después ya veremos.

Ante el camino vacío, la imaginación invade con imágenes de patrullas, soldados y Denvas cabalgando en su busca. El miedo vuelve a surgir. Montan en los caballos de los que aún emana el vaho de las pieles húmedas.

La nevada ha incrementado su presencia y la visibilidad se ha dificultado con el viento silbante.

Las amantes cruzan a gran velocidad hasta llegar al otro lado del bosque, en donde vuelven a estar protegidas por los pinos inmensos que se difuminan con el cielo. El manto de nieve cede al toque de los caballos. Las herraduras se hunden generando un sonido seco y a su vez prolongado. El frío molesta a los equinos.

Sui dirige su caballo fundiendo su conciencia con el horizonte boscoso, la nieve y los sonidos del cabalgar. Para ella la quietud de suaves e imperceptibles susurros, junto con lo ignoto que se presenta en cada conjunto de espesas sombras, deja de causarle

miedo ahora que sus vidas ya no están en juego.

Li-En piensa, cuestiona, calcula y se desconcierta. Más que nada sabe que el auténtico miedo proviene del emperador Ikarión-Erín de Gunar I y su aprendiz, Denvas-Erín. Y sabe que de él y de ella aún no están a salvo.

1.2

Una ligera niebla se desliza por la avanzada mañana. Trae consigo una gélida fragancia de pureza crispante y un cambio de luz de tonos blancos deslumbrantes. Los caballos se resienten y sufren ante el continuo esfuerzo. El peso de las iniciadas por más que de calor, cansa. Los relinches se hacen más frecuentes.

Las iniciadas continúan su camino, intentando discernir un lugar resguardado en donde descansar. Deciden ir por una pequeña pendiente a su izquierda. El desnivel aumenta. Aparecen rocas entre la nieve hasta formar una colina con cuatro cuevas. La absoluta oscuridad que proviene de ellas contrasta con la luz blanquecina de la bruma que se eleva. Una de ellas, la que se encuentra más cerca, la más tenebrosa; es la que Li-En observa con miedo. Sabe que algo se encuentra en su interior y sabe que de ahí no saldrán vivas.

—Vámonos de aquí. ¡Rápido! —Dice perdiendo el control de su voz que suena con un tono mucho más elevado y agudo del que había pensado.

—Tranquila Li-En. Utiliza la piel inexpugnable si tienes miedo. Aquí nos resguardarnos hasta el mediodía.

En ese momento los caballos ven a un lobo salir de la cueva más alta. Relinchan con fuerza moviendo sus cuellos de manera frenética, preparándose para galopar lo más lejos posible.

Cuando las amantes miran al frente no ven un lobo, sino tres de ellos bajando por la pendiente.

Los caballos salen desbocados haciendo perder el control a Li-En que cae al suelo. Sui intenta detener al suyo pero no puede. Salta del equino dirigiéndose hacia Li-En, con la esperanza de que nada malo haya sucedido.

«No hay posibilidad alguna de huir —piensa la emperatriz al ver a su amada levantarse.»

—Hay que luchar, nos enfrentaremos a ellos —grita invocando el hechizo de piel inexpugnable y fuerza extrema. Li-En hace lo mismo levantándose y sintiéndose con algo de suerte al no haberse roto la cabeza. Las mochilas caen al suelo.

Cinco lobos las rodean dispuestos a atacar. Los sonidos que

producen sus gargantas se funden con sus pasos en sincronía. Li-En siente miedo ante el olor de las bestias y el brillar de sus ojos amarillos. Uno de ellos se adelanta y salta con las mandíbulas abiertas. Sui siente que su amada no está preparada y se interpone bloqueando el ataque con el brazo derecho. Coge a la bestia por el cuello, dominada por sus instintos, apretando cada vez con mayor fuerza, hasta que los colmillos dejan de intentar atravesar una piel imposible de dañar. El lobo se impulsa con sus patas apoyándose en el cuerpo de la emperatriz y consigue escapar de la presa mortal que atenazaba su garganta, haciendo a su captora caer al suelo.

La manada observa. Las iniciadas se protegen espalda contra espalda.

El lobo que atacó a Sui ruge en tono grave como si quisiera comunicarse. De la cueva más alta salen dos lobeznos y un adulto. La manada reacciona al oír a los cachorros llamar. Giran alrededor de las iniciadas y se acercan poco a poco dispuestos a atacar.

El momento inevitable de confrontación a muerte parece que va a suceder, pero los lobos se dan la vuelta. Regresan a su cueva.

—¿Qué ha sucedido? —Pregunta Li-En.

—No sé —contesta la emperatriz mirando a su alrededor—, deberíamos de irnos antes de que vuelvan a atacar.

Las amantes se alejan, sintiendo la mirada de la manada.

Lejos de las cuevas, sin caballos, agotadas, no encuentran lugar en donde reposar.

—Sui, no puedo más.

—Sigamos, Li-En.

—No, descansemos. No creo que encontremos ningún lugar mejor que este —dice señalando la desolada arboleda—. ¿Qué esperas encontrar?

—No tengo ni idea, pero aquí no me gusta.

—Sui —contesta Li-En con lenta voz y tono suplicante.

—Está bien Li-En. Descansa tú primero, yo mantendré la guardia. En aquel árbol —dice la emperatriz señalando a uno con el tronco más ancho.

La emperatriz aplana un poco la nieve poniendo su capa en el suelo enfrente del árbol en donde se sienta con las piernas abiertas.

—Ven aquí amor mío. Recuéstate sobre mí. Mantendremos el calor entre las dos.

Li-En acepta y cubre su cuerpo con la capa y la manta.

«Hemos escapado casi sin luchar —piensa la emperatriz—. Justo en el momento en el que iban a atacar se retiraron. Hay algo que no

encaja. Bueno, que más da. De momento no nos tenemos que preocupar. Gracias Elión.»

Li-En intenta dormir, pero no puede. El dolor de sus músculos, sobre todo en las piernas y la parte inferior de la espalda le impide relajarse

«Los lobos vendrán —piensa Li-En—, seguro. Nos atacarán en la noche y si no quien sabe qué clase de peligros nos esperan en este bosque, sin caballos, sin protección. Que frío, no puedo más, quiero descansar en un lugar cálido, tomarme una sopa caliente enfrente de una chimenea, que bueno. Con el fuego calentando mi rostro y mis manos, solo quiero relajarme y disfrutar del calor. Que frio.»

Las nubes dejan claros por los que el sol se cuela atravesando las nevadas ramas en busca de un camino hasta acariciar el suelo. Sui observa a su amada dormir y despertar en continuas rachas que en poco le ayudan a descansar.

—Despierta amor mío, despierta —dice la emperatriz con voz suave y tierna—. Deberíamos buscar un lugar más apropiado, el sol ha salido.

—No he podido dormir nada.

—Vamos, encontraremos un lugar en donde el sol caliente para poder descansar mejor.

Se levantan. Sienten un punzante dolor en sus rodillas y articulaciones. Los músculos apenas responden entumecidos y agotados por el continuo estado de tensión. El descanso no ha cumplido su misión, todo lo contrario, ahora sus cuerpos están aún más agotados, llegando a los límites y sin la posibilidad de utilizar la magia para ayudarlas. De sus mochilas sacan unas setas. Antes de ingerirlas realizan las plegarias a Elión. Concentrándose en el lento sabor, nuevas energías fluyen por sus cuerpos, pero el agotamiento les acompaña al retomar el camino. Paso a paso, sus cuerpos cada vez son más pesados. Los pies se hunden como si estuvieran abriendo un túnel bajo tierra, dándoles la sensación de que al levantarse se llevan consigo nieve y rocas que cargan a sus espaldas, acumulando más y más según el día avanza.

—Allí, allí podremos descansar —dice Sui llena de esperanzas, al ver un claro en el que el sol se reflecta en la nieve como si de una señal divina se tratara.

—Menos mal, ya no puedo más. Gracias Elión —contesta Li-En cayéndose de rodillas.

En el claro, ven para su sorpresa a sus dos caballos, atados a una

rama.

—Espera —dice la emperatriz en voz baja—. Quizás sea una trampa.

Las amantes otean sin ver nada fuera de lo normal. Algún sonido de ramas movidas por el viento, algún pájaro en la lejanía y el más absoluto silencio. Se acercan despacio hacia la blancura destellante. Sus corazones van a estallar ante la expectativa de un evento inesperado. Cada ruido, por ligero que sea les hace saltar.

—Bordeemos el claro por la izquierda —dice la emperatriz eligiendo el camino más largo.

Li-En asiente y juntas caminan con cuidado, observando las ramas, los troncos, observando en la distancia y mirando al cielo y al suelo en busca del posible ardid. Los caballos comen la hierba helada de los agujeros que excavan con sus pezuñas. Las iniciadas llegan a su objetivo sin descubrir nada.

—Cosas raras suceden en este bosque —dice Sui acariciando las crines de su equino.

—¿Quién los habrá atado? —Pregunta Li-En depositando su preocupada mirada en la lejana arboleda que se funde en la distancia.

—No sé, pero démosle las gracias a Elión.

Las amantes juntan sus manos y realizan sus plegarias y rezos que vienen acompañados por una agradecida sensación de paz.

—Descansemos ahora que el sol nos calienta. Nos espera una larga noche. Espero que los caballos aguanten —dice la emperatriz con la cara consumida por el cansancio.

—Esta vez me toca vigilar a mí —afirma Li-En intentado juntar sus inexistentes fuerzas.

—No Li-En. Descansemos las dos y que sea lo que la voluntad de Elión decida. No podemos permitirnos seguir cargando con cuerpos doloridos y agotados.

—¿Y los lobos? Además, quizás nos estén observando y estén esperando a que nos descuidemos, no yo…

—No Li-En. Tengo un buen presentimiento —interrumpe la emperatriz con tono tajante de enfado—. Tienes que descansar. Si tan solo pudieras verte la cara te darías cuenta, y yo ya no puedo más.

—Me da igual Sui-Gunar —contesta Li-En con el mismo tono de disconformidad intentando llevarse la victoria en esta batalla dialéctica que en cierta forma sorprende a las amantes que casi siempre han sabido resolver sus distintas opiniones sin llegar al punto del enfado—. Me da igual estar agotada, me da igual el dolor

de mi cuerpo, me da igual. Lo que no voy a hacer es confiarme, después de todo lo que nos ha pasado, no, ahora no. Todavía no estamos a salvo. ¡Me oyes! —dice Li-En con el rostro fruncido, subiendo el tono y señalando con su dedo como si fuera una espada dispuesta a ser utilizada.

—Está bien Li-En-Elión, haz lo que quieras. Yo tan solo quiero descansar, ya veremos cuando llegue la noche que tal te encuentras —contesta la emperatriz mientras observa el suelo en busca de un lugar en el que tumbarse.

Juntas, pero sin mirarse, preparan la superficie apartando la nieve. Sui vuelve a depositar su capa en el suelo y Li-En se sienta apoyándose en el árbol.

—Comamos —dice Li-En aun enfadada.

—Sí. Dame unas semillas para alimentar a los caballos. No creo que este césped helado sea bueno para ellos.

Después de disfrutar de unas setas con frutos secos bañados en miel. La emperatriz se echa al lado de Li-En y se cubre con la capa.

—¿No quieres tumbarte entre mis piernas? —Pregunta Li-En un tanto preocupada.

—No, descansaré mejor a tu lado. Despiértame dentro de un rato, cuando sea mi turno para cuidar —dice Sui acurrucándose.
Según las sombras crecen, Li-En encuentra posturas cada vez más cómodas que con delicadeza van sumergiéndola en la manta. Sin darse cuenta, cae dormida.

1.3

Las primeras estrellas aparecen en el cielo y junto con ellas el implacable viento helado.

Li-En se despierta de golpe pensando que se acaba de quedar dormida y mira desconcertada sin encontrar a los caballos. Sui abre los ojos asustada ante el repentino movimiento y ve a su amada de pie sonriendo.

—Por un momento pensé que alguien se los había llevado —dice Li-En observando a los equinos durmiendo de pie al otro lado del árbol.

Las amantes intercambian risas. Sus cuerpos han descansado y las mentes también.

Continúan en dirección este hacia el río Mirea. El caballo de Li-En estornuda y relincha con debilidad. La noche trae de vuelta su gélida presencia, acompañada del repentino aullar de los lobos. Los miedos emergen nuevamente. Los caballos se inquietan. Li-En mira hacia atrás y ve sombras moverse entre los claros de luz que proyecta la luna. Ningún sonido se acerca pero el miedo se incrementa. Un búho blanco reluce en una rama, observando a los extraños visitantes. Suena su saludo, que bien podría ser un aviso, el que Li-En y Sui temen escuchar. El aviso de una nueva huida desenfrenada.

Li-En escucha el creciente murmullo del río. Se imagina a salvo por unos momentos, hasta que un nuevo miedo trepa por sus venas al oír un sonido fugaz y ver las sombras moverse. Su corazón se acelera. Los lobos, Denvas, los soldados, un oso, una presencia desconocida e incluso una serpiente que haga a su caballo relinchar y tirarla al suelo, son los temores que se mezclan, se entrelazan y se pierden para volver a resurgir con mayor fuerza, girando hasta marearla. Atrapándola en una sensación de absoluto vacío, en el que su presencia se ausenta. Tan solo hay un pavor que bloquea su capacidad de elección, dejándola debilitada ante cualquier posible repentina reacción.

A orillas del río, la desilusión se apodera de Sui:

—Debemos bajar bordeándolo —dice la emperatriz girando su

caballo en la dirección deseada.

—No creo que sea una buena idea —dice Li-En sin saber que hacer.

—Es la única opción. No sabemos a que profundidad llega.

—No parece muy peligroso.

—¿Quieres que lo crucemos?

—Sí, no, no sé.

—¿En qué piensas Li-En? Algo tenemos que hacer. No nos podemos quedar aquí a la intemperie.

—No sé, tengo miedo y no tengo ni idea, todo parece tan peligroso. ¿Cuándo volverá todo a ser normal?

Sui mira a su amada perdiendo el control, dejando que los sentimientos de ira y desesperación la dominen. Inspira con fuerza y retoma el control de sus pensamientos antes de ser contagiada por los miedos de ella. Se acerca, le acaricia y le dice con voz suave:

—Pronto amor mío, pronto. Cuando lleguemos a las granjas.

—Sí, claro, pero a este paso tardaremos días y no creo que pueda resistir ya más el cansancio y el frío. Estoy agotada. Además tenemos pocas provisiones. Y allí…

—¡Basta! ¡Basta! ¡Ya están bien Li-En-Elión! —Corta la emperatriz gritando—. Así no vamos a ningún lado. Deja de darle tantas vueltas a la cabeza. Confiemos en Elión, y Li-En, confía en mí también. Este es el momento que tanto habíamos esperado. Somos libres y estamos juntas. Todo saldrá bien, lo peor ya pasó.

—¿Libres? ¿A esto llamas tu libertad? Rodeadas de peligros. A la intemperie, haciendo lo que venga, lo que el bosque decida sin que nada podamos elegir y sin… —Dice levantando el tono y bajándolo hasta desaparecer al ver a su amada fruncir el rostro. Percibe en ella una furia capaz de llegar a la violencia o peor aún, al abandono. Ve que sus ojos dejan de proyectar amor, enfriándose y destruyendo toda empatía. Sabe que la discusión va a escalarse sin control y sin ninguna decisión tomada. En un instante entiende que se está equivocando y tras un silencio en el que baja la mirada, continúa:

—Quizás tengas razón. Para que discutir, sigamos. Tan solo estoy cansada.

Sui responde con una mirada compasiva y le dice:

—Yo me siento igual, pero intento no pensar en ello. Confía en Elión, Li-En, confía. Todo saldrá bien.

—Sí, perdona, todo saldrá bien —dice poco convencida.

La emperatriz emprende la marcha perdiendo su mirada en las aguas. Las memorias se cruzan antes de pensar:

«Si tan solo hubiera sabido, nunca me hubiera casado. La Suma

Iniciada me traicionó. Ahora me vuelvo a encontrar enfrente del mismo río. Elión permíteme cruzarlo y no volver a él nunca más.»

La luna casi llena se oculta entre los árboles. El río ruge en su continuo descender, esperando a sus intrépidas visitantes. El cielo comienza a aclarase según desaparecen las estrellas. Los caballos están agotados, el de Li-En ha estado estornudando y de vez en cuando se ha negado a moverse.

—Se acerca la mañana, tenemos que cruzarlo —dice la emperatriz preocupada.

—Es demasiado peligroso. ¿Has visto cómo baja?

—Ya, pero bordeándolo seguro que nos encuentran, y si no, encontrarán nuestras huellas. Además, también están las águilas de los Stos, ellas nos verán. Tenemos que cruzarlo Li-En, no hay otra.

—Está bien, pero recemos antes.

Las iniciadas desmontan de los caballos y juntan sus manos diciendo:

—Elión otorgador de la luz y de las sombras, guíanos por nuestros caminos hacia un futuro de paz y armonía. Gracias Elión por esta vida.

—Acerquémonos más al río —dice la emperatriz—. Ya veremos por donde cruzarlo.

—No lo tengo claro —dice Li-En al ver la corriente de agua bajar con cierto caos—. Todo parece igual de peligroso.

—Crucemos con los hechizos de agilidad extrema.

Los caballos no se atreven, relinchan y tiran hacia los lados antes de llegar a tocar el agua. El de Li-En estornuda con mayor fuerza y retrocede lleno de energías renovadas ante el miedo.

—Vamos amor mío. Volvamos a intentarlo.

Los caballos vuelven a ejercitar su voluntad desequilibrando a las iniciadas en el último momento antes de entrar al río, girando y relinchando.

—Vamos, vamos, vamos —dice la emperatriz clavando las botas en las costillas del equino, hasta que se lanza al agua helada. El caballo de Li-En le sigue pero este reacciona con mayor disconformidad al chocar contra la gélida sensación. El río alcanza una altura inesperada mojando las rodillas de las iniciadas.

Li-En con el corazón acelerado, los músculos tensos, las ropas mojadas y las piernas heladas, vuelve a estar dominada por el miedo, perdiendo la concentración. En ese momento su caballo relincha y estornuda con mayor fuerza desestabilizando a la iniciada que ve como el equino se levanta con los cuartos traseros,

perdiendo el equilibrio y tirándola al agua.

—Suiiii… —grita Li-En.

La corriente la arrastra acompañada de su caballo, que tampoco es capaz de recuperar el control para estabilizarse.

—Ya voy Mien —grita la emperatriz a la vez que intenta dirigir al caballo corriente abajo. Este relincha y continúa con mayor insistencia su camino hasta llegar a la otra orilla. Sui intenta dominar su voluntad tirando de las riendas hacia el río. El caballo relincha negándose hasta que su mandíbula se disloca con la tensión de las correas. Un gran chillido de dolor suena a la vez que el equino lanza a su caballista al suelo. Sui cae dando una vuelta descontrolada, clavándose una piedra en la espinilla. La sangre mana. El caballo escapa herido, despreciando el trato que la emperatriz le ha dado.

Sui se quita la capa y abandona la mochila con las provisiones en desesperada carrera, ignorando su herida. Con absoluto control, pero sin ser consciente de lo que sucede, la magia mana en ella potenciando su cuerpo. Sus reflejos y sus sentidos son exaltados al máximo, invocando a su vez la piel inexpugnable antes de saltar y comenzar a nadar río abajo.

El caballo de Li-En choca contra unas rocas estabilizándose en una zona menos profunda. Consigue salir a la orilla echando agua por la boca, dolorido en las costillas, con tos raspante y miedo enloquecedor ante el poderío gélido del río que le ha perdonado la vida.

Li-En intenta sujetarse de una roca, atrapándola con sus brazos. Traga agua helada, no consigue respirar con claridad y pierde el control de sus dedos petrificados que se confunden con la dureza de la roca haciéndola perder el tacto. Otra roca se interpone en su camino. La corriente la lanza contra ella rompiéndose el brazo izquierdo, la muñeca derecha, dañándose las rodillas, pies y espalda, y golpeándose la cabeza con contundente fuerza, dando lugar a una brecha prolongada en la nuca. La roja sangre mana oscura al disolverse en la corriente que fluye en descenso según se asoma el alba. Sin perder la conciencia, consigue poner los pies en el suelo y estabilizarse ayudada por la roca en la que está recostada. La orilla está cerca, pero la corriente llega dándole de lleno en el pecho y el rostro, paralizándola. El agua entra por la nariz y boca en ráfagas descontroladas mezclándose con el aire e impidiéndole respirar con comodidad en un momento en el que su mente es incapaz de controlar la situación.

Sui llega hasta su amada cuando está a punto de desfallecer

inconsciente ante un mundo caótico que no es capaz de comprender. Sujetándola de los brazos y espalda, la rescata saliendo por el lado del río del que venían. Le quita la destrozada mochila y la recuesta boca arriba. Examina el cuerpo apaleado. La sangre brota mezclándose con las ropas mojadas antes de unirse con la nieve. La emperatriz concentra su energía elii y presiona con sus manos el estómago de Li-En hasta que el agua no deseada es expulsada. Li-En abre los ojos. Un dolor persistente, agudo, punzante y blanco crispante, impide todo pensamiento.

Sui pone su mano sobre la cabeza de su amada. La herida cicatriza y el cráneo se sella, pero la contusión ha sido muy grave. Vuelve a caer inconsciente. La emperatriz continúa curando las fuentes de sangre que surcan por del brazo y rodillas de su amada, hasta que las heridas superficiales desaparecen. Observa la mochila de Li-En calada y rajada, sabiendo que pocas provisiones habrán sobrevivido. La manta y parte de la ropa se han perdido junto con los caballos.

—No voy a poder cuidarte Li-En, en el bosque es imposible, moriremos. Elión ayúdanos, ayúdanos, Elión ayúdanos —pide la emperatriz besando la frente de su amada. Las lágrimas caen hasta llegar a la pálida y helada piel de Li-En.

«¿Qué voy a hacer? Estamos perdidas, Elión ¿qué voy a hacer? —Piensa desesperada, dejándose dominar por el miedo que paraliza toda posible acción.»

—Nooo, no… —grita la emperatriz mirando al cielo en busca de respuestas.

1.4

—Sushhh… —se oye a una voz desconocida—. Desequilibrio, demasiado desequilibrio, no es necesario. Lo necesario, es mi ayuda.

Sui baja la cabeza asustada ante la voz que se presenta con acento difuminado de antiguo salíceo, dando la sensación de lo que bien podría ser un viajero de una historia de hace cientos de Ciclos Completos.

Los ojos de la emperatriz observan con curiosidad intentando prever las intenciones del extraño. Él, de rodillas, extiende su brazo izquierdo. Su mano grisácea, lisa y tersa con venas que se ramifican en tonos de oscuro verdor, de dedos finos y estirados que finalizan en uñas cortas, blanquecinas y gruesas, ofrece dos pétalos azules.

La emperatriz duda. Observa las patillas prolongadas con dos cristales o joyas transparentes colgando a cada lado, el rostro alargado y rectangular con el mismo tono de piel grisáceo. Los labios verdes pálidos marcando una sonrisa, nariz ancha casi plana con grandes orificios, mejillas subidas y abundantes en gesto de amistad. Ojos negros sin pupilas definidas, con un círculo central aún más oscuro de inmensa profundidad en el que Sui se pierde hasta encontrar una llama pálida en forma de halo blanquecino de tonos grisáceos de los que proviene una luz profunda, inamovible.

—Tomad estos pétalos de Raia azul, son especialmente fuertes con el alba. Os ayudarán a sanar y os devolverán la voluntad.

«Ese tono tan peculiar, desconocido y familiar al mismo tiempo. No es humano. ¿Qué es? No soy capaz de leer ningún tipo de intención en sus ojos que no son ni de mamífero, ni de reptil, tampoco de ave ¿o quizás sí? Nunca había visto nada igual.»

La emperatriz intenta no dejarse llevar por los sentimientos amistosos que de este ser emanan. Sus ojos trasmutan, siendo cada vez más humanos y su piel también cambia tomando tonos cálidos, desconcertando a la emperatriz que no sabe como responder hasta que se da cuenta que no tiene elección. O confía en el extraño o sus vidas habrán terminado.

—No os asustéis ante mis adaptaciones físicas —dice el extraño al percibir las inseguridades de ese ser tan bello que observa—. Mi cuerpo se amolda ante las influencias que permito que me afecten

—ríe con tonos amistoso—. Cada vez me pareceré más a un humano. Sí, hace tiempo que no siento y disfruto de ese tipo de cuerpo… —vuelve a reír haciendo dudar a la emperatriz—. Ohhh, perdona, veo que aún no confías del todo en mí. Confía, ya que no es la primera vez que os ayudo —termina diciendo a la vez que baja la cabeza y otorga con el brazo.

«¿Entonces fue él quien nos ayudó con los lobos?» Su mente pregunta y su cuerpo responde formando una sonrisa seguida por un gesto de agradecimiento en el que coge los pétalos.

—Gracias, su ayuda es bien recibida —dice la emperatriz.

«Gracias Elión.» Dice en silencio.

El desconocido acepta el agradecimiento con un gesto de amabilidad y se sienta con las piernas cruzadas dispuesto a contemplar con pleno detalle los cambios que sucederán tras la ingestión de su regalo.

Sui observa con curiosidad los pétalos, nunca había visto belleza igual. De color azul oscuro brillante del que emana una luz azulada y violeta con un aura blanca proveniente del borde grisáceo. Lo deposita con suavidad en su boca y despacio le saca el máximo provecho. Una sensación fresca y apenas ácida impregna su lengua. El pétalo se deshace, dejando un sabor amargo y dulce, que se funde en energía ignífuga fluyendo lenta y apaciblemente por todo su cuerpo en prolongado placer. Cuando la onda energética inunda el cerebro, Sui siente como su cuerpo se relaja en un goce parecido a los que había sentido a través de las meditaciones más profundas en la energía de Elión. Solo en aquellos momentos infrecuentes había alcanzado un nivel tan alto de concentración en el que la mente se libera con ligereza orgásmica de todas las preocupaciones mundanas, hasta llegar a la cúspide del cielo en donde se vuelve a la conciencia habitual con una sensación persistente de aceptación y paz.

La emperatriz sonríe al volver la tranquilidad. Deposita el otro pétalo en la lengua de su amada y le acaricia el rostro diciendo:

—Con esto sanarás amor mío.

El pétalo se deshace en la lengua de Li-En con resultados similares, pero menos intensos, ya que la conciencia de la iniciada no está allí desde el comienzo. Abre con calma sus ojos llenos de paz. Un dulce cansancio la llama, pidiéndole que duerma junto al río cinco días y noches enteras, sin preocuparse ya de nada.

La imagen borrosa del hombre de piel clara, le recuerda a alguien conocido. La vista se le aclara y se da cuenta que no le conoce, aun así sus facciones podrían ser las de cualquier Akmólica

del Oeste. Ni bello, ni feo, con rasgos genéricos y gesto afable.

«Sus ojos —piensa Li-En—. No son del todo negros, sino grises oscuros con tonos verdosos o quizás azulados. Profundos como el más inhóspito océano. Que luz tan extraña proviene de ellos. Reflectan confianza, pero no me fio, ¿qué hace en el bosque?»

Sui sonríe y se desprende de una lágrima al ver a su amada volver a la vida

—Perdonad que os observe fijamente, pensé que os conocía. Me llamo Li-En.

Sui siente la necesidad de presentarse generada por sus buenas maneras, pero duda si dar su auténtico nombre, por lo que se mantiene en silencio.

El desconocido sonríe y después de una pausa dice:

—Los nombres no son necesarios, se quienes sois —se quita la capa y se la ofrece a la herida.

Las amantes intercambian miradas y gestos disimulados de sorpresa que comienzan a convertirse en miedo ante las posibilidades inciertas.

El extraño se ríe y dice volviendo a ofrecer la capa:

—Vuestros nombres no sé, aun así sé quienes sois. Enfrente de mí os siento, os veo y os huelo. Los nombres no me darán más honesto entendimiento que vuestra sola presencia, por lo que sé quienes sois, aun así no sé quienes fuisteis —dice el extraño antes de volver a reír, finalizando con una gran sonrisa coronada con sus bellos ojos llenos de compasión—. Varios nombres de esos me han llamado. Un día de iluminación encontré una verdad, y en esa verdad los nombres no existen, no son necesarios. Los humanos tendéis más que las otras especies, a conocer a través de catalogar, calificar y limitar, como si pudierais controlar lo que no se puede controlar. Os gusta mucho esa sensación de poder irreal.

—¿A qué os referís? ¿No sois humano? —Pregunta Li-En cubriéndose.

El extraño se toca la barbilla, tomándose su tiempo para contestar:

—No sabría contestar con la precisión que tu pregunta reclama. Para vuestro entender, soy humano, ya que nací humano. Pero mucho he vivido, mucho y hace ya aún más tiempo que dejé de limitar mi percepción y conciencia con el término humano —vuelve a reír—. Sí, sí, aunque bueno, supongo que mi apariencia es la de un humano, por lo que soy humano —nuevas risas suceden confundiendo a las iniciadas—. Ahora, la auténtica pregunta sería si percibo lo mismo que percibe un humano y la respuesta sería que

sí, pero a su vez percibo mucho más de lo que un ser humano es capaz de percibir —otra tanda de risas acontece, en la que las iniciadas contestan con curiosas muecas de empatía, el extraño continúa con menos entusiasmo. Sabe que su afabilidad está comenzando a ser catalogada como locura—. Veo que os ha sentado bien el pétalo de Raia azul, ¿verdad?

—Sí, gracias por su ayuda —contesta Sui al ver el desconcierto en su amada—. Él nos has salvado. Te golpeaste la cabeza y caíste inconsciente perdiendo mucha sangre.

—Gracias —dice Li-En con voz dudosa.

—Os agradezco vuestras gracias —dice el extraño antes de volver a reír.

Las iniciadas comparten una mirada y sonríen ante la peculiaridad del sujeto que se presenta ante ellas. Sui aceptando, pero Li-En aun dudando, hasta que nota una sensación incómoda como una serpiente sentiría al mudar de piel sin poder escapar de ella, intentando dejar atrás la antigua e incómoda capa proveniente de las ropas empapadas que están adheridas a su cuerpo. En ese preciso instante se da cuenta de que esta tumbada sobre la nieve, dolorida, magullada y rodeada por su propia sangre que mancha sus vestimentas. Su mente cuestiona llevando la dirección de sus preocupaciones a un nuevo puerto en el que no encuentra ninguna respuesta:

—No me acuerdo de nada, íbamos con los caballos y… ah, que dolor, mi cabeza...

Antes de que a Sui le dé tiempo a contestar, el extraño dice:

—Del pasado proviene el dolor, olvida recordar. La caravana está cerca, necesitáis secar esas ropas, alimento y sobre todo dormir. Vuestros cuerpos están muy maltratados. Como sigáis así, os van a abandonar —dice volviendo a reír. Ve como intentan levantarse y les aconseja: —Tened cuidado al poner los dos pies sobre la tierra otra vez. Hacedlo con presencia. El cuerpo os va a pesar menos de lo habitual y a veces no es fácil de llevar.

El sentido de equilibrio de Sui intenta encontrar nuevos términos en los que basarse. Después de un pequeño tambaleo lo consigue. Coge a su amada por debajo de los brazos, la levanta y la abraza. El amor vuelve a fluir por sus cuerpos ayudando a sanar las heridas. Tras el primer paso, Li-En no es capaz de mantener el equilibrio, más que nada por el cansancio y por el intenso dolor que vuelve a clavarse en su cabeza. Le vienen arcadas y a punto está de caer hasta que se apoya en un árbol en el que vomita agua. El extraño le ofrece su capa diciéndole:

—Necesitas calor, mucho calor.

Sui sujeta a su amada y la observa con preocupación.

«Nunca pensé que nuestro camino llegaría a complicarse tanto —piensa la emperatriz—. Que equivocada estaba. Perdóname Li-En, no sabía.»

1.5

El bosque cambia su cara misteriosa aceptando su rostro más agradable de luz y claridad. Los troncos rechazan las sombras, las ramas niegan los grises, y los colores del día se despiertan camuflados por los destellos crecientes de la nieve que lo abarca todo según la arboleda abandona la oscuridad. Los rayos de sol llegan difuminando en placentera armonía. El aire helado, crispa las cortezas deslizándose entre los espacios libres por los que puede pasar, dejando la fragancia del frío invierno que llena los pulmones de conciencia a los seres que disfrutan del temprano madrugar.

Sui ayuda a su amada que se mueve con torpeza. Juntas siguen al extraño unos pasos atrás, en silencio. Él, camina observando todo lo que se encuentra a su alrededor, paseando y disfrutando sin ninguna preocupación. Sui se pregunta:

«¿Qué hará un ser tan extraño en el Bosque del Oeste? ¿Tendrá autorización para estar tan cerca de la capital? ¿Quizás sea un espía, quizás lo envíe Ikarión? No, no creo, aunque su magia es poderosa, nunca había oído de seres que fueran capaces de cambiar su constitución física. ¿Y el pétalo? ¿Cómo dijo que se llamaba? Me ha elevado y sanado con una intensidad incomparable ¿Qué más secretos poseerá?»

Li-En está agotada, con el estómago revuelto. El frío vuelve tras pasar los primeros efectos del pétalo de Raia azul. Cuestiona y teme haciendo crecer su incomodidad:

«¿Su caravana? No me fio, ¿qué tendrá allí? Que raro es, nada bueno podrá venir de él. Si ha vivido tanto tiempo. ¿Por qué se oculta en el bosque? Seguro que no tiene papeles. Quizás sea un asesino. Oh, no, quizás esté a las órdenes de Ikarión. No… ah… que dolor… ya no… puedo… más...»

Las caminantes llegan a la carroza y se sorprenden al ver la construcción tan peculiar. Tiene dos ruedas inmensas, tan altas como el extraño, de madera muy oscura con filamentos rojizos. En la que podrían caber seis personas sentadas. Hecha de una madera verdosa, de la que surgen ramas con flores de cuatro pétalos

blancos, anchos, destellando con los primeros rayos de sol. Sujeta por una pata delantera, gruesa y firme. A su lado hay un animal tan extraño como su dueño. Del tamaño de un elefante mediano, más esbelto y con los músculos marcados; de piel gruesa, verde grisácea, lisa con algunas vetas grandes formando arrugas más oscuras, casi negras, sin ningún pelo. El ser mueve su largo y grueso cuello del que caen orejas inmensas, hasta llegar al pecho, acabadas en punta como cuchillo de cortar. Su boca es tan larga como un antebrazo. De sus orificios nasales, como puños de grandes, emana una onda de vapor acompañada de un sonido ronco, más grave que el de un rinoceronte. Aclarándose la garganta, escupe una masa verde y viscosa que se hunde en la nieve como si fuera carbón ardiendo.

«Quien sabrá… qué clase de dientes… posea, que dolor, mi cabeza —piensa Li-En desconfiando del animal—. ¿Será carnívoro?… seguro… con ese cuerpo tan fuerte… ah… quizás seamos…. su alimento. No, no... no con esos ojos dulces, casi humanos… verde esmeralda… Que ser… ah… tan extraño… ah, mi cuerpo, ya no puedo más… ah… descansar… ¿cuándo volverá todo… a… ser… normal?»

—Él es mi fiel compañero de viaje, Zearés —dice el extraño, señalando. Zearés responde moviendo la pata derecha que raspa la nieve, poniéndola en movimiento. Sus pies son gruesos, casi circulares de cuatro dedos anchos, muy cortos, de gran fortaleza. Baja la cabeza, formando una pequeña y simpática sonrisa que culmina con sus grandes ojos de párpados amplios que se cierran con gentileza—. Prefiere los nombres. Se siente identificado con el suyo: Abridor de caminos. Es peculiar creer en la unidad, ¿no creéis?

Li-En apenas ha podido oír varios grupos de palabras, el dolor es aún más intenso, ayudado por el creciente frío. Ya no puede escuchar con suficiente coherencia como para entender una conversación. Su cuerpo desfallece. Sui la sujeta con fuerza y contesta:

—Perdonadme, ya habrá tiempo más adelante para dialogar. Tengo que curar a Li-En —dice la emperatriz a la vez que acuesta a su amada en el suelo helado.

Zearés responde con otra bajada de cabeza y un toque en el suelo, recostándose tranquilo sobre la nieve.

—Agua de diamante, eso es lo que necesita —dice el extraño dirigiéndose hacia la parte trasera de la caravana.

—Li-En, amor mío, ¿cómo estás? ¿Cómo te sientes? —Dice la emperatriz sentada en el suelo con la cabeza de su amada entre las

manos. Sabe que no puede ayudarla. No es lo mismo curar filamentos, músculos o huesos e incluso no es lo mismo ni se puede comparar con curar órganos internos; el cerebro es un campo ausente para los conocimientos y el poder mágico de Sui-Ehan-Elión. Los límites a los que llega la materia gris no existen ni en la imaginación de la iniciada de quinto nivel.

Li-En suspira con dificultad moviendo la cabeza de lado a lado. Su rostro esta fruncido y sudoroso. El dolor tensa sus músculos como si su cuerpo estuviera siendo aplastado por el peso de una montaña. Sus ojos se vuelven húmedos y brillantes como una perla recién robada. Agarra con fuerza el brazo de su amada y le dice:

—Perdóname.

—No Li-En, perdóname tú.

—Si yo no estuviera… —Li-En traga saliva con dificultad—, soy un estorbo… siempre lo he sido… siempre cargando conmigo —dice con voz débil, terminando con una triste sonrisa desbordada en lágrimas.

—Qué estás diciendo amor mío. Tú no eres un estorbo. Tú eres la razón por la que vivo luchando, para estar junto a ti. Tú eres a la única persona que quiero en este mundo —contesta la emperatriz dejando escapar sus propias lágrimas.

—Sí, lo sé, pero... —Mira hacia el bosque en la lejanía—, si tan solo fuera más fuerte, Sui...

—Lo eres Li-En, lo eres. Lo que pasa es que dejas que las dudas te dominen, convirtiéndose en miedos, y los miedos no son un gran aliado. As de darle mayor importancia a tu voluntad, no dudes tanto. Sigue adelante, siempre, conmigo —Li-En responde con una sonrisa de amor, y la emperatriz la acaricia intentando darle ánimos—. Tú eres fuerte amor mío, lo eres, pero eres incapaz de verlo.

—Te quiero Sui —dice Li-En acercando su mano para acariciarla—. No sé que haría sin ti.

—Serías fuerte amor mío —dice la emperatriz borrando las lágrimas del rostro de Li-En—, y vivirías hasta que Elión reclame tu vida —una sonrisa de fraternidad y del más absoluto amor se contagia entre las amantes—. Pero no has de preocuparte, siempre estaremos juntas, hasta el último de nuestros días.

El extraño sale de su caravana con una cantimplora hecha de coco. Observa y escucha con detalle. Zearés gira su cabeza para apreciar la situación entornando sus ojos llenos de compasión.

—Dadle de beber —dice el extraño ofreciendo la cantimplora—.

Le ayudará.

Sui con cuidado y delicadeza abre la boca de su amada depositando el preciado líquido que se desliza con suavidad por su garganta con un sabor delicado casi inexistente, algo metálico y refrescante. Li-En bebe despacio, a tragos pequeños que van calmando el malestar trayéndola de vuelta al mundo real.

—Gracias —dice malherida, pero sonriendo. Las facciones de su rostro se relajan. Su conciencia vuelve a desaparecer en el más placentero sueño.

—Dormirá —contesta el extraño—, despertándose solo para beber y comer, sobre todo beber. No sé hasta que punto sanará, eso depende de ella, ¿Qué creéis?

—¿A qué os referís? —Pregunta Sui sin haber prestado atención a las últimas palabras del extraño.

—Mi carroza es el lugar apropiado para ella —dice el extraño a la vez que saca un objeto de su caravana—. Piel de Oso Fargeirone que su dueño me cedió antes de morir. Os protegerá del frío. Y... debéis de quitarle las ropas mojadas que no creo que le ayuden.

El extraño coge la cantimplora e intenta ayudar a Sui a levantar a su amada.

—Está bien, gracias, ya puedo yo sola —dice la emperatriz cogiendo a Li-En en brazos. El extraño sonríe y se dirige a abrir ambas puertas de su carroza. Sui observa, sorprendida, la disposición peculiar que tiene. En los laterales hay cientos de cajones pequeños dejando apenas espacio para que una persona pase por el centro. El fondo se pierde entre las sombras haciendo desaparecer todos los objetos que se encuentran en ella—. Quitaos las ropas antes de entrar. Prepararé un lecho suave en el que podréis dormir —dice el extraño adentrándose en la espaciosa caravana.

Sui duda, esperaba tener algo de intimidad para desvestir a su amada, pero ante las inesperadas circunstancias decide actuar sin cuestionar. Le quita las ropas en el suelo, dejando su frío y bello cuerpo al desnudo encima de la capa, hasta cubrirlo con la piel de oso. Una sensación de incomodidad surge por cada poro libre de su cuerpo al quitarse la ropa.

—Ya está —dice el extraño en la entrada de la caravana. Observa con curiosidad los cuerpos descubiertos y piensa:

«Mucho tiempo, sí, mucho, sin ver un cuerpo desnudo de una hembra humana. Y hoy son dos. Muy bellos pechos redondeados y suaves con pezones en punta y el pelo púbico tan gracioso de los humanos. Sin duda ella es la más fuerte y bella. Que olor tan

agradable proviene de su piel. Me vienen ganas de tocarla y disfrutar con ella.»

Sui le dice con la voz grave mostrando cierto desagrado:

—¿Queréis dejar de mirar? —Su tono se eleva y baja al darse cuenta—. Por favor.

—Oh, sí, perdonad, había olvidado el respeto tan secretivo que los humanos tenéis por vuestro cuerpo. Os ayudaré a entrarla —dice mirando a Sui a los ojos.

—No hace falta, gracias.

El extraño nota la incomodidad de su invitada y abandona la caravana sin mirar.

—Al lado del lecho encontraréis unas galletas y suficiente agua. Descansad, yo tengo cosas que hacer. Volveré más tarde y prepararé algo de comer.

—Gracias—dice la emperatriz cerrando las puertas de la caravana.

1.6

Sui despierta. El sueño ha sido profundo y reparador. Al principio creyó que no iba a poder quedarse dormida. Sus dudas y la desconfianza la mantenían alerta, pero después de la segunda galleta y con el calor agradable de la piel de oso, cayó rendida sin darse cuenta.

Dentro de la caravana, la absoluta oscuridad ciega las distancias sin que sus ojos puedan especular. El olor espeso de resina y corteza de árbol, junto con las fragancias mezcladas de flores llena los pulmones de Sui con extraña pero agradable sensación. La emperatriz tantea hasta alcanzar la cantimplora con agua. Bebe de ella aclarando su seca garganta a la vez que calcula su siguiente paso.

Escucha la voz del extraño y piensa:

«¿Con quién estará hablando? ¿Salgo a ver? Tengo que saber más acerca de él. No sé que intenciones tiene. ¿Pero, así, desnuda? ¿Por qué no me habrá ofrecido sus ropas? Elión ayúdame.»

La energía vibra por su cuerpo con una fuerza inesperada hasta que su piel se vuelve impenetrable y sus músculos y reflejos se agilizan en extremo. Abre una puerta, dejando que la luz pálida del cielo nublado se cuele formando una ancha línea deslumbrante que contrasta con la oscuridad interior. Con un gesto reflejo cubre sus ojos al salir.

—Buenos días compañera. ¿No necesitáis descansar más? ¿Algo os preocupa? —Dice el extraño al acariciar la cabeza de Zearés.

—No sé si estamos a salvo —responde ocultando parte de su cuerpo con la caravana y protegiéndose de la luz con la mano derecha.

—A salvo estáis. Por favor, dejad de proyectar miedos en mí —contesta el extraño que clava sus ojos en la emperatriz volviendo a transmitir una sensación de confianza que inunda a la iniciada—. Podría tener el aspecto de una hembra humana, si eso es lo que queréis. En realidad me da igual. No es más que un juego.

—Aunque fuerais una mujer me sentiría incomoda. Tenéis algo con lo que cubrirme —dice Sui observando las botas del extraño con aspecto de hoja alargada que toman la forma de la pierna hasta

casi llegar a las rodillas, de color gris claro con venas más oscuras. Sus pantalones son verdes espesos, con la sensación de ser muy cálidos y el abrigo también verde, más oscuro, compuesto por distintas capas, cada una de ellas asemejándose a la hoja de una planta desconocida.

—Podría encontrar algo, pero no querría molestar a su pareja. Necesita descanso sin interrupción —el extraño observa e inspira despacio—. Un poder mágico proviene de vuestro cuerpo, no creo que necesitéis protegeros de mí.

—Quizás vos no lo entendáis, pero a las mujeres del Oeste nos gusta estar vestidas en invierno —dice sonriendo. El extraño ríe antes de contestar:

—Ya veo, de momento tendréis que aprender a estar desnuda. Aun así no os preocupéis por mí, si bien es cierto que mi cuerpo humano es atraído por vuestro cuerpo, sé que nada entre nosotros sucederá —una pausa acontece en la que el extraño percibe el miedo de la emperatriz—. Nunca le haría daño a un ser tan bello como vos. Aun así, todos los seres son bellos —el extraño vuelve a reír.

Sui no sabe como reaccionar. Siente absoluta confianza. Pero su mente duda ante la ambigüedad que portan las palabras. Vuelve a mirar con detalle el rostro del extraño intentando sacar alguna verdad. Sus facciones son honestas, amistosas y agradables, sin el más mínimo ego. Pero sabe que las cambia a voluntad por lo que no se puede fiar. Observa los ojos llenos de paz, que poseen un poderío sobrenatural. Su brillo la vuelve a atrapar llenándola de una sensación de bondad que aclara toda duda y miedo dejándola en libertad.

—Espero que esta sea la definitiva —dice el extraño.

—¿A qué os referís? —Pregunta la emperatriz sin pensar. Ve la sonrisa que se forma en la cara del extraño y sus dudas callan, dejando lugar a su vejiga que reclama atención. Devolviendo la sonrisa, dice: —Ahora vuelvo.

El extraño ríe con suavidad y le dice a Zearés en voz baja:

—Que ser tan especial. Uno más entre todos —el extraño vuelve a reír.

La emperatriz deja un surco detrás de un árbol, por el que desciende la intensa orina. Un espeso vapor oloroso se eleva y piensa:

«Bueno, se ve que tendré que enfrentarme a la incomodidad de estar desnuda delante de un hombre. No es precisamente lo que tenía pensado afrontar.»

Se siente insegura, sin saber como actuar, hasta que ve los ojos verdes de Zearés mirándola, moviendo el cuello de arriba a abajo y sonriendo.

—Tomad —dice el extraño quitándose las botas.

—Gracias.

La emperatriz siente el tacto suave y el olor de hojas ahumado que proveniente de ellas. Sonríe y se sorprende al ponérselas, ya que se adaptan a sus piernas, acariciando su piel con una sensación sedosa.

—Tomad —dice el extraño sacando de su abrigo un collar de gemas Niré de las que emana una luz roja, cálida—. No permitirá que el frío entre en vuestro cuerpo. Así podréis guardar vuestra magia para un fin más útil.

Sui observa la simple belleza del collar. Las gemas están unidas por círculos de plata. De la más grande de ellas, la central, baja una línea de gemas hasta casi llegar al ombligo de la iniciada.

«Tiene una energía interesante —piensa el extraño a la vez que analiza a la emperatriz—. Fuerte, intensa e inteligente, como si pudiera doblegar el destino con su voluntad. Aunque todavía le queda mucho que aprender. Su pelo rojo rizado, sus ojos marrones, sus labios carnosos y tiernos, las facciones fuertes y elegantes, sus pechos suaves y bien formados, sus pezones anchos y rosados, su ombligo profundo y tentador, el pelirrojo mullido humano y sus piernas y brazos musculosos forman una poesía celestial junto con el collar Niré, las botas y el bosque nevado que nos rodea.»

Del collar emanan ondas suaves de calor que se funden con el cuerpo revitalizándola. Vuelve a darle las gracias al extraño y se acerca a Zearés con la mano derecha alzada. Este mueve su cabeza para encontrar el tacto humano que acaricia su inmensa frente sumiéndole en sensaciones de placer de las que disfruta cerrando los ojos y sonriendo.

—¿Qué clase de animal es Zearés?

—Es un Zearés —contesta el extraño entre risas que se contagian.

—Abridor de Caminos, ¿eh? —Dice la emperatriz mirando a los ojos dulces del animal—. Sí que es un buen nombre. ¿Cuánto ha vivido?

—Trescientos cuarenta y siete Ciclos Completos. Quien sabe cuanto más vivirá. Su cuerpo sigue siendo joven y fuerte.

—No sabía que ningún animal pudiera vivir tanto tiempo.

—No, él es distinto a los demás ¿Verdad que si Zearés? —Dice el extraño acariciándole el cuello—. Al igual que hay humanos a lo

que llamáis magos, también hay animales que son magos en si, incluso hay plantas, bosques, mares y cielos que son magos en si.

—Pensaba que la magia era un poder que tan solo los seres conscientes aprenden.

—Sí, quizás lo que no supieras es que todo lo que está a tu alrededor es consciente.

—Es imposible. ¿Las rocas son conscientes?

—No hay nada imposible y sí, las rocas son conscientes. En ellas hay memorias del mundo antes de que tu civilización existiera. Su conciencia suele ser muy, muy lenta, por eso no puedes comunicarte con ellas. Pero hay rocas mágicas, capaces de comunicarse, rocas muy rápidas y animales mágicos como Zearés que ha acumulado mucho poder instruyéndose en su propia existencia. Ha aprendido la magia del camino y alguna otra magia relacionada con su vida. Unos pocos de su especie son como él. En lugar de pasarse los días comiendo, jugando y procreando, Zearés estudia su entorno y aprende cada día más. Es muy poderoso, uno de los más poderosos de su especie.

—Nunca pensé que un animal pudiera llegar a ser tan inteligente, aunque sus ojos lo demuestran.

—No estoy seguro que inteligencia sea la palabra adecuada. Conciencia la es sin duda alguna.

Sui acaricia la parte trasera de las orejas de Zearés y le sonríe diciéndole:

—Te gusta, ¿eh? Sí que te gusta —el animal le devuelve la sonrisa con escalofríos de placer—. Podrías ser mi tatara-tataraabuelo, ¿verdad que sí? —Este contesta moviendo su cabeza y sacando su enorme lengua que le lame la cara.

La emperatriz sonríe sorprendida ante la húmeda sensación a la vez que su rostro muestra la sorpresa. El extraño ríe contagiándole las risas a sus compañeros.

—¿Entiende lo que decimos? —Pregunta ella.

—Distingue algunas palabras, pero más que nada se guía por emociones. Los animales son muy especiales. En lugar de utilizar términos mentales descriptivos, utilizan un lenguaje de sentimientos. Algunos de ellos son mucho más conscientes que las personas. No necesitan el lenguaje racional como instrumento para crear. Por eso están especializados en emociones y muchos tienen cientos de ellas que se unen en lo que para vos serían pensamientos formando significados y memorias.

—Se ve que sabéis mucho de animales.

El extraño sonríe. Sui continúa acariciando a Zearés, que lo

agradece con muecas divertidas y sonidos empáticos a la vez que el silencio reina por momentos hasta que el extraño lo rompe:

—Aún no me habéis contado qué hacéis perdidas en el bosque.

—Huimos y bueno, eso es todo lo que os puedo contar de momento.

—¿A dónde vais? Quizás os pueda ayudar.

—Vuestra ayuda nos vendría bien. Hemos perdido a nuestros caballos y ya no tenemos provisiones como podéis ver.

—Eso parece.

—Nos dirigimos hacia las granjas del Este, pero no sabemos si nos persiguen.

—No habéis de tener miedo, a mí no me encuentra nadie a menos que yo quiera. ¿Os espera alguien en las granjas?

—Sí, bueno, no, en realidad no.

—¿Os puedo llamar amiga?

—Sí, por favor.

—Entonces no tengas miedo de decirme a donde os dirigís. Yo no soy aliado de ningún imperio, reino o de ninguna justicia de mortales.

—No sé, ningún lugar es bueno, aunque…

—Cuéntame.

—Hace ya tiempo cabalgué por el desierto con el volcán Tzarás en el horizonte, y sentí algo especial, como si el volcán me llamara y me dijera que mi destino está junto a él.

—El volcán, que interesante —dice el extraño mirando el brillo del collar—. Entonces ¿qué te detiene?

—En el volcán tan solo hay muerte. ¿Qué voy a encontrar allí? Una tribu salvaje que quién sabe lo que harán con nosotras.

—Tu imperio lleva demasiado tiempo en guerra con los Beenor. Ellos no son lo que tu crees que son. Aunque eso da igual. Si sientes la llamada del volcán, has de acudir.

—No soy solo yo, temo por Li-En y por mí, llevo demasiados ciclos teniendo pesadillas con el fuego, gente sufriendo, es horrible, aunque últimamente no he tenido ninguna, desde que… desde que nos fuimos.

—¿A qué otro lugar podeis ir?

—No lo sé. No nos quedan amigos.

—Si no hay opciones, no hay elección. Si no hay elección no tiene sentido tener miedo. Hay algo que te impide aceptar tu destino. Dime, ¿qué es?

—No quiero que Li-En vuelva a sufrir por mi culpa.

—Piensas demasiado. Quizás vuestra situación parezca

complicada, pero solo lo parece porque intentas encontrar la solución pensando. Imaginas sin saber. Los acontecimientos tan solo se resuelven con la acción. ¿Tienes hambre?—Pregunta el extraño cambiando de tono.

1.7

El extraño presiona con el dedo índice en un símbolo formado por una estrella de ramas que se encuentra enfrente de su caravana. Un sonido líquido suena al formarse una línea de luz verde, abriendo la madera que se condensa hasta dejar a la vista un compartimento del que saca un bloque de madera. Lo deposita en el suelo. Un sonido agradable surge cuando se hunde en la nieve. Sui observa el delicado y preciso diseño. Parecido a nada conocido, de madera tallada con motivos de ramas entrelazadas que sobresalen de un leve fondo con formas geométricas. El patrón cubre toda la superficie exceptuando la parte del frente, justo en el centro, en donde se ve otro símbolo o emblema del tamaño de su mano formado por círculos y triángulos de ramas entrelazadas. El extraño apunta con su dedo índice derecho y roza con un gesto sutil el centro. Un suspiro y el símbolo reluce con verde suavidad. De él surge una línea brillante que sube por la madera. Antes de llegar a la cara superior, se divide en dos moviéndose hacia los lados, dando lugar a una compuerta que se abre generando un sonido profundo.

Sui observa fascinada, el extraño la mira sonriendo. La emperatriz ve como el interior del baúl está hecho de un cristal pedregoso, lleno de vetas irregulares gruesas que cubren la madera.

Saca tres compartimentos, cada uno de ellos con desconocidos alimentos hechos de hojas y plantas, formando rollos, empanadas, bolas pequeñas y otras más grandes. Todo ordenado a la perfección. En el último compartimento hay manzanas rojas, amarillas y verdes y peras pequeñas. En el fondo del baúl hay tres contenedores anchos en los que es probable que haya agua y algún que otro néctar líquido que genera saliva en la boca de la iniciada al rugir su estómago pidiendo atención.

La emperatriz se nutre con sabores desconocidos, de tonos dulces y picantes, otros refrescantes como el limón e intensos como las nueces ahumadas y bebe en éxtasis el agua aflorada. El último trago se despide junto con el último momento de revitalizante placer. Una sonrisa se refleja en todo su cuerpo que agradece el alimento como si fuera el primer trago de leche materna de una vida recién nacida.

—No hace falta que me des las gracias otra vez, una vez vale para el resto de nuestros días —dice el extraño a tiempo.

Sui comienza a estar cómoda enfrente del extraño. En un momento de reflexión, se ríe al verse en su imaginación, desnuda, tan solo abrigada con las botas y un collar rojo en el bosque nevado.

—Bien, por fin te relajas —dice el extraño después de reír—. Tus ropas estarán secas antes de que el sol se ponga.

—¿Dónde están?

—En la parte superior de la caravana, el agua será absorbida por ella —dice disfrutando de la curiosidad y fascinación con la que la iniciada le ve—. Sí, es un buen truco, la caravana también está viva. Si te fijas verás que no hay clavos, ni uniones. Por dentro de la madera hay una planta mágica parasitaria que domina toda la estructura con sus raíces que se expanden como nervios humanos.

—Nunca había oído hablar de ninguna magia parecida a esta ¿qué tipo de magia es?

—La que ves no es ninguna que en tu imperio sea utilizada, ya que sería menospreciada, catalogada como la magia de brujas, pocimeros y charlatanes de poca monta. Los akmólicas sois elementalistas natos, aunque entendéis la magia de la vida, ¿no es así Iniciada de Elión?

Sui sonríe al ver que es muy difícil ocultarle algo al extraño.

—Así es, pero bueno, los Iniciados de Elión no tenemos demasiado peso. Lo que más cuenta, es la magia que gana guerras y expande al imperio.

—Creo que te equivocas, pero bueno, siempre ha sido así. La sed de poder de Los Hijos de la Luz Primera domina vuestra sangre.

—¿A qué te refieres?

El extraño ríe, mientas que la emperatriz le mira sonriendo y dice:

—¿Os referís a la Hermandad de la Luz, a los magos del imperio?

—En cierta manera sí, pero también las ocho familias aristocráticas de tu imperio son descendientes de los Hijos de la Luz Primera. En el antiguo y glorioso imperio Haakmórica, así es como les gustaba llamarlo, todos los pertenecientes a las clases altas eran magos guerreros. Los magos de la Luz Primera, los Hijos de la Luz Primera, los seres más poderosos de la existencia. Los elegidos, los primeros hijos de Elión. Sin duda gente con un ego exagerado.

—Nunca había oído hablar de ellos.

—Los Hijos de la Luz Primera siempre han sido muy astutos, y

saben que la información es poder, por lo que son los poseedores de muchos secretos. Se ve que siguen siendo igual. Los que cuentan los hechos son los que manipulan las mentes para dominar a la gente con sus propios fines secretos —el extraño vuelve a reír. Se rasca la cabeza mientras baja la mirada hacia sus manos. La risa desaparece y su rostro se vuelve serio como una roca vieja, abandonada en los confines del mundo en donde ningún humano se ha atrevido a llegar. Vuelve a mirar a la emperatriz y le dice:

—Bueno, pronto anochecerá y yo tengo cosas que hacer. Sería bueno que sigas descansando. Mañana os levantaréis las dos llenas de fuerzas. No te olvides de darle algo de agua a tu compañera.

—Gracias —dice la iniciada que mira un segundo al suelo dudando antes de preguntar: —¿Qué es lo que hacéis en un bosque como este?

—No puede ser que solo yo comparta información —dice con una sonrisa de astucia—, si quieres saberlo tendrás que contarme que es lo que vosotras hacéis en un bosque como este. Pero no ahora, cuando os volváis a despertar. Entonces volveremos a hablar.

—De acuerdo.

El extraño contesta con una sonrisa y se acerca a su compañero.

—Quedaros dentro de la caravana. No hay nadie en tu imperio que sea capaz de verla. Iré con Zearés a dar una vuelta.

1.8

Zearés mira a su amo sonriendo con una mueca graciosa de felicidad. El bosque lleva todo el día llamándolo. El extraño ríe y le acaricia diciendo:

—Ha llegado el momento.

De un salto se sienta en su espalda y juntos se deslizan por el bosque como si el aire les traspasara. Las pisadas de Zearés desaparecen, volviendo la nieve a su estado original según la pata se despide del suelo sin realizar ningún sonido. Se mueve a una velocidad imposible de ver para un ser humano normal. Las ramas abren paso a sus amigos, los visitantes de honor, sin que la nieve se caiga de sus espaldas.

El atardecer se acerca. Oye el sonido rítmico de una patrulla de diez soldados montados. Un mago Stos les lidera y tres perros rastreadores les acompañan. No es la única patrulla, cuatro más dirigidas por magos Ener, Kroam y otros dos Stos penetran investigando hasta llegar al río.

El extraño les sigue oculto en un plano de la existencia desconocido para ellos; el plano natural, habitado por los seres del bosque y los espíritus de las plantas.

Las palabras se juntan en frases que el extraño escucha con curiosidad tras la ráfaga de viento que los soldados dejan atrás. Colecta trozos de información de un lado y de otro, llenando sus oídos y ojos, hasta crearse una idea de quienes son las iniciadas y sus enemigos principales el emperador Ikarión-Erín de Gunar I y Denvas-Erín.

Con la ayuda del bosque, las patrullas se pierden sin encontrar ningún rastro, aun así, el río no es capaz de ocultarle nada a un mago Ener.

A gran velocidad llega hasta las cuevas que visitaron las iniciadas en la mañana. De un salto y antes de que Zearés se detenga, el extraño vuela con las piernas juntas en vertical. Con los brazos abiertos a los lados, curvados, planea cargado por una corriente de aire que le deposita en el suelo enfrente de la más grande y oscura cueva.

Un lobo salta a su encuentro y ruge. Tres más le siguen corriendo cuesta abajo. Rodean al extraño caminando a su alrededor en círculos que se cruzan, mostrando sus colmillos, hasta que uno salta y finge morderle, jugando. Los demás también se acercan, le sonríen con los ojos y le lamen. De la gran cueva emerge un hombre delgado y esbelto. Su cuerpo es fino y alargado, cubierto con telas negras y grises que le envuelven como si fueran vendas. Su rostro es pálido, agudo y serio, de cejas frondosas blancas que sobresalen ante la ausencia de pelo facial. La boca alargada de labios finos rosados le sonríe junto con los ojos brillantes, alargados y misteriosos.

—Gerea gira, Hechicero Sin Forma —dice el hombre con una voz áspera, grave y profunda hasta volverse confusa.

—Gira Gerea, Compañero de Lobos.

—Habrás notado la presencia de los soldados.

—Sí, y la de los elementalistas. Necesito tu ayuda.

—Me sorprendes.

—Quizás permitas que Shurac me conceda el don de su leche.

—Eso tendrás que pedírselo a ella. Tu nueva amiga es una feroz guerrera. La manada no disfruta de conflictos sin resolver.

—Perdona que haya detenido la lucha. Sólo tu intervención habría podido salvarlas.

—Y mi intención no fue respetada.

—¿Acaso querías que murieran?

—No, pero su magia es desconocida, interesante. Aunque quizás para ti no lo sea. Quería aprender más de ella.

—No desconocida, no. Pero eso lo tendréis que descubrir por vuestra cuenta.

—Siempre con secretos, como te gustan. ¿Al menos me dirás a dónde se dirigen?

—Al Desierto Negro.

—Vaya, hoy es mi día de suerte. La Emperatriz va de visita a territorio enemigo con una magia desconocida. Mis bolsillos van a estar llenos por varios ciclos completos.

—Se ve que los acontecimientos se mueven a vuestro favor.

—A mí ya sabes, me da igual.

—Pero te gusta que te paguen por tu curiosidad.

—Eso sí colector de plantas. Esta noche termina tu misión.

—Y una nueva comienza.

—Puedo oler una patrulla que se acerca. Les voy a despistar. Hasta la próxima, si es que nos volvemos a ver —dice dándose la vuelta y alejándose en el bosque junto con un lobo de gran tamaño,

gris con un mechón blanco que le recorre el cuello.

—Nuca se sabe Compañero de lobos.

El extraño se acerca a la manada y juega un rato con ella. Zearés se mantiene apartado observando los árboles.

—Ya sé, ya sé, la mujer con pelo de fuego os hizo daño, pero solo se estaba defendiendo. ¿No es así? —Pregunta a la manada que contesta con ladridos.

—Shurac ven aquí, necesito tu ayuda.

La loba responde lamiéndole la mano. El extraño saca de su abrigo una pequeña cantimplora y la llena de leche.

—Gracias Shurac, gracias... Sí, es para la mujer de pelo de fuego.

El extraño guarda la botella y sube a lo alto de la colina con sus compañeros. Desde allí observan en la quietud, esperando el amanecer lunar. El inmenso bosque nevado oscuro y apenas iluminado con la luz de las estrellas se presenta ante ellos magnificente. Los primeros rayos se reflectan en los ojos de los lobos. Dominados por un impulso incontrolable aúllan, disfrutando del canto a la luna llena. Zearés se deleita ante el paisaje y la sinfonía. Cuando las pupilas del extraño se iluminan, ríos de luz aparecen como si fueran venas de energía que fluyen por los árboles y se deslizan por el bosque en filamentos luminosos que conectan el uno con el todo. El extraño observa con intenso detalle hasta encontrar una zona lejana en la que un foco de energía se concentra.

—Allí vamos —le dice a Zearés señalando.

Se despide de la manada y monta cuesta abajo. En el bosque, ven una línea luminosa que brilla con mayor intensidad. Les guía hasta llegar a una pequeña elevación en donde el brillo de las flores deslumbra, contrastadas por la azulada nieve. Las flores son de color gris oscuro de las que emana una energía blanca que si se mira con detenimiento es capaz de cegar.

El extraño desmonta y les pregunta a las flores:

—Necesito vuestra ayuda. ¿Cuántas de vosotras deseáis venir conmigo?

Respira con profundidad hasta que seis de ellas se vuelven blancas reluciendo más que las otras. Al sacarlas del suelo, se vuelven negras, aunque la luz sigue procediendo de ellas.

Sui siente el cuerpo frío y desnudo del extraño que se recuesta junto

a ella. Los tres duermen tapados por la gran piel de oso. Zearés continúa aprendiendo de las estrellas.

A la mañana siguiente Ikarión posa su mano en el agua helada del río Mirea. Cierra los ojos, se concentra, inspira y detiene el curso del tiempo en el que percibe la presencia de las iniciadas cruzándolo y cayendo. Una sonrisa se dibuja en su rostro.

«Li-En sigue siendo tu punto débil. Pronto volverás a ser mía.»

—Incomprensible, el viento ha perdido su rastro desde el comienzo del día anterior —dice un mago Stos al terminar de sondear la última corriente de aire que le susurra memorias en forma de sentimientos.

—Denvas, de los cuatro caminos posibles, han elegido el menos esperado. Iré a su encuentro, tú permanecerás en el Sur.

1.9

Li-En despierta al alba rodeada por una densa oscuridad. A su memoria no llegan recuerdos que le hagan entender dónde está. La cabeza ya no le duele, su cuerpo está relajado pero aún sigue acarreando un poco de debilidad. Reside con su amada a su lado. La acaricia y la besa con ternura como si fuera el primer beso en cientos de días. El amor despierta. Sui abre los ojos y le devuelve el gesto con otro prolongado beso. La emperatriz tapa los labios de Li-En antes de que formule la pregunta que contesta con susurros:

—No estamos solas.

A la mente de Li-En llegan imágenes y el rostro del extraño. El miedo y la desconfianza vuelven a surgir, a pesar de que sabe que les ha salvado la vida. Toca su cuerpo y comprueba nerviosa que está desnuda. Tantea frenética el cuerpo de su amada y se da cuenta de lo obvio, ambas están desnudas en la caravana de un hombre, de un extraño.

Sui reacciona ante los sentimientos de pánico que emanan de su amada, diciendo:

—Tranquila amor mío, estamos a salvo.

El extraño parece seguir durmiendo sin reaccionar ante lo que está sucediendo. Sui mueve su brazo para tomar las ropas que se encuentran encima de su cabeza y se las da a Li-En. Las iniciadas se visten con cuidado intentando no despertar a su anfitrión.

Las amantes salen al exterior tapándose los ojos ante el deslumbrante sol de la avanzada mañana. Sui trae una cantimplora con agua que había dejado al lado de la puerta.

—Toma amor mío, bebe —dice la emperatriz sonriendo a su amada.

—Espera —contesta Li-En poniendo las manos entre sus piernas y encorvando su cuerpo en gracioso movimiento—, me hago pis.

Las amantes se ríen y Li-En se oculta detrás de un árbol como si el extraño pudiera verla.

Vuelve. Toma la cantimplora y bebe con una sed que podría secar ríos enteros, consumiendo el líquido hasta el final. Su estómago ruge y el hambre le nubla la conciencia alejando los

miedos. Sui saca una fragante manzana de su abrigo y se la da a su amada. Ella la toma con las dos manos mordiéndola voraz, disfrutando del dulce y jugoso sabor.

—¿Qué tal te encuentras amor mío? —Pregunta la emperatriz.

—Bien, un poco desplazada, pero bien, ya no me duele la cabeza.

Dentro de la caravana se oye movimiento. El extraño aparece y les dice con un tono de feliz complacencia:

—Buenos días compañeras.

—Buenos días —contestan las iniciadas.

—Debemos desayunar y partir. Hay un mago poderoso que con el tiempo notará mi influencia en el bosque.

—Ikarión —dice la emperatriz a la vez que Li-En se tapa la boca con las manos.

—Sí, terminaremos nuestra conversación de camino —le dice el extraño a Sui—. No soy partidario de la confrontación directa.

—Pero ¿a dónde iremos? —Pregunta Li-En.

El miedo vuelve a invadir su cuerpo manipulando sus pensamientos con destinos de prematura negatividad.

Sui observa los ojos del extraño respondiendo con la certeza del entendimiento:

—Con los Beenor, al desierto negro.

Li-En mira al extraño llena de inseguridad y le pregunta a la emperatriz:

—¿Él nos podrá llevar a salvo?

—A salvo hasta los límites del bosque —contesta el extraño—. Hace tiempo rechace la furia del volcán y desde entonces es mejor para mí mantenerme lejos de ellos.

—Pero no tenemos caballos. ¿Cómo atravesaremos el desierto?

—No sé —dice la emperatriz—. Cuando lleguemos veremos que hacer. Si es necesario le robaremos los caballos a una patrulla.

—Os ayudaré en todo lo que pueda, no os preocupéis por los caballos —dice el extraño reflejando por primera vez autoridad en su voz—. No hay tiempo que perder. Realizad vuestros rezos mientras saco la comida.

Las iniciadas se encomiendan a Elión y se miran a los ojos llenas de confianza y amor.

—Subid al frente de la caravana —dice al darle una bolsa de tela a la emperatriz con la leche de loba, frutos y semillas—. Zearés, guíanos hasta el desierto —dice tocándole el cuello, a la vez que de la caravana brotan unas ramas con flores blancas que atan con

suavidad el pecho y parte del cuello del mágico animal.

La pata que soporta la caravana se eleva desapareciendo entre la madera como si fuera un líquido espeso cambiando de forma.

—No os asustéis ante lo que veáis —dice el extraño—, Zearés y la caravana se mueven por un plano de la existencia que para vosotras es difícil de entender.

Las ruedas giran sin realizar ningún sonido, y la estructura de la caravana no vibra ni se eleva. Se desliza entre campos de energía desconocidos como un delfín surcando los océanos. Zearés al frente, abre el camino con sus ojos esmeralda que brillan creando una onda líquida, parecida a la que haría una piedra al caer en un lago, cubriendo a toda la caravana.

Las iniciadas observan fascinadas, incapaces de dar bocado. Todo lo que está a su alrededor tiene un tinte verde y amarillo brillante en el que las formas cambian según se miran. Los árboles dejan de ser sólidos y se convierten en presencias que observan. El suelo brilla. Los seres insólitos se elevan como llamas líquidas con formas semi humanas y ojos deslumbrantes. Li-En se ve absorbida ante las sensaciones intensas. El extraño piensa y calcula a la vez que disfruta de los ojos de la emperatriz que asimilan llenos de curiosidad, intentando entender el orden del mundo mágico. Al principio parece que no hay sonidos, sino una paz persistente, hasta que en el silencio se descifra una orquesta sutil, casi imperceptible de resonancias armónicas, suaves y prolongadas. Solo un olor son capaces de percibir, una fragancia delicada y densa, húmeda y floral con tonos de tierra mojada y corteza renovada. El sol brilla pero no deslumbra, su luz acaricia la extraña dimensión con sus rayos fluctuantes y curvos que llegan a cada rincón. No hay ni frío, ni calor. Las iniciadas, al ver salir de sus manos hilos energéticos que se enlazan con todo lo que hay a su alrededor sienten una extraordinaria sensación de unidad que se expande desde sus corazones.

El tiempo se extiende ante los millones de detalles que llenan su percepción, hasta que Zearés se detiene. Las llamas verdes desaparecen, los árboles se solidifican, el suelo se hace corpóreo y el sol se convierte en una luz deslumbrante, lejana.

—Hemos llegado —dice el extraño que ríe al ver los rostros estupefactos de las iniciadas adaptándose otra vez al mundo material, denso y pesado.

Sui sonríe como una niña, feliz de haber vivido una experiencia tan bella. En su mano sigue la manzana amarilla que tan solo tiene

la marca de un bocado. Li-En sonríe también. Los miedos que la invadieron al principio se convirtieron en una sanación sublime de conexión con el bosque que jamás habría pensado pudiera ser posible.

1.10

Mientras desayunan, el extraño le pide a Sui que le cuente como es que una emperatriz ha acabado casándose con un mago elementalista. Sui relata la historia resumida entre lágrimas, desde la muerte de su padre, pasando por la boda y las violaciones voluntarias, hasta el escape.

—Muy interesante, pero veo que omites ciertos detalles —dice el extraño—. Quizás algún día me cuentes toda la historia.

Sui sonríe y baja la mirada antes de preguntar:

—Es tu turno, ¿qué haces en este bosque nevado?

—Digamos que en tu lenguaje, soy una especie de botánico alquimista. Transformo plantas para ayudar a los seres que lo necesitan. Antes de que nuestros caminos se cruzaran, buscaba una flor muy especial que viaja con el viento grandes distancias, al desaparecer la nieve, cuando el sol vuelve a calentar y cuando las lluvias frías vuelven. Cae en el suelo y florece en las noches de luna por encima de la nieve. Creo que en tu lenguaje esta flor se llama Amatea.

Las amantes intercambian miradas de asombro, dejando alguna memoria tenebrosa colarse en sus conciencias.

—¿La conocéis? —Pregunta el extraño—. Es una flor excepcional de una rareza única.

—Hace tiempo leí un libro de botánica y la Amatea venia descrita en ella. La utilizamos para despistar a nuestros enemigos.

—Ya veo, de todas las flores que podríais haber elegido elegisteis la Amatea, buena premonición, sí.

—¿A qué os referís?

—De todas las plantas del libro, elegisteis una. ¿Por qué?

—No sé, había varias posibles, pero esta me atrajo más que ninguna otra.

—El futuro existe en el presente. Esta planta forma parte de nuestros caminos, digamos que es lo que nos ha unido.

—No entiendo a lo que te refieres, elegí la planta por su peculiaridad, lo demás es pura coincidencia.

—Sin duda, una coincidencia para los que no son capaces de entender las conexiones, para aquellos que no han descubierto los

puntos de vista necesarios para entender la verdad de la premonición. ¿Sabes para qué es útil esta flor?

—Para crear veneno.

El extraño ríe y se detiene diciendo:

—Sí, todo es venenoso cuando se consume en exceso. ¿Queréis verla?

—Sí —contestan ambas.

El extraño sonríe y saca de su caravana un frasco fino de cristal del que emana una luz azul oscura.

—Es preciosa —dice Li-En.

—Sí, sí que lo es —contesta el extraño.

Sui toma el recipiente y lo mira intentando encontrar el sentido de tan peculiar evento. Entre pensamientos le dice a la planta:

«Al final sí que nos has ayudado.»

—Antes de despedirnos, agradezcámosle a Elión por nuestro encuentro —dice el extraño.

—Espera, no nos has dicho cual es la función de la planta —exige la emperatriz.

—Ya lo descubriréis a su tiempo.

—¿Crees en Elión? —Pregunta Li-En.

—Así es como lo llamáis y categorizáis en vuestras tierras, sí.

—Como lo llamas tú.

—No tiene nombre, es una sensación que conecta mi ser con el todo, por lo que cualquier nombre vale, ya que no es el nombre lo que cuenta.

Una sonrisa de amistad les une juntando sus manos y diciendo:

—Gracias Elión por esta vida.

—Una patrulla se acerca —dice el extraño—. Quedaros en la caravana. Ahora vuelvo.

Los soldados se aproximan cabalgando por la carretera que separa el bosque del desierto. Los caballos oyen una llama, lanzándose de golpe hacia el bosque. Los soldados creen ver algo y dirigen a sus caballos como si pudieran dominarlos. Se adentran entre los árboles siguiendo la falsa señal que guía a los jinetes hacia ningún lugar. Los dos caballos que van en la retaguardia giran obedeciendo al hechicero, sorprendiendo a los caballistas que intentan dominarlos. Una nueva imagen confusa se cruza por sus mentes guiándoles en soledad en una nueva dirección. Enfrente de ellos aparece el extraño, que levanta su mano deslumbrando con sus ojos a los soldados que caen de sus caballos golpeados por dos ramas. Al intentar levantarse, notan una mano tocando su frente y una voz diciendo:

—¡Descansad!

Los soldados pierden la conciencia. Sus caballos se acercan tranquilos hacia el extraño para saludarle y ser acariciados.

—Ellos os ayudarán —dice el extraño al volver caminando a la caravana.

—Gracias —contesta Li-En seguida de su amada.

Según montan, el extraño se acerca para darles las provisiones.

—Si os racionáis, llegareis en dos días sanas y salvas al volcán. Una vez allí os encontrarán. Llévate el collar, yo ya no lo necesito —dice el extraño.

—¿Estás seguro? Es muy valioso.

—Cuando necesite uno, lo encontraré. Póntelo y no te lo quites.

Sui sonríe y hace un gesto de agradecimiento bajando su cabeza al ponerse el colgante.

—Espero algún día volver a verte —dice Sui.

—Si vives lo suficiente lo harás, emperatriz —dice seguido de una sonrisa de complicidad—. Que Elión os mantenga con vida.

—Suerte amigo, nos volveremos a ver.

—Que Elión te acompáñame —dice Li-En.

Las amantes abandonan el bosque iluminadas por el sol que calienta sus cuerpos al adentrarse en el Desierto Negro, con el volcán Tzarás rugiendo.

Segunda Parte:

EL FUEGO INTERNO

2.1

Los residuos antiguos del magma del volcán forman la superficie negra de arena y piedras. Una honda oscura se eleva dibujando el rastro de las amantes al cruzar el desierto.

La cadena montañosa que se interpone en el horizonte está coronada por la magnificente forma de Tzarás, siempre despierto, llamando y atemorizando a sus visitantes con la expectante destrucción que tarde o temprano acontecerá. A un lado del volcán, la inmensidad de grises oscuros y negros se funde con el cielo; al otro, las montañas se extienden abrazando el árido desierto. Atrás queda el bosque del Oeste con sus extraños visitantes.

«Tzarás ¿qué es lo que me atrae hacia ti? —Piensa la emperatriz —. Allí ha de residir la resolución a todos mis problemas. Niré. Los Beenor. Ellos conocen la magia del fuego, lo sé. Allí me espera el mago supremo, mi aliado, el que va a acabar con Ikarión y su tiranía. Al concederles el Perdón Imperial apoyarán mi causa, eso espero. Si, así será. Ya verás cobarde usurpador, ya verás. Tu muerte se acerca, el fuego va a consumir tus entrañas, el destino se cumplirá. Elión ilumina mi camino.»

Poco a poco las montañas van aumentando de tamaño. Las sombras crecen, al comenzar el sol su camino de retorno hacia la oscuridad. Lo peor siempre se supo que iba a suceder, una patrulla adentrada en el desierto sale a su encuentro.

—¿Li-En, estás preparada? —Dice la emperatriz mirando a su amada.

—Sí —contesta sin ninguna convicción.

—No te preocupes. Con la piel inexpugnable somos invencibles.

—No me preocupo —dice dudando a la vez que piensa:

«No creo que la piel inexpugnable nos sirva contra la onda helada de Ikarión de la que tanto oímos hablar a los soldados. Solo espero que no sea él, ni Denvas. Solo eso te pido Elión, solo eso.»

Se acercan a la patrulla de cinco soldados. El suelo se mueve con un sonido grave y rompedor. Grandes piedras marrones oscuras, casi negras, brotan hacia la superficie, como si una nueva montaña

estuviera formándose bajo sus pies dispuesta a impedirles el paso. Las iniciadas dominan a los equinos con absoluta maestría guiándoles entre pendientes y esquivando paredes que surgen de manera imprevisible. Saltan y caen en carrera. El último desnivel queda atrás. Continúan imparables hacia la patrulla en la que ya es posible distinguir los rostros agresivos de sus enemigos. Las dos nubes negras de polvo se aproximan la una a la otra, inexorables.

Los ojos del mago Kroam brillan. Las iniciadas se preparan para el siguiente ataque. Con un gran sonido grave y ensordecedor, emerge un muro infranqueable enfrente de ellas, creando una niebla gris oscura que perjudica la visibilidad. Li-En duda y sigue a su amada hacia la izquierda, hasta que un nuevo muro les vuelve a bloquear el camino, y otro más y un último final. Quedan encerradas en la prisión de piedra.

Los soldados cubren sus ojos para protegerse de la polvareda. Miran sorprendidos la gran altura del muro que alcanza hasta donde la vista se nubla. Unos sonidos como si alguien estuviera rompiendo rocas llegan a sus oídos. Vuelven a empuñar sus espadas y se preparan para lo que pueda suceder. El mago Kroam ríe al mirar a los soldados y dice orgulloso:

—No os molestéis, no hay manera de atravesar el muro.

Una corriente de aire resuena espontánea, atrayendo la atención de los sirvientes de Ikarión. La emperatriz salta de lo alto del muro. Se precipita con sus piernas por delante como si de una enorme asta mortal se tratara. Se dispone a atravesar a su enemigo, deslizándose con precisión por el turbio aire del desierto.

El mago crea con rapidez un muro protector y se retira justo a tiempo para ver como la emperatriz lo destruye en pedazos.

Li-En se lanza sobre uno de los soldados siguiendo el ejemplo de su amada, pero el miedo entorpece sus movimientos haciéndola caer de frente, desmontando y rompiéndole el brazo izquierdo al sorprendido caballista. Los demás soldados al ver el poderío de las iniciadas, deciden cumplir la segunda orden de relevancia: “Acabad con sus vidas si es necesario.”

Li-En se levanta habiendo perdido la concentración con la vista nublada. Casi sin que le dé tiempo a reaccionar recibe una estocada que esquiva de pura casualidad. El soldado da la vuelta con su caballo y vuelve a cargar con la intención de cortarle la cabeza. La espada choca con violencia contra el fino cuello. Un dolor inesperado paraliza la muñeca rota del soldado. La espada vuela por los aires al enfrentarse contra un objetivo inexpugnable. La iniciada,

sin sentir nada, da unos pasos hacia atrás para volver a equilibrarse. El soldado cae al suelo dolorido y sin entender lo sucedido. Se levanta sin saber como reaccionar hasta que la ve corriendo hacia él. Desenfunda la daga que no es capaz de utilizar ya que la mano de Li-En le atraviesa la armadura con los dedos allí en donde el corazón deja de latir. Otra daga choca contra la espalda de la iniciada. Li-En busca la procedencia del proyectil, hasta ver a un soldado en el suelo con los ojos abiertos lleno de miedo ante la impotencia inesperada de su hombría despedazada.

«Una mujer —pasa por su mente antes de comenzar a arrastrarse por el suelo. Unas lágrimas de desesperada humillación surcan su rostro.»

Li-En se acerca a él dudando que hacer, hasta que le escucha suplicar, pidiendo perdón, exclamando su inocencia.

—Tan solo sigo órdenes. Tengo una familia que alimentar, no me mates por favor. Déjame vivir —dice al surcarle las lágrimas que nunca admitirá que hayan sucedido en la lejana taberna de su pueblo, entre vinos y cervezas, cuando cuente su gloriosa batalla en la que las fugitivas le engañaron a través de un ardid mágico.

El corazón de Li-En se ablanda y tan solo se contenta con darle una buena patada en la entrepierna, dejándole incapacitado por un largo tiempo.

Sui atraviesa otro muro. Dos soldados la embisten con las espadas desenfundadas. Una de ellas choca contra los brazos en cruz de la emperatriz que forman una columna inamovible protegiendo su rostro y pecho. La espada sale despedida por los aires. El caballista intenta recuperar el equilibrio. La otra espada, que pretendía ensartar a la iniciada, choca contra el cuerpo indestructible. El caballista pierde el equilibrio. Tira con fuerza de las riendas del equino para estabilizarse. Ambos caen quedando el caballo encima del soldado malherido.

El mago desmonta y concentra sus fuerzas. Sui se da la vuelta, preparada para el enfrentamiento. Los ojos del mago brillan con gran intensidad, deslumbrando a la iniciada. Cuatro puños de piedra emergen del suelo chocando contra ella. Su cuerpo no recibe ningún daño, pero la contundencia del golpe zarandea su cerebro. Oye el sonido grave de la colisión repitiéndose hasta formar un tono singular estridente que le hace caer al suelo, inconsciente.

Li-En no puede creer lo que ve. Llena de ira se lanza contra el mago dando un salto que hace que su forma se pierda con el destello del sol. El mago concentra su poder y espera hasta ver a la

iniciada caer. Un gran puño brota de la tierra, golpeando a Li-En de lado y lanzándola a gran velocidad contra la prisión rectangular. Su cuerpo se hunde incrustándose entre las roca antes de perder la conciencia.

El soldado malherido, que había caída debajo de su caballo, se mueve con torpeza. Desenfunda su daga al ver a Li-En mover uno de sus brazos. Antes de que la iniciada se recupere del todo, el soldado lanza con precisión su proyectil que se clava en el estómago de la iniciada. La sangre brota manchando sus ropas.

El otro soldado aun montado en su caballo, permanece a cierta distancia. Las dudas y el miedo le poseen al ser incapaz de clavar su espada en la piel humana.

El mago sonríe al ver su obra.

«Un triunfo completo —se dice a sí mismo.»

Escucha un sonido. El sonido de los pies de Sui impulsándose en un salto que coge desprevenido al mago. Este gira su cabeza a tiempo para ver lo que sucede. El cuerpo de la emperatriz se precipita de frente. Da un giro completo al acercarse a su enemigo, generando una patada voladora que le rompe el cuello, estirándolo a una distancia imposible en la que tan solo la piel y los músculos impiden la decapitación. El cuerpo sin vida vuela por los aires y aterriza en la negra arena con la cara desfigurada barriendo el suelo.

El último caballista se aleja con la esperanza de salvar su vida. El soldado que había lanzado la daga abre los ojos que a punto están de salir de sus órbitas al oír la voz de la muerte llamándole por su nombre. En un gesto de desesperación, intenta coger su espada temblando. Sus nervios se convierten en descontrolado terror. La emperatriz se acerca corriendo. Salta y cae con su pie derecho sobre el cuello del soldado. Este abre la boca con la lengua expuesta hacia fuera y los ojos cerrados en expresión de dolor final.

Un suspiro alivia a la iniciada que mira a su alrededor en busca de su amada.

Li-En ha conseguido sacar la daga de su cuerpo, que reside en el suelo junto a un charco de sangre. Con su mano derecha cubre la herida que pronto cicatriza antes de perder la conciencia.

Sui ve a su amada y corre hacia ella. Con delicadeza le ayuda a sentarse. Concentrando su energía, termina de curar la herida hasta que los órganos internos se limpian de sangre reestructurando las fibras dañadas.

«Espero que no haya perdido demasiada sangre.» Piensa Sui antes de decirle:

—Amor mío, despierta. Amor mío ¿estás bien?

Su compañera vuelve a percibir la luz del mundo real y sus formas borrosas, preguntándose que hace en los brazos de su amada en el desierto.

Intenta levantarse, cayendo al suelo. De rodillas aparta a la emperatriz.

—Estoy bien, solo necesito de unos momentos —afirma volviéndose sentir una carga demasiado pesada. Reza: «Elión dame fuerzas.»

—Iré a buscar las provisiones —dice Sui percibiendo la mente culpable de Li-En.

A su alrededor hay tres caballos, dos de ellos fieles, acompañando los cuerpos inertes de sus dueños. La emperatriz trepa el muro de la ineficaz prisión y otea en la lejanía.

«Dos patrullas se acercan, no hay tiempo para descansar —vuelve la mirada hacia el volcán—. Espero que lleguemos pronto a las cercanías de Tzarás, no parece estar muy lejos —baja su mirada preocupada—. Li-En, amor mío, espero que sepas aguantar.» Una lágrima se desprende solitaria al ver la debilidad de su amada, hasta que la mente práctica vuelve a tomar el control de la situación.

Baja por el muro clavando sus manos y pies como si estuviera atravesando papel. De un salto cae al lado de los caballos. Coge las mochilas con las provisiones. Mira a los equinos siendo consciente de que no puede salvarlos.

—Rápido, se acercan, debemos huir —dice la emperatriz.

Li-En intenta centrar la vista. Su frágil cuerpo no quiere realizar ningún esfuerzo, pero su mente sabe que no hay opción. Inspira concentrándose en la energía de Elión. Sus fuerzas vuelven, retomando la voluntad para controlar su vida.

—Sí, vámonos —contesta llena de determinación.

2.2

Las últimas horas de luz se acercan. Los caballos están agotados. El rojo sol se oculta lento en la lejanía infinita del desierto. El volcán observa a sus visitantes con una risa humeante de destrucción. La oscuridad reina, contrastando con el cielo estrellado y el magma lejano que brilla en el horizonte.

Las amantes vuelven su mirada hacia atrás sin ser capaces de ver acercarse a nadie.

—Desviémonos hacia la derecha, tenemos que perderles… aunque da igual, encontrarán las huellas —dice la emperatriz.

—Deberíamos... de... descansar —contesta Li-En intentado controlar el dolor punzante que lleva golpeando su cabeza desde que comenzó la galopa. Sus ojos quieren cerrarse pero su mente se lo impide. Piensa:

«No, no puedo continuar siendo una carga, he de ser fuerte.»

—Cuanto más cabalguemos... en la noche, es mejor —afirma Sui sin prestar atención al inesperado dolor de cabeza que brota sin clemencia.

Li-En no sabe que decir. Está de acuerdo y no desea contrariar los planes de su amada. Aun así las dudas le dicen que ambas están empujando sus cuerpos hasta límites de los cuales quizás ya no sepan volver.

—Como tú quieras amor mío —contesta Li-En intentando no molestar.

Cabalgan torpemente con apenas fuerzas para no caerse. Un viento cálido con rastros de ceniza choca contra los húmedos y extenuados ojos de las iniciadas causándoles un picor intenso.

La emperatriz ve a su amada tocándose la cara con gestos de dolor, y le pregunta:

—¿Qué tal te encuentras amor mío?

—Sigamos —contesta Li-En, ignorando el estridente lamento que emana de su cuerpo.

Al cabo de un rato, Li-En detiene su caballo. El sudor helado baja por su frente. Su brazo se mueve sin ninguna presencia al secarse el

rostro, junto con un suspiro que exige paz.

—Ya no puedo más —le dice a su amada—. Me pesa el cuerpo... y cada vez me... me cuesta más respirar.

—Yo tampoco me siento bien, descansemos.

Las amantes desmontan con movimientos lentos, desatinados. Sui posa sus brazos sobre su caballo. Respira intentando controlar el dolor que resuena en su cabeza como un tambor con cada latido de su corazón.

Las rodillas le fallan a Li-En, junto con los pies. Cae al suelo. La emperatriz acude al lado de su amada, que abre los ojos diciendo:

—No es nada, ya no puedo... más…

Sui observa preocupada a su compañera antes de decirle:

—Debemos de llegar lo antes posible a donde se encuentren los Beenor.

Li-En concentra todas sus fuerzas para no volver a perder el conocimiento. El rostro de su amada se vuelve a dividir en varias imágenes intercaladas. Nace un sonido agudo que raspa su cerebro, impidiendo la posibilidad de comunicación.

—¡Li-En! —Grita la emperatriz al ver los ojos de su amada volverse blancos—. ¡Li-En!

La desfallecida utiliza la voz de su amada como ancla, ayudándola a enfocar la realidad. Los pensamientos vuelven a recuperar el sentido racional.

—Estoy bien —miente Li-En—. Ayúdame a levantar... debemos seguir.

Las lágrimas fluyen por las mejillas de Sui.

—No. No amor mío. Vamos a descansar.

Las ondas de aire llegan de Tzarás calentando por cortos espacios de tiempo a sus visitantes, mientras que el frío de la noche se adueña de los cuerpos cansados.

Después de una cena de setas, nueces y otros frutos secos, las amantes descansan tumbadas sin saber si sus perseguidores siguen su rastro.

Sui mira al volcán y se pregunta cuándo llegarán hasta él. Un sonido grave retumba en el silencio de la noche. La cumbre humeante ruge con lento poderío, resonando en el corazón de las iniciadas.

Li-En, sin apenas fuerzas para pensar, cae dormida. La emperatriz es incapaz de descansar. Piensa:

«Espero que estén lejos. Con suerte nos habrán perdido, aunque

seguro que encuentran nuestro rastro por la mañana. —El agrio olor a sudor de su amada, después de varios días sin realizar las tareas de limpieza apropiadas, se junta con el suyo, inundando su mente —. Amor mío, jamás hubiera pensado que nuestro camino pudiera llegar a ser tan complicado. Se fuerte, te necesito a mi lado. Elión ayúdanos, dale fuerzas a Li-En. Ayúdala Elión, ayúdala como sea, haz lo que sea necesario, tiene que vivir. Si no fuera por mi Elión, Li-En llevaría una vida tranquila junto a las demás iniciadas. Elión, que es lo que he hecho, perdóname.»

2.3

El alba del desierto llega. Los azules oscuros toman a los negros en un proceso suave y pausado, hasta que la claridad celeste reluce. El sol se hace rogar en una prolongada sucesión de tonos en los cuales la luz se adentra con calma en los dominios de la oscuridad hasta conquistar el cielo. La corona anaranjada surge con lento poderío, avisando a los habitantes del desierto que su Rey ha vuelto.

Sui despierta de golpe con el cuerpo pesado e incómodo. Mira al horizonte en el que se ve una nube de polvo creciente, y le dice a su amada:

—Vamos amor mío, debemos de seguir. ¡Se acercan! —Termina gritando.

Li-En despierta sin fuerzas, aun dolorida. Es incapaz de cabalgar a gran velocidad. La poca energía mágica que ha recuperado en la noche, se evapora a cada zarandeo que recibe su cuerpo apenas siendo capaz de mantener el equilibrio. Punzadas como astas, penetran en su cabeza, atravesando su cerebro en una doble pulsación arrítmica entre el cabalgar y los latidos del corazón. El suplicio se incrementa y la vista se nubla.

Enfrente reside la cortina de cenizas, que se topa con el cielo. Se mueve, sin moverse del lugar en el que reside, densa, persistente en su presencia incorpórea.

«Erín —piensa la emperatriz. »

Los caballos se niegan a entrar, la patrulla se acerca.

—Debemos de seguir caminando... es la única manera —dice Sui desesperada.

Juntas, de la mano, penetran en la espesa cortina, tosen y se protegen los ojos en vano. El aire ardiente, lleno de ceniza calienta sus cuerpos, obstruye sus gargantas e inunda sus pulmones. Las primeras gotas de sudor emergen, convirtiéndose en venas oscuras que marcan sus rostros.

Dan apenas unos pasos. Miran hacia atrás y no ven más que la negrura que araña sus ojos con una sensación áspera de picor desesperante. Sus rostros se cubren de ceniza que se convierte en una nueva piel abrasante e incómoda, imposible de limpiar. Sus

oídos son colmados por un sonido de vendaval en continuo ascenso y descenso, de torbellinos imprevisibles que llegan en todas las direcciones.

Li-En apenas puede pensar, le duele la cabeza con una intensidad que bloquea sus capacidades cognitivas. Su conciencia es un trazo apenas existente.

—¿Cuándo llegaremos al palacio? —Pregunta Li-En sin entender sus propias palabras.

Sui la mira preocupada y contesta antes de darle un beso en la cabeza:

—Pronto amor mío, pronto.

Siguen tosiendo hacia un rumbo desconocido, penetrando en el muro que a cada paso arde con mayor intensidad. Li-En se desploma, cayendo al suelo. Entre los brazos de su amada permanece perdida sin ser capaz de oír la voz que la llama desesperada. Sus ojos mienten entre nubladas imágenes y delirios. El mundo gira a su alrededor descontrolando los significados que dejan de existir en su mente. Cierra los ojos. La voz de su amada resuena como un eco de silabas sin sentido que se aleja por un túnel sin fin. Su conciencia es desterrada a un sótano de cacofonías cíclicas. Concentrándose, ve una luz, la luz de una puerta que se aleja según se sumerge en el vacío de la oscuridad permanente. Oye un sonido agudo, cortante, que atraviesa su cabeza como si fuera una marioneta ensartada por cientos de alfileres, que destrozan todo intento de recuperar la cordura. Un último suspiro en el que concentra toda su voluntad, rescata su conciencia. Abre los ojos y ve por una fracción de segundo a su amada, antes de volver a perderse en el vertiginoso dolor.

Una voz resuena en la ceniza:

—Sui-Gunar, Li-En, no podéis huir de mi —dice Denvas. Sabe que sus palabras llegan a donde ella no se atreve—. Mi rostro será lo último que veréis.

«Ramera —piensa la maga—. Has vuelto a escapar, pero pronto sabrás la diferencia entre el poder real de una maga, conseguido tras una vida de lucha y sufrimiento y el falso poder de los aristócratas. Pronto sabrás que da igual en donde nazca una, lo importante es la ambición.»

Las fuerzas de Sui resurgen ante la ira.

—Amor mío, vamos, levántate, debemos de continuar ¡Li-En! —Grita la emperatriz.

Li-En no es capaz de entender nada. Su conciencia está perdida en cientos de caminos sin retorno. Se debate entre imágenes, recuerdos, emociones y entendimientos desquebrajados por el dolor que domina todo intento de reunir los pedazos de su vida fragmentada. En los pocos momentos coherentes, escucha una voz que le pide con una sola palabra que deje de luchar. Cuanto más aguanta, más poderosa se vuelve la voz y más clara y persistente se vuelve la palabra; una palabra que clama silencio; el silencio dominado por la existencia anhelada; la existencia de los que se rinden y encuentran la “Paz". Pero Li-En se resiste. Concentra sus fuerzas intentando volver a ver el rostro de su Sui, intentando volver a sentir el amor que las une.

—Li-En, amor mío, ¿estás bien? Amor mío despierta —pero su amada no despierta. Su cuerpo está abandonado de toda presencia —. No, no, amor mío despierta. Elión ayúdame, ayuda a Li-En, ayúdala, dale fuerzas. Haz lo que haga falta. Toma mi vida si así lo deseas, pero ayúdala —juramenta la emperatriz, con sus manos tapando su rostro, creando presión como si pudiera detener el fluir de las lágrimas.»

Por más que quiera ya nada sucede. En un último intento desesperado se quita el collar Niré y se lo da a su amada. Juntando fuerzas la arrastra hacia adelante, siguiendo su rumbo, hasta que cae al suelo, en donde el aire se hace más claro y placentero. Abre los ojos y ve que parte de su cuerpo está al descubierto fuera de la ardiente niebla de cenizas. Tira de los brazos de su amada, hasta llegar donde el azul vuelve a brillar en el infinito cielo; donde el sol deslumbra y calienta; donde el aire vuelve a ser puro, generando esperanzas que buscan desesperadas un hogar.

La emperatriz intenta sanar el cuerpo de Li-En, pero nada sucede. Llora y grita:

—¿Por qué? ¿Por qué me castigas así Elión? ¿Por qué? ¿Qué he hecho para merecer esto? ¿Qué? ¿Por qué me quitas a la única persona que amo? ¿Por Qué? ¿Qué he hecho para merecer este destino, Elión? ¡¿Qué?! Eres injusto, te desprecio, te rechazo, ¿Cómo puede ser que seas el Dios del amor? ¿Cómo? Es todo mentira, no existes, nada existe.

Las lágrimas brotan desenfrenadas recorriendo su rostro hasta llegar al cuello. Agotada, siente como sus esperanzas se ríen de ella. Nada merece la pena, nada excepto Li-En, que respira con dificultad delirando perdida en un universo desconocido.

Los recuerdos llegan como cuchillas oxidadas y clavos ardientes llenos de remordimientos, atravesando todo su cuerpo al ver a su

amada sufrir. Descuartizando su corazón y haciéndola culpable de todo lo sucedido.

—Si tan solo nos hubiéramos quedado en Siarea —dice la emperatriz acariciándola—. ¡Qué estúpida! ¡Qué idiota! ¡Qué egoísta! ¿Cómo se me pudo ocurrir intentar huir? ¿Por qué? ¿Por qué quise huir...? ¿Por qué quise arriesgarlo... todo? Li-En, amor mío, perdóname. Te he fallado, he fracasado. Primero te corrompí y ahora... ¿me perdonarás? ¿Perdonarás mi egoísmo? Si, sé que lo harás, porque vas a vivir, sí, vas a vivir amor mío, lo sé.

Sui llora hasta caer dormida del cansancio. Permanece abrazada al cuerpo de su amada, mientras que el sol continua quemando su piel.

Xe-Gunar VI el Valiente fija su mirada sobre ella, junto con su hermano Ni-Gunar. Ambos poseen la diadema imperial, con la capa y las ropas de gala de emperador del imperio Akmólica. Permanecen inmutables en la sala de tronos. Sui intenta acercarse, pero a cada paso que da se aleja más de ellos. Oye una voz que la llama. Se da la vuelta y ve a Ra-Gunar que le dice:

—Perdona hermana, hice lo que tenía que hacer. Siempre ha sido tu destino.

Sui-Gunar sonríe al ver el amor en los ojos de su hermano que la coge de la mano. Juntos caminan hacia su padre y hermano. Una nueva voz la llama, es la de Li-En, que le dice:

—Espérame.

Sui-Gunar mira a su alrededor sin saber de donde procede la voz. Ra-Gunar le dice:

—Sui-Gunar, has de imperar, olvídala.

De repente se ve enfrente de su padre que le otorga la diadema imperial, sonriendo. Con la voz llena de orgullo dice:

—Es tuya hija mía, es tuya. Ahora eres la protectora del imperio.

Sui-Gunar despierta. Las memorias del sueño llegan. Una lágrima recorre su rostro. La imagen de Ra-Gunar aparece en su mente y piensa:

«Hermano, tú siempre lo has sabido. Te echo de menos Ragu, perdóname. He sido cruel contigo. Mi destino es imperar. Haré lo que tú no has podido, he de acabar con la vida del usurpador. Pronto estarás orgulloso de mi, padre, ya lo verás.»

2.4

—¡Denvas! —Grita Ikarión—. ¿Qué ha sucedido?

—Las perseguimos hasta que se adentraron en el muro de ceniza.

—Cobarde, ¿no te has atrevido?

—No maestro.

Ikarión atraviesa con la mirada a su aprendiz, se vuelve hacia el muro y concentra su energía elevando su voz con una singular nota grave. Crea un inmenso muro de hielo congelando la ardiente ceniza. El muro se expande abriendo un camino en forma de pasillo helado.

—Rápido, avanzad protegidos por el muro —ordena Denvas señalando a su patrulla.

Los soldados comparten entre si miradas de miedo. No creen que haya ninguna garantía que les asegure sus vidas, ya que se desconoce la profundidad del muro de ceniza.

—He dicho ¡Ahora! Insolentes cobardes. Ahora o pagareis con vuestras vidas.

Los soldados se llenan de valor como única opción ante la muerte. Avanzan despacio. Cuando llegan cerca de la pared helada del fondo, ven como el hielo se convierte en agua con intensidad creciente. El pasillo deja de avanzar y por más que Ikarión quiera, no es capaz de impedir que poco a poco sus muros comiencen a derretirse cada vez a mayor velocidad. Los pobres soldados se ven como reses mandadas al matadero. Sus espadas empuñadas son como flores secas creadas para decorar ante los riesgos a los que se enfrentan.

El volcán ruge y la ceniza se convierte en fuego que funde el hielo.

—Rápido, salid de ahí, corred. ¡Ahora! —Grita Denvas a la vez que se concentra en vano para mantener las paredes heladas.

Demasiado tarde, el hielo deja de convertirse en agua y de golpe se transforma en vapor ardiendo. Una gran onda de calor atrapa a los aventurados, quemándoles la piel, que se vuelve color carmesí antes de hincharse. Sus parpados y boca se funden, junto con los orificios de la nariz. Las manos dejan de ser, convirtiéndose en palas

fundidas de masa ardiente. Los gritos de dolor suceden una vez, ya que de los pulmones y la garganta sale una onda de fuego que hace estallar en llamas sus cuerpos.

—¡No! ¡No puede ser! —Grita Ikarión.

Sui-Gunar despierta poco antes del atardecer. Sus ojos permanecen cerrados. Tiene la garganta seca, los ojos irritados por la ceniza ardiente, la piel le escuece quemada por el muro y el sol, los brazos le duelen de cargar con Li-En, los dedos y las manos arden hinchadas y doloridas también. Abre los ojos enrojecidos en los que se forman lágrimas al recibir el contacto del aire. Su amada yace inconsciente. Juntado sus fuerzas carga con ella hasta una sombra producida por unas rocas que sobresalen del volcán. Se acerca y le acaricia la cara. Comprueba con miedo que su corazón sigue latiendo y sonríe. Saca lo que le queda del agua dulce y la deposita en la boca de Li-En, que siente el líquido recorrer sus papilas gustativas con placer. Sus ojos se abren antes de toser atragantada ante el dolor de su garganta desquebrajada.

—¿Qué tal te encuentras amor mío? —Pregunta la emperatriz, que acaricia el cabello de su amada.

—Podría estar mejor —contesta sonriendo.

El dolor de cabeza se ha convertido en un zumbido grave y continuo, sumergido en el fondo de su conciencia, generando toques leves de disconformidad, permitiendo a su mente funcionar con normalidad. Su cuerpo le duele menos, en las horas de inconsciencia ha conseguido relajarse lo suficiente como para que la tensión de sus músculos desaparezca, aun así el cansancio persiste.

—¿Dónde estamos? —Pregunta sin ser capaz de ver con claridad.

—Del otro lado del muro —dice Sui-Gunar señalando con sus ojos y una sonrisa hacia la cumbre del volcán.

—Menos mal, estoy agotada de tanto huir.

—Quizás debamos descansar esta noche. Si consiguen pasar el muro, quien sabe por donde salgan. La oscuridad nos protegerá.

—Como quieras Sui.

La noche retorna a sus dominios con agradable lentitud. Las estrellas vuelven a brillar. En la cúspide de Tzarás se sigue viendo la cálida luz que inspira las mentes de las iniciadas con su continuo rugir.

Después de unas sabrosas setas, nueces y otros frutos secos, las iniciadas se abrazan y se besan. A pesar de la intensa energía que el

volcán trasmite, Li-En por primera vez en varios días consigue que su mente no perturbe la paz anhelada. Lo ha conseguido, ha sobrevivido junto con su amada y por más incierto que sea su camino, presiente que nada podrá causarle mayor dolor que lo sucedido en la última jornada.

Li-En agradece, antes de ceder su conciencia al mundo de los sueños:

«Elión, gracias por habernos ayudado a superar las pruebas tan difíciles a las que nos hemos enfrentado. Solo hay una plegaria que necesita respuesta en mi alma. Pase lo que pase, permíteme vivir junto a mi amada como un igual. Ayúdame a ser fuerte, tan fuerte como Sui-Gunar.»

La emperatriz cierra los ojos y siente su corazón palpitar con intensidad. Para ella la energía del volcán es demasiado potente como para encontrar el placentero silencio que necesita.

La noche transcurre sin que la emperatriz pueda dormir. Su mente divaga llena de recuerdos dolorosos y remordimientos, alimentados por una ira insaciable que tiene tan solo un fin, la muerte del usurpador. El amor de su amada deja de ser el motor de su vida, ahora lo más importante es cumplir su destino, el que ella quiere crear. Mira a Li-En, y piensa:

«Espero que seas fuerte, porque aún nos queda la más grande batalla. Elión dale las fuerzas que necesita para estar a mi lado, ayúdala. No puedo seguir cargando, la necesito a mi lado.»

La luz del alba se asoma, Sui-Gunar sigue sumergida en su lucha interna, su cuerpo está agotado. Con cada pensamiento de ira y rencor, las fibras de sus músculos se tensan agarrotados, estirando sus tendones ya de por si forzados al extremo. Hasta que en un momento inesperado cae rendida en la inconsciencia.

2.5

Los primeros rayos de sol iluminan el rostro de Li-En trayéndola de vuelta al mundo real. Se deja inundar por el cielo azul y el aire fresco de la mañana. Descansada, con el cuerpo dolido, pero sin ningún extremo pesar. Mira a su alrededor hasta que sus ojos se encuentran con una figura que las observa en lo alto del volcán.

—Sui, Sui, despierta, hay alguien, ahí... despierta, nos está observando.

La emperatriz apenas puede moverse. Sus ojos le pesan. El cuerpo resulta una carga demasiado molesta. Un dolor de cabeza intenso se une a la lacerada sensación de su garganta.

—¿Qué? —Pregunta despistada al intentar enfocar la nebulosa realidad—. ¿Quién?

Li-En señala y guía la cabeza de su amada hacia la pendiente en donde se ve una figura humana.

—¿Ves?

Realizando un esfuerzo consigue concentrar sus fuerzas divisando la forma borrosa que las observa.

—Sí, ya la veo.

—¿Qué vamos a hacer?

—No se Li-En, tranquila. Si algo quisiera, algo habría hecho.

—Sí, tienes razón.

—Recemos... y desayunemos primero... después iremos a su encuentro —dice dolorida.

—¿Qué tal te encuentras? —Pregunta Li-En.

—Mal, me duele todo y me cuesta respirar... y la cabeza no me deja en paz. ¿Tú... qué tal estás?

—Bien, bueno, mejor que ayer —contesta Li-En ante una ligera sensación de culpabilidad que aflora llevando su mirada al suelo—. Con el cuerpo algo entumecido. ¿Quieres que te de algo de energía Elii?

—¿Ahora vas a ser tú la que es más fuerte?

—Eso parece. Haz hecho tanto por mí.

—Está bien. Relaja mis músculos que los siento como si fueran de madera vieja.

Li-En posa sus manos sobre distintas partes del cuerpo de su

amada, sanándola.

Suben por la pendiente despacio y llenas de curiosidad. La figura cada vez se hace más clara. De estatura media, con una toga sin mangas que se abre dejando los laterales de sus piernas al descubierto, con bordados en rojo que remarcan la simpleza de la tela marrón. Descalzo y sin cabello. Li-En mira hacia los lados con algo de vergüenza ante la continua y penetrante mirada del desconocido, hasta que su rostro se hace más claro, quemado y desfigurado, principalmente en el lado derecho. Sin cejas y con un solo ojo, el ojo izquierdo observador, duro y atemorizarte. Su cuerpo está también desfigurado. De pie, enfrente de un sendero, las espera sin ninguna intención amistosa perceptible.

Su rostro es una imagen horrible, roja y negra, brillante y satinada, inhumana. Señala con un gesto decidido hacia la parte del camino que sube por la pendiente.

Sui-Gunar intenta entablar conversación, pero lo único que recibe como respuesta es un sonido gutural que exige el collar Niré. Lo recibe y con su brazo insistente les indica el camino hacia la cúspide del volcán.

Las iniciadas comparten una mirada y continúan por el camino indicado. La figura permanece observándolas impasible.

Las nubes cubren el cielo, creando una brisa esporádica, fresca y deseada ante el esfuerzo del camino cuesta arriba. Poco a poco, el aire se va volviendo cada vez más denso y ardiente. Tzarás ruge llamando a sus visitantes. Se detienen varias veces, observando el extraño paisaje que las rodea. Por un lado la cumbre humeante y por el otro el muro negro de cenizas. En la cumbre se ven unos pájaros volando en círculo y descendiendo al cráter. Sus chillidos se oyen agudos, sin llegar a ser desagradables, como látigos de fuego prendiendo el cielo.

Caminan descansado varias veces para alimentarse hasta que pierden el rastro del sendero. Intentan volver atrás pero no encuentran el camino por el que vinieron. Sui-Gunar cae al suelo agotada, la cabeza no le ha dejado de doler en todo el camino y el cuerpo aplastado por el sufrimiento necesita descansar. Li-En cansada, pero con algo de poder mágico intenta sanar el cuerpo extenuado de su amada sin demasiada suerte.

El lejano sol comienza el trayecto final de descenso. Sui-Gunar despierta después de una corta siesta. Ambas continúan su camino hacia la cumbre.

El suelo se mueve. El volcán estalla rugiendo entre gases y meteoros ardientes que son escupidos dispuestos a destruir y quemar todo lo que encuentren. El cielo se parte con sonidos secos y se despedaza en una tormera piroclástica de rayos y truenos. Las iniciadas se abrazan llenas de miedo. Una inmensa pared nebulosa de cenizas se acerca espesa y veloz hacia ellas. Apenas pueden mantener el equilibrio. Se arrodillan para estabilizarse e intentan controlar sus corazones que se desbocan ante la intensidad del momento. La densa cortina llega hasta las iniciadas. Li-En concentra todo su poder e impide que sus cuerpos se quemen. Sus ropas y provisiones arden hasta desaparecer. El suelo se mueve con mayor intensidad. Pierden el equilibrio y son despedidas cada una hacia un lado, cayendo cuesta abajo. El aire se vuelve putrefacto. Las amantes intentan buscarse. Se llaman y gritan entre lágrimas, pero el sonido rocoso junto con las continuas explosiones y rayos cubren sus voces. A sus pulmones casi no llega aire, solo ceniza y gases. Sui-Gunar inspira y vuelve a inspirar, dejándose llevar por el pánico. Ríos de lava emanan cuesta abajo. La piel inexpugnable deja de surgir efecto, todas sus energías están enfocadas en su capacidad de regeneración. Los pelos se evaporan en instantáneo hedor, su piel arde y se vuelve negra, sus ojos pierden sus órbitas convirtiéndose en bolas blancas que se funden con los párpados, al igual que los labios que burbujean y se cierran. La piel de su cara negra y cuarteada se vuelve viscosa como una vela fundiéndose en un horno, dejando lugar a un orificio del que se proyecta un grito:

—¡Noooooooo!... ¡Noooooo! —«No voy a morir —piensa aprovechando el poco aire descompuesto que le llega—. Jamás moriré, hasta que la vida de Ikarión y Denvas se extingan en mis manos, hasta que supliquen por sus vidas. Concédeme fuerzas Elión. Escúchame, sólo eso te pido. Concédeme sus muertes, este es mi último deseo Elión, concédemelo.»

Ya no hay lugar para el amor, ya no hay lugar para preocuparse por Li-En. En el fondo de su corazón sabe que sobrevivirá. En su mente solo queda espacio para la devastación y la ira, por lo que sus energías se concentran con un solo fin, sobrevivir para destruir.

Li-En es arrastrada por el suelo, inmune ante el fuego. Protegida por la magia de Elión busca a su amada. La llama y se lamenta de haberla perdido.

«Elión ayúdame. ¿Dónde estás Sui? Ayúdame a encontrarla. Tengo que protegerla, está demasiado débil, me necesita. Elión ayúdame.»

El aire envilecido, penetra en sus pulmones. Sus ojos se cierran y

una onda de calor le llega deshaciendo la magia y prendiendo fuego su cuerpo hasta que pierde la conciencia.

Ikarión mira por última vez el muro que ha sido más poderoso que su ego. Monta en su caballo y se aleja a gran velocidad acompañado de Denvas y los soldados. Piensa:

«¿Sobrevivirá? Seguro, así ha de ser. Nuestro enfrentamiento es inevitable, o ella o yo, no hay opción, aunque quizás haya muerto. Si no ha muerto, las posibilidades podrían ser adversas a mis fines. Sui-Gunar y los Beenor, algo con lo que jamás había contado. Sin duda conocen Niré, no puedo permitir que sus poderes se unan. La incertidumbre ha de terminar. El poder para dictar los acontecimientos ha de estar en mis manos, y no en la de ellos.»

Tzarás estalla moviendo el suelo y nublando los cielos con su espesa presencia. Ikarión vuelve su mirada y piensa:

«No me gustan estas casualidades tan inoportunas. He de atacar lo antes posible o de lo contrario mi poder será cuestionado. El ejército ha de ser llamado, aun así, una batalla cerca del volcán es una opción demasiado incierta. Pero si espero a que ellos salgan, Sui-Gunar podría contar una verdad que cuestione mi poder imperial. No, he de atacar, y acabar con la vida de la emperatriz antes de que consiga más aliados.»

2.6

Gota tras gota, deslizándose por el rostro de Li-En, desprendiéndose de las nubes corruptas por los gases volcánicos. Gota tras gota, ardiente y amarga, quemando su cuerpo desnudo, ensuciando y abrasando todo lo que se cruza en su paso.

«¿Qué ha sucedido?» Se pregunta al abrir los ojos protegiéndose con las manos. Una gota nauseabunda se cuela entre sus labios. Después de una arcada, escupe el ácido y concentra su energía para que el fétido líquido no le cause ningún daño. Se sienta. Nota una sensación extraña en la piel. Mira con horror. Su mano y brazo derecho están al rojo vivo, quemados, con los poros fundidos, causándole un escozor intenso. La pierna derecha también está quemada, desde la rodilla, pasando por el muslo, las nalgas, casi toda la espalda, parte del vientre, junto con su pecho derecho, siguiendo hasta llegar a la oreja, pasando por el cuello y dejando su rostro casi intacto. Le pica y le escuece la sensación ardiente que tira de su piel en todas las direcciones, contrastando con el aire frío que surge de imprevisto.

Concentra su poder e intenta sanar las quemaduras, pero nada sucede. La desesperación recorre sus venas. Se sienta de rodillas respirando agitada y vuelve a intentar curar su piel malherida. Volviendo a fallar. Tose sin parar, escupiendo ceniza y se pregunta:

«¿Cómo puede ser? Elión ¿qué ha sucedido? ¿Dónde estás Sui?»

Se pone de pie y se marea por el repentino dolor que se apodera de su nuca, uniéndose con la fiebre creciente que se presenta con sudores fríos. El cansancio vuelve de lleno a su cuerpo fatigado, pero lo ignora ya que no tiene tiempo para ello. Solo tiene un objetivo, encontrar a su amada.

La luz tenue del día apenas ilumina ante un cielo nebuloso y oscuro, confundiendo a Li-En que no sabe si es la mañana o la tarde. Los pájaros rojos carmesí unos y naranjas y amarillos otros, que vieron antes en la cúspide del volcán se acercan y vuelan cerca de ella. Li-En no les presta atención hasta que se da cuenta de que la están intentando guiar. Un relámpago resuena en la lejanía. La lluvia se aleja. Nuevas gotas emergen, esta vez de sus ojos.

—Sui, amor mío, ¿dónde estás? Sui —continúa gritando,

continúa buscando hasta que ve más pájaros rodeando un cuerpo cuesta abajo. Corre hacia a él, llegando tan cerca como para ver lo malherido que se encuentra. Se tapa la boca con las manos, horrorizada. Más lágrimas intentan encontrar su camino hacia la superficie. El corazón se convierte en un nudo que le quita el aliento. No sabe si lo que ve, es su amada. Duda y reza para que no sea. Se acerca y toca el rostro desfigurado. La piel ha dejado de ser, solo se ve una inmensa quemadura con rasgos humanos deformes. Una quemadura que ha consumido gran parte de los músculos dejando relucir el esqueleto enrojecido del que emana un hedor intenso a carne quemada. La mano derecha ya no existe, se ha convertido en una masa de hueso y sangre chamuscada. Las orejas están fundidas. Los pechos consumidos, quemados, los pezones desechos. Los ojos sellados y parte de la nariz obstruida por la carne fundida.

Lágrimas caen en bandada. Quiere acariciarla, pero teme hacerle daño. Acerca la mano para ver si respira. Intenta sanarla, pero nada sucede. Por más que lo intente y lo vuelva a intentar, concentrándose al máximo, llegando casi hasta la extenuación, la piel de Sui no recupera su estado anterior.

—Vive amor mío, vive, se fuerte, te necesito, vive.

Reza pidiéndole ayuda a Elión, intentando recuperar un poco de energía mágica. Se concentra hasta que sus músculos se llenan de fuerzas superiores a las de su propia naturaleza. Carga con su amada en brazos cuesta abajo a paso acelerado. Los pájaros se alejan volviendo al volcán.

Una figura aparece en el horizonte. Se encuentran con otro ser con las mismas vestimentas que el anterior, el cuerpo quemado y en parte desfigurado, principalmente en el lado derecho. Su apariencia hubiera perturbado a Li-En, generado una corriente continua de miedos, pero supone que ellas dos tienen el mismo aspecto e incluso peor, aterrador y decadente. Se olvida de su desnudez. En lo único que puede pensar es en encontrar ayuda. Una sonrisa amistosa se dibuja en el desconocido. Ante la necesidad, Li-En solo puede confiar.

—Bienvenido hermanas aceptadas por Tzarás, en manifestaciones muy grande —dice con voz afable. Baja la mirada y observa a Sui—. Oh... tu amiga ser tocada en dos lados. Interesante ¿ser viva?

—Sí... —contesta Li-En pensando que se encuentra enfrente de un inculto que no domina el lenguaje—. Necesito vuestra ayuda. ¿Tenéis agua?

—Sí. Ahora compartimos una madre.

Li-En, sigue sin entender las extrañas complejidades del desconocido. Observa como desata la cantimplora de su cinturón de tela rojo ofreciéndosela con un gesto suave de amabilidad.

—Gracias —dice Li-En depositando el cuerpo de su amada en el suelo. Abre su boca quemada en la que no se distinguen los labios y deposita el agua que pasa por la garganta inconsciente de Sui. Li-En nota un olor extraño proveniente del líquido, lo prueba y nota un sabor metálico, y una espesura inusual.

—¿Qué clase de agua es esta?

—Agua magma. Agua de magos Niré, solo magos Niré poder beberla. Veneno para otros.

Li-En escupe el agua sorprendida y le dice con un tono de voz amenazador:

—¿Por qué nos das esta agua? Nosotras no...

—Sí, sí —contesta con voz calma—. Tú, ella aceptado po… por Tzarás. Tú, ella, mago Niré.

—Es absurdo, soy una… —Se mantiene en silencio unos segundos—. No puede ser. ¿Podemos controlar el fuego?

El mago ríe y contesta:

—¿Controlar fuego? No, no. Niré controla fuego, Niré controla magos. Tu ver más tarde. Mi nombre Rneo-En-Nireón —dice bajando la cabeza.

Li-En se sorprende al escuchar un nombre basado en la antigua nomenclatura divina Haakmórica y sin darse cuenta contesta.

—Li-En-Elión. Oh, bueno, sí, así me llamo. Nunca había oído hablar de Nireón. ¿De dónde procede?

—¿Procede?

—Sí, que origen tiene Nireón, ¿de dónde viene?

—Nireón ser dios Fuego, dios Niré. ¿Tú ser iniciada de Elión, iniciada Nireón? Raro, raro, no posible. ¿Conoces el haakmorión?

—Sí —contesta sorprendida—, pero no sé a qué te refieres, nosotras somos iniciadas de Elión y nuestras vidas están dedicadas a él únicamente.

—Hablemos en haakmorión, el salíceo no me gusta. ¿Qué hacéis aquí, encomendándoos al volcán, lejos de los santuarios de Elión?

—Huimos.

Rneo-En sonríe y contesta:

—Según mi entender, los iniciados y las iniciadas de Elión no huyen. Su fe les permite enfrentarse a todo lo que Elión les presente en sus vidas.

Li-En se queda en silencio pensando:

«Elión —la tristeza le abraza—. ¿Acaso te hemos abandonado por huir del destino al que nos habías encomendado?»

—Perdona que te cuestione —dice Rneo-En al ver el efecto inesperado de sus palabras—. No me hagas caso. La Tzaria-Nireón, nuestra guía más sabia, te ayudará a entender tus dudas. Dime, ¿cómo se llama tu compañera?

Li-En duda, recordando como Sui no confesó su nombre al extraño en el bosque del Oeste y contesta:

—Sui-Ehan-Elión.

—Una Ehan de Elión, increíble —dice mirando a Sui con curiosidad. Rneo-En nota que Li-En está incómoda y le ofrece su capa que estaba en el suelo junto a una mochila con sus provisiones. Dice:

—No creo que sea bueno que cubras sus heridas, no tienen buen aspecto.

—Gracias —dice Li-En utilizando la capa para cubrir la parte inferior de su cuerpo— ¿Podríais guiarnos a vuestro pueblo?

—Lo siento, pero no puedo abandonar mi puesto —contesta Rneo-En—. Sigue por este camino, llegareis a Olar-Beenoré antes de que acabe el día. Os encontrareis con otros protectores. No os preocupéis, nada tenéis que temer siendo magos Niré.

—Gracias —responde Li-En.

Rneo-En le devuelve la sonrisa y baja su cabeza en señal de respeto antes de decir:

—Y tampoco os preocupéis por vuestra amiga, si ha sobrevivido con un toque de Tzarás tan intenso, no será para morir sin antes descubrir que significa tan especial acontecimiento —una nueva sonrisa de empatía se forma en el rostro de Rneo-En—. Hasta pronto hermanas.

—Hasta pronto Rneo-En-Nireón.

Carga con Sui observando el extraño paisaje de rocas fundidas, con el muro de cenizas siempre acompañándolas. Un nuevo protector se acerca ofreciéndoles un poco de agua. Li-En sonríe y le da las gracias antes de continuar por la ruta desconocida.

Camina bordeando el volcán hasta llegar a una zona en la que se ven tres colinas la mitad de altas que Tzarás. Dejan el volcán atrás tomando una carretera de piedras negras pulidas que las lleva entre dos de las colinas hasta llegar a una zona de edificaciones circulares de piedra fundida de distintos tamaños, con paredes opacas, lisas y negras, formadas a través de la magia Kroam y Niré. Una gran plaza se sitúa en el centro donde reluce un altar de un metal negro

brillante, con un símbolo figurativo y esbelto de una llama singular. Distintos grupos de gente se encuentran en la plaza y en las entradas de los edificios, algunos sentados, otros caminando con rumbos desconocidos. Li-En tiene dudas. El miedo fluye libre por su cuerpo. No sabe a donde ir, y no se atreve a preguntarle nada a nadie. Todos parecen seres extraños, en su mayoría, con quemaduras en el cuerpo, vestidos con las mismas togas simples, de tonos marrones oscuros. Algunos sonríen, otros observan con curiosidad. Los únicos que no están quemados, son los niños y algún que otro personaje con vestimentas desconocidas. Ninguno se acerca.

Li-En junta todas sus fuerzas. Se aproxima a la plaza y le pregunta a un niño:

—¿Dónde está la Casa de Sanación?

El niño la mira analizando su aspecto antes de contestar:

—Sois recién llegadas, primero tenéis que ver al Tzario o a la Tzaria.

—¿Dónde puedo encontrarles?

—Mira, el Tzario, ahí viene —contesta el niño señalando hacia un grupo de gente que se acerca liderado por un hombre de aspecto tosco, rostro serio, arrugas profundas, con el cuerpo quemado en el lado izquierdo, el ojo sellado y parte de la nariz deformada.

—Bienvenidas hermanas —dice con un tono de voz falto de emoción.

—Gracias, necesito ayuda, mi amiga...

—Ah, así que entiendes el haakmorión, sorprendente y afortunado, ya que el haakmorión es nuestra lengua madre —dice entrecerrando su ojo—. Deja que carguen con ella hasta la Casa de Sanación. Tú también serás tratada —observa la falda hecha con una capa y sonríe—. Con tan absurda vestimenta, tus heridas han de estar asfixiadas, cubiertas de sudor, corriendo el riesgo de ser infectadas.

—Me llamo Li...

—Te llamabas —dice a la vez que realiza un gesto brusco con su mano que interrumpe a la iniciada—. Tu pasado no es importante, si así lo deseas será olvidado y nadie te preguntará por él. Has renacido del vientre de Tzarás, un nuevo nombre te será asignado, aunque de esto ya hablaremos más adelante. Me llamo Tzario-Nireón y junto con Tzaria-Nireón, lideramos a los Beenor. Ve a la Casa de Sanación y descansa, mañana nos volveremos a ver.

—Gracias —contesta Li-En intimidada por la dureza del Tzario que responde bajando la cabeza.

Un hombre robusto se ofrece para cargar a Sui, pero Li-En se niega.

—Ven, sígueme —dice una joven de constitución ancha, estatura baja, ojos brillantes y sin ninguna quemadura visible—. Me llamo Haeka-An-Elión. Yo os proveeré de todo lo que necesitéis hasta que os recuperéis.

—Gracias —dice Li-En a la iniciada de Elión de segundo grado, con una sonrisa que contrasta con la seriedad de su rostro. Mira con disimulo a su alrededor y deja de sonreír asustada por los cientos de ojos que la observan.

Entran en la Casa de Sanación, un edificio inmenso, con el techo alto, cuatro entradas amplias y múltiples orificios con telas que cubren algunas de las ventanas. Li-En se sorprende al ver a los necesitados esparcidos en camas a la altura del suelo. El olor nauseabundo a carne quemada penetra por sus orificios nasales, haciéndola cerrar los ojos, frunciendo la nariz, intentando detener la esencia humana que invade su cuerpo con desagrado creciente.

—No te asustes —dice Haeka-An—. Tzarás ha estado muy activo, atrayendo gente de todas partes, dándole la oportunidad a muchos que se atreven a unirse a Nireón —siguen caminando hasta llegar a una esquina, al final del edificio, al lado de dos ventanas amplias—. Aquí —dice señalando el futón del suelo—, quedaros aquí hasta que prepare vuestro lugar.

—Gracias —dice Li-En intentando disimular su disconformidad. Recuesta a su amada y se sienta junto a ella. La mira entristecida al imaginarse el dolor por el cual ha de estar pasando y le dice deseando que pueda escucharla:

—Amor mío, estoy junto a ti.

2.7

—Despierta, despierta... —se oye decir a una voz suave y pausada—. Hay dos camas limpias en las que podréis descansar a gusto. Déjame que te ayude con tu amiga.

Li-En detiene el brazo de Haeka-An y le dice:

—No te preocupes, puedo sola.

—Como quieras, sígueme.

Li-En carga a su amada seguida por la mirada de algunos enfermos.

—Aquí —dice señalando dos camas individuales situadas en línea.

—Gracias.

—No hay de que, ahora traeré el agua sagrada. Por favor, has de quitarte la capa. Aquí somos todos hermanos y hermanas, no tengas vergüenza. Además, he de purificar tus quemaduras que necesitan respirar.

Li-En se sonroja y sonríe en gesto falso de aprobación. Descubre su silueta y se tumba desnuda. El dolor de su cuerpo agotado y de las quemaduras vuelve a su mente que ha estado centrada en el bienestar de su amada.

La sala es bastante cálida, la brisa que entra por las ventanas está inundada de tonos volcánicos. Haeka-An trae un recipiente de piedra negra con un líquido parecido al agua. Concentrando su energía, moja sus manos y acaricia la piel de la herida a la vez que recita las palabras mágicas de sanación que suenan con dulzura en los oídos de Li-En. Una sonrisa de amor dibuja su rostro, llena de recuerdos inocentes y memorias lejanas. Llevaba sin oír las palabras sagradas desde el primer curso de iniciación, en el cual los iniciados e iniciadas aprenden los poemas de sanación como parte de la historia.

El roce delicado de las manos de Haeka-An causa en ella una sensación de ligero escozor. Haeka-An sonríe con ternura al ver a su paciente quedarse dormida. Cuando termina con ella, cambia el agua e inicia la sanación en el cuerpo de la emperatriz. Limpia las piernas, pasa a los brazos, hasta que comienza a temblar todo su cuerpo con espasmos. La iniciada pone su mano izquierda sobre la

frente de Sui y la derecha sobre su vientre. Concentra toda su energía intensificándola con el cántico de sanación, calmando los espasmos hasta que dejan de suceder.

«Pobrecita —piensa Haeka-An—. Descansa hermana, descansa.»

—Despierta Li-En-Elión, despierta —se oye decir a una voz femenina en los últimos años de su vida. Li-En abre los ojos y ve a una mujer con ropas blancas, ojos grises que proyectan el brillo húmedo de la extrema vejez, rostro arrugado y manos huesudas con las venas marcadas y los músculos consumidos.

—Soy Deyamena-Ehanah-Elión.

«¿Ehanah? Una sanadora suprema, debo de estar soñando —Piensa Li-En según recupera la conciencia.»

—Buenos días Li-En-Elión. Rneo-En me dijo tu nombre.

—Buenos días supremidad.

La risa suave y amistosa de Deyamena-Ehanah suena con un tono agudo final que raspa sus bien usadas cuerdas vocales.

—Gracias por tu respeto —dice posando su mano sobre el brazo de Li-En—. Se ve que vienes de una gran ciudad. Aquí no hace falta el decoro. Como ya te habrán dicho, somos todos hermanos y hermanas a pesar de adorar preferentemente a un dios —termina diciendo antes de mostrar una sonrisa llena de compasión.

Li-En sonríe en respuesta y gira la cabeza para ver a Sui.

—Tu compañera seguirá por largo tiempo en estado inconsciente. Su alma reside entre dos mundos.

—El poder de Elión... ¿puedes curar las quemaduras?

—Mucho me temo que no puedo, son quemaduras Niré, permanecerán en tu cuerpo hasta el último de tus días.

El corazón de Li-En se estruja de dolor mirando a su amada. Una lágrima le cae antes de preguntar:

—Entonces Sui... —se seca las lágrimas e intenta continuar.

—Sí, tu compañera permanecerá así el resto de su vida. Quién sabe si vuelva caminar. Quién sabe si vuelva a despertar. Todo dependerá de su fuerza de voluntad, y de la voluntad de Nireón, ahora está a su cargo.

—Entonces es cierto, ¿somos iniciadas de Nireón?

—En parte sí, aunque no del todo, Tzarás os ha elegido, pero todavía tenéis que pasar las pruebas de iniciación.

—¿Elión...? —Le cae otra lágrima incontrolada— ¿...Elión ya no está a nuestro lado?

—No temas ojos inocentes, tu alma está en transición, tu destino pertenece tanto a Elión como a Nireón. Pero... una vez hayas

recibido tu nuevo nombre, habrás de aceptar en tu corazón a Nireón, por mucho que te cueste, así es, has de aceptarlo como tu Dios principal.

—Pero, yo... ¡No! Soy una iniciada de Elión —dice llenándose de fuerzas con la esperanza de poder elegir lo que ya ha elegido.

—Lo sé querida, lo sé, pero si has sido tocada por Tzarás y has sobrevivido, es porque te has encomendado a Nireón. Ahora vives en Olar-Beenoré y así ha de ser. Es por tu bien, ya verás. Tu vida te ha guiado hasta aquí, Tzarás ya forma parte de ti.

Las lágrimas continúan fluyendo por el rostro de Li-En. Se tapa la cara con las manos. A su mente llegan recuerdos de la ceremonia de iniciación a Elión, recuerdos de cuando fue ascendida al tercer grado. Memorias de orgullo, amor y confianza que le daban absoluto significado a su vida. Memorias placenteras que desde hoy se convierten en recuerdos dolorosos de fracaso y humillación. Deyamena-Ehanah nota el corazón despedazado de la iniciada y acerca su mano para acariciarla y decirle:

—No te preocupes querida, ya hablaremos de esto más adelante. No has de renunciar a Elión. Elión seguirá a tu lado, como consejero y Nireón se convertirá en tu guía. De momento descansa y bebe. Te queda un largo día por delante. Estás sana y viva, no sabes la suerte que tienes. La mayoría de los que se encomiendan al volcán mueren consumidos.

2.8

En el primer día, las quemaduras se convierten en una capa negra, dolorosa que perdura según los días pasan, junto con las dudas y el sufrimiento. Días en los que su cuerpo es tratado y limpiado. Llantos, memorias y silencio.

—Despierta Li-En... —se oye la susurrante voz de Haeka-An—. Te he traído la toga de la iniciación. Ha llegado el momento.

Li-En abre los ojos confundida, apenas ha podido descansar. Las pesadillas han controlado su conciencia casi toda la noche.

—Gracias —dice sin ser consciente de sus palabras. Mira a su amada y le acaricia el rostro antes de ponerse la toga negra con bordados rojos.

Haeka-An la guía con una antorcha por el pueblo que apenas está iluminado por las últimas estrellas de la noche. Llegan a un sendero en el que se ve una llama al final como único punto de referencia.

—Has de seguir por el camino guiada por el fuego.

—¿No vienes conmigo?

—No, el camino de llamas es solo para ti.

—Pero...

—No te preocupes, ya sabrás que hacer cuando llegue el momento.

—Gracias Haeka-An —le dice tocándole las manos en gesto de apreciación—. Que Elión te acompañe.

—Que Nireón te guie.

El aire fresco del alba se levanta inundando la mente llena de dudas de la iniciada. El día comienza. Las antorchas y fuentes llameantes que se encuentra por el camino son más difíciles de distinguir. Ante Li-En se presenta una bifurcación que le hace dudar y piensa:

«El camino de la derecha me lleva por donde vine, me lleva al pasado al cual ya no puedo volver. Amor mío, espero que este sacrificio valga la pena.»

Sube por una pendiente difícil en la cual el sendero se estrecha hasta que ve una nueva antorcha, esta vez portada por un mago. El

corazón se acelera preparándose para el encuentro. El mago le hace un gesto con el dedo indicándole que se mantenga en silencio. Le pasa una cantimplora en la que reside un líquido espeso de olor vegetal fermentado. Li-En bebe tragando lo más rápido posible la sustancia amarga que resulta menos desagradable según le da el segundo trago, hasta terminársela ante la insistencia del mago. Caminando tranquila y en soledad, llega a una cueva amplia con decoraciones imposibles de descifrar que bordean la entrada. Avanza en la oscuridad. El aire se vuelve cada vez más cálido, hasta generar sudores continuos. Cientos de galerías se abren, de pasillos cerrados por derrumbamientos, otros libres de los que proviene un aire denso estancado, algunos amplios y otros estrechos por los que tan solo se podría avanzar de lado. Las antorchas colgadas de las paredes le guían. Baja por unas escaleras amplias. El aire se vuelve pesado y difícil de respirar. Li-En está agotada, necesita descansar para retomar fuerzas y sobre todo para inspirar con profundidad, pero no se atreve, sabe que la esperan.

El cuerpo entero lo tiene empapado de sudor. La toga le pesa como si estuviera hecha de piedras. Llega a unas escaleras, en las que surca una corriente de aire cálido e intenso. Desciende a un gran recinto con cinco cascadas a gran altura por las que caen ríos de lava que rodean la sala uniéndose en el centro. El techo se pierde en la oscuridad formando una gran bóveda en la que se distinguen varios túneles por los que ha de circular el aire. Las paredes están decoradas con columnas llenas de signos que Li-En es incapaz de entender, situadas a los lados de cada cascada. Veinte magos la esperan con rostros serios y algunos con los ojos cerrados. Dos magos residen en el centro. La mujer que está a la izquierda habla:

—Bienvenida a la cueva de la iniciación. Mi nombre es Tzaria-Nireón. Ante ti están los dieciséis iniciados de Nireón de grado quinto o superior pertenecientes a Olar-Beenoré y cuatro peregrinos de volcanes hermanos.

—Tu iniciación da comienzo —dice Tzario-Nireón—. Tu antiguo nombre nunca más será nombrado. Tu pasado será olvidado. Tus miedos ya no existirán. Tu voluntad formará parte de una de las líneas de fuego de Nireón.

—La primera prueba —dice Tzaria-Nireón—, la fuente del fuego interno. La segunda prueba, el destino Niré. Y la tercera prueba, el nombre de poder. Si estás dispuesta a recibir a Nireón, sitúate en el centro de la sala, con los pies en el magma, mirando hacia la gran cascada.

Li-En duda. La imaginación le hace verse con los pies fundidos

en el fuego, llorando y gritando, pero sabe que no hay opción. Cuando sus pies se posan sobre el magma, se sorprende al no percibir calor alguno, tan solo una sensación viscosa que se eleva por su cuerpo relajando su conciencia.

—Repite nuestras palabras —dice Tzario-Nireón.

El grupo recita:

—Nireón se manifiesta en Niré.
Niré es la purificación,
Niré es el elemento del cambio,
Niré el elemento de la destrucción,
Niré da paso a un nuevo comienzo,
Nireón, Niré y yo.
Me encomiendo a Nireón,
Mi camino se une a Nireón,
Mi destino forma parte de Nireón.
Mi voluntad es Nireón.
Nireón, Niré y yo.
Nireón, Niré y yo.
Nireón, Niré y yo…

El coro se reitera una y otra vez, cada vez más alto y con mayor poderío. Li-En siente una desmesurada fuerza mágica inundando su cuerpo. Sus ojos brillan. Las imágenes se vuelven borrosas, intercaladas. La energía vibra por cada poro de su piel. Cierra los puños, tensa los músculos, hasta que no puede más. Grita con todas sus fuerzas desatando parte de la energía, haciéndola sentir más poderosa que nunca, liberada. El coro continúa. Cuando su grito desaparece, los magos bajan el tono de voz hasta que el cántico se convierte en un susurro de fondo.

—Las pruebas Niré van a comenzar —dice Tzaria-Nireón.

—Recuerda —dice Tzario-Nireón —, Niré se alimenta de la ira y el rencor que residen en tu corazón y a su vez crece con la ira y el rencor que residen en el exterior.

—El camino de Nireón —dice Tzaria-Nireón —, no es el camino de tu furia interior. El camino de Nireón es el camino de la reflexión de la furia exterior.

—Los iniciados de Nireón —dice Tzario-Nireón—, solo utilizamos nuestro fuego interno para purificar el mundo, no lo utilizamos para fines individuales.

—Observa en paz y control —dice Tzaria-Nireón—, hasta que Nireón se proyecte en el mundo exterior, entonces libera tu furia y destruye. Este es el camino de Nireón, el camino de la reflexión.

—Tu voluntad ya no existe aspirante —dice Tzario-Nireón—,

solo existe la voluntad de Nireón.

Los dos magos se desprenden de sus togas poniendo una rodilla en el suelo. Recitan una y otra vez:

—El pasado arde liberando el poder de Niré, el pasado arde liberando el poder de Niré, el pasado arde liberando el poder de Niré, el pasado arde liberando el poder de Niré…

Las cascadas de magma explotan en llamaradas que se extienden por los ríos hasta llegar a Li-En. Las llamas cubren su toga hasta deshacerse, dejándola desnuda. No ve nada más que fuego. El pánico domina su cuerpo al intentar respirar y no poder. Cientos de recuerdos le llegan, rostros intercalados, emociones, gritos, desesperaciones y miedos antiguos que aún siguen influyéndola. Recuerdos de odio hacia su padre por haberla rechazado por ser mujer. Rencor hacia su madre por no haberla apoyado. Odio y humillación hacia sí misma por haber roto los sacramentos de Elión, por haberse enamorado de Sui, por haberle mostrado sus deseos y por haberla seducido corrompiendo su fe en Elión. Odio por haber sido siempre un estorbo. Odio por sentirse la causa de todos los males de su amada, por no haber hecho nada cuando el emperador la violaba, por su futilidad como persona, por su debilidad. Odio, culpa y rencor por el estado actual de Sui y su destino trágico. Sus ojos se clavan en el techo con la humildad de la verdad saliendo de su corazón, viendo las llamas que arden a su alrededor. Sus ojos blancos poseídos por Niré se llenan de lágrimas que se desprenden de su rostro ascendiendo entre las llamas, convirtiéndose en vapor.

«¿Por qué he sido tan cobarde? ¿Por qué? Nunca me he enfrentado a mis heridas, siempre intentando huir de ellas, negándolas, apartándolas, sin querer verlas, sin querer aceptarlas. ¿Por qué tanto miedo? ¿Qué sentido tiene? Solo hay un camino. El camino de la verdad. Ha llegado la hora de aceptarla, aceptar quien soy, con mis defectos y virtudes, aceptar mis miedos para enfrentarme a ellos, ya no puedo seguir corriendo. Nireón, dame la fuerza que necesito para enfrentarme a la vida, no, sí, Nireón muéstrame la fuerza, mi fuerza, y ayúdame a desarrollarla para afrontar la vida sin miedos. Ayúdame a entender mi poder, el que siempre he rechazado. Nireón me encomiendo a ti. Despierta mi fuego interno.»

Las llamas ceden volviendo a desvelar su cuerpo. La Tzaria sonríe satisfecha al ver el nuevo porte de la iniciada, fuerte, firme y segura de sí misma.

—El destino Niré —dice Tzaria-Nireón—. Atraviesa la gran cascada y descubre tu destino.

Li-En camina hacia la fuente del magma paso a paso, decidida y sin ninguna duda que la invada. Su mente está sumida en una paz jamás antes percibida. Los cánticos se hacen más intensos. Se acerca. El primer chorro de lava cae sobre su cabeza, como si fuese agua espesa, carente de temperatura. Da otro paso más hasta que todo su cuerpo se hunde en un océano de magma por el que bucea con los ojos abiertos, fascinada ante la sensación de placer. Los olores no existen y lo único que se oye es un movimiento de fondo, líquido y espeso. Una corriente la lleva hacia lo que ella cree es abajo. Ve una esfera lejana a la que se acerca hasta darse cuenta de que es todo su planeta, ardiendo en océanos de fuego. Los volcanes brillan como estrellas, unidos en caminos de energía Niré. Tzarás la atrae y se siente absorbida por él como si estuviera vivo. Entra por su boca, a través de uno de los caminos Niré que fluye hasta el centro del planeta en donde una bola inmensa de metal liquido gira generando un sonido continuo grave, perturbador. Se sitúa a su lado, sintiendo el inmenso poder que emana de ella. La toca con la mano. La bola se detiene de golpe surgiendo el silencio absoluto. El corazón de Li-En late con mayor fuerza. Su cuerpo es succionado hasta llegar al mismísimo punto central del planeta. Un sonido sin principio o fin resuena hipnotizando su conciencia. Observa a su alrededor y ve el mundo desde dentro. Cientos de ríos de magma fluyen en todas las direcciones impulsados por la energía Niré que les guía hacia la superficie. Se siente unida al planeta, parte de él, fundida con el fuego y la tierra. Una sensación de paz y placer la posee, haciéndola cerrar los ojos para concentrarse en el exquisito estado. En esos momentos entiende que su voluntad, es la voluntad de Nireón. Imágenes y momentos se presentan ante ella. El rostro de Denvas-Erín riéndose, sin causarle ninguna emoción de miedo, odio o rencor. ¿Es una imagen del pasado o del futuro? No lo sabe. La imagen desaparece y ve a Ikarión-Erín de Gunar I. En ese momento ve su destino, su destino de fuego. Vuelve a abrir los ojos, encontrándose en el centro de la sala de rodillas con las manos sobre sus piernas y la cabeza baja. Una sonrisa de confidencia resuena en su rostro.

—La última prueba —dice la Tzaria a la vez que el Tzario lanza una gema Niré enfrente de ella.

Li-En nota una voluntad externa dominando sus movimientos. Posa sus manos sobre el fuego y se escucha a sí misma decir:

—Uno mi conciencia con el fuego, mi voluntad con Niré, que surja el Elemental.

Li-En repite las palabras concentrándose con plena conciencia

entendiendo lo que significan. Su energía se expande, se mueve. Continúa recitando. Su conciencia viaja en un túnel a gran velocidad hasta llegar a la gema Niré, que se rompe en pedazos dejando salir una luz cegadora que inunda toda la sala. De ella nace un gigante de magma y fuego. Li-En ve a través de él, confundida y dominada por una sed de destrucción.

—Erínandenvas-Hannah —dice Tzaria-Nireón—. El elemental de octavo grado, desde hoy te llamaras Tzaria-Nireón, la hija suprema de Tzarás. La maga de mayor grado de los Beenor y nuestra nueva líder. Mi antiguo y nuevo nombre es Laer-Ehen-Nireón.

—Bek-Ehen-Nireón es el mío —dice el otro mago sonriendo.

Los magos en coro, repiten el nombre. La nueva Tzaria-Nireón deshace al elemental y vuelve a su cuerpo sintiéndose extraña, aturdida, siendo incapaz de dominar el malestar.

Laer-Ehen se acerca a la nueva Tzaria-Nireón y se pone de rodillas en el suelo, seguida de Bek-Ehen y el resto de los magos que juntan sus manos entrecruzando todos los dedos menos los gordos que se tocan con sutileza. Repiten en coro:

—Tzaria-Nireón, la hija de mayor poder de Tzarás. Nuestras vidas están a tu servicio. Tu voluntad es la voluntad de Nireón. Nuestra voluntad de obediencia es absoluta. Tus deseos son órdenes. Desde hoy nos guiaras hacia nuestro destino.

Tercera Parte:

RUGE NIRÉ

3.1

Laer-Ehen comparte su cantimplora. El agua se desliza fresca y reconfortante ante la garganta áspera de Tzaria-Nireón. El silencio es absoluto, tan solo resonando en el fondo el murmullo de los ríos de magma, fluyendo en su densidad y burbujeando en lenta paz. Bek-Ehen le ofrece una toga marrón que Tzaria acepta cubriendo su desnudez. Laer-Ehen le indica con un gesto de sumisión el siguiente paso, el camino de vuelta a través de las eternas escaleras y el laberinto de cuevas.

Tzaria-Nireón se pregunta si aún será capaz de utilizar la magia de Elión. Aspira profundamente y se concentra para que su cuerpo se llene de magia Elii. Sus músculos se envigorizan, sus reflejos se expanden, e incluso le parece que su poder es aún mayor.
Con una sonrisa sube de cuatro en cuatro los escalones dejando atrás a los demás magos que atribuyen esta repentina fuerza al poder de Nireón.

Sale. Respira el aire puro que recorre su cuerpo despertando una sensación de ingravidez, como un ave desplegando sus alas a la vez que se despide de la tierra ante la amplia libertad sin fronteras que el cielo le ofrece. Mira a su alrededor y ve las cordilleras que rodean al desierto y el muro de cenizas bordeando el azul cielo.

Los magos Niré aparecen, sudando ante el inmenso esfuerzo. Laer-Ehen vuelve a hacerle un gesto de sumisión, indicándole que seguirán sus pasos.

Se imagina que pasaría si hiciera el camino corriendo. Una sonrisa divertida se forma en su rostro.

Se aproxima a Olar-Beenoré. Oye el murmullo de la muchedumbre que espera en la plaza. La gente se arrodilla en improvisada cascada al ver a Tzaria-Nireón caminando delante del grupo de magos. La Suprema Representante de Nireón sonríe sorprendida. Vuelve la cabeza sintiendo vergüenza. Laer-Ehen le dice susurrando:

—Diles que eres la nueva Tzaria.

La Tzaria observa a la gente, toma aire y se anima a representar el rol que le ha sido otorgado, inspirándose en su amada:

—Hermanos y hermanas de Olar-Beenoré —dice situándose en

el centro de la plaza—, mi nombre es Tzaria- Nireón.

La gente responde en coro:

—Tzaria-Nireón, nuestras vidas están a tu servicio, tu voluntad es la voluntad de Nireón. Nuestra voluntad de obediencia es absoluta, tus deseos son órdenes. Desde hoy nos guiarás hacia nuestro destino.

Deyamena-Ehanah-Elión, junto con los otros diez iniciados se acercan y se arrodillan diciendo:

—Los iniciados e iniciadas de Elión están a tu servicio, Suprema Representante de Nireón.

—Gracias. ¿Qué tal se encuentra mi compañera?

—No hay progreso, lo siento.

—Tenemos que preparar una nueva estancia acorde con tu grado —dice Laer-Ehen—. Deberías descansar, al atardecer habrá una nueva ceremonia en La Colina de la Junta.

—Primero he de ver a mi compañera y después ha de ser trasladada y tratada en mi nuevo hogar —dice la nueva Tzaria sorprendida al oír su voz autoritaria.

—Así será —contesta Laer-Ehen.

«La humildad sigue siendo parte de los Beenor —piensa Tzaria al entrar en su nueva estancia—, incluso de sus líderes.»

En la casa individual, de las pocas que existen en Olar-Beenoré, tan solo hay dos camas a la altura del suelo, una mesa baja con seis bloques que hacen la función de asientos y una ventana protegida por una cortina marrón. La única pared interna existente es la que separa el servicio, teniendo una tela que hace las veces de puerta. En él se encuentran dos vasijas anchas. La primera, una vez destapada, está diseñada para que las piernas se acomoden al sentarse, para realizar las necesidades que caen a un río cálido de magma. La vasija restante está llena de agua de carbón para la limpieza. La puerta de entrada está protegida por una doble tela con enganches que impiden que se abra con el viento. El suelo es de tierra fundida, de color negro y las paredes de color amarillo oscuro con tonos naranjas. Varias vasijas de agua, marrones del tamaño de un brazo, se encuentran cerca de la mesa, junto con una fuente con dátiles y nueces. Cinco velas se sitúan sobre la mesa junto con un candelabro doble. Cerca de la cama, hay una botella con agua, y un libro inmenso que Tzaria-Nireón abre con curiosidad.

«”Famhamihr (historia de) Olar-Beenoré.”»

Dos iniciados de Elión traen en una camilla a Sui. Tzaria-Nireón sitúa a su amada en la cama agradeciéndoles a los iniciados y

despidiéndose de ellos.

«Amor mío, pronto sanarás —piensa acariciándole el rostro con la ternura que no llega a ningún lugar.»

Sintiéndose agotada, intenta leer el libro de los Beenor sin pasar del segundo párrafo. Cae dormida hasta que es despertada al escuchar el sonido insistente de las campanas de la comida.

—Tzaria-Nireón, Tzaria-Nireón —se oye llamar a una voz femenina algo nerviosa desde la entrada—. Mi nombre es Yena-An-Nireón —dice según la Tzaria abre la tela y ve a una joven bajita de brazos cortos, algo entrada en carnes, de ojos grandes, brillantes, llenos de la vitalidad e inocencia de la juventud, de cabello corto negro rizado, con apenas algunas quemaduras visibles—, es hora de comer, te guiaré hasta... hasta el comedor.

—Espera —dice estirando el cuerpo y mostrando su rostro aún dormido—, no me ha dado tiempo de lavarme la cara.

—Perdona, perdona —dice sonrojándose— no sabía que estabas durmiendo.

—No te preocupes, yo tampoco —contesta con una sonrisa.

Por el camino Yena-An le explica las normas de la comida.

—...tres turnos. Cada uno se sienta donde quiere. No hay lugares reservados ni preferencias, aunque hay algunos que llegan antes y se sientan siempre en el mismo lugar. En las mesas encontrarás todo lo necesario, jarras, agua, cubiertos, un plato para la carne y los vegetales y un cuenco para la sopa. Cada uno se sirve lo suyo. ¿Has comido alguna vez en un comedor? ¿Tú vienes de una ciudad verdad?

—Sí, pero casi siempre he comido en un comedor con las iniciadas de Elión —vuelven los recuerdos, viejas imágenes y deseos que claman con una voz muy baja un poco de atención, pidiendo la entrada a la melancolía del pasado que ya no tiene lugar.

—Ah, bueno, entonces sabrás como desenvolverte. Yo apenas me acuerdo de haber comido en mesas pequeñas. Cuando era niña comía con mi familia, antes de que... —sus ojos se entrecierran. Su mirada cae con un suspiro pasajero—, bueno da igual, sírvete mucha sopa, ya que se suele comer bastante carne, aunque ya no estás al servicio de Elión, ¿no? ¿Comerás carne? Que rica es la carne, yo nunca podría vivir sin comer cerdo, el pollo me encanta y el conejo, que rico, pero no es fácil de criar en el desierto.

—No te preocupes, sabré que hacer —contesta Tzaria-Nireón sintiéndose un poco agobiada por el ritmo acelerado de las palabras de Yena-An.

—Perdona, no quiero molestarte, pero nunca he estado al servicio de nadie y menos de una Tzaria. Quiero ayudarte en todo lo que pueda, seguro que te sientes sola, recién llegada, siempre pasa al principio. Todo resulta extraño aquí, hasta que te adaptas, bueno da igual. Fui elegida ¿sabes? —Tzaria sonríe en contestación sabiendo que aún no ha terminado de hablar—. La gema Niré me eligió, después de haberlo intentando unas cuantas veces, por fin me toca hacer algo interesante, aunque no lo esperaba, no, pero estoy muy contenta de poder servirte, es un honor —termina diciendo con una sonrisa llena de felicidad que es correspondida.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo te pudo elegir una gema?

—Sí, sí. Se nos reunió a todos los iniciados e iniciadas de primer y segundo grado en busca de voluntarios para estar a tu servicio. Yo me presenté y pasé la prueba. ¿Has visto la Roca del Destino? —Pregunta y continúa tras la réplica negativa de cabeza—. Es impresionante, inmensa, salida de Tzarás. Es una roca muy especial, sí mucho —dice guiando su mirada al suelo. Se toca el labio con uno de sus dedos mientras piensa por donde continuar—. Tiene muchos agujeros, no, no perdona —dice sonriendo con algo de picaresca—. Caminos de Destino, así es como se llaman, a veces se me olvida, sí, muchos y... —se vuelve a detener haciendo el mismo gesto de profunda cavilación—. Sí, sí, los Caminos de Destino, en los que cada uno introduce su brazo, y el que saca la gema Niré es el elegido, claro que a veces hay varias rondas hasta que solo queda un elegido.

—Es una tradición muy bonita. ¿Cuántos caminos hay?

—¿Cuántos caminos? —Frunce su rostro en gesto de interrogativa preocupación.

—Sí. ¿Cuántos agujeros?

—Uhi, no sé, unos cuantos —Yena-An sonríe fingiendo inocencia. Piensa:

«¿Cómo se me ha podido olvidar? Aunque, no sé, nunca los he contado. Si me lo pregunta la Tzaria ha de ser importante, quizás sea una prueba, ay no sé, bueno da igual.»

—Quizás veintiuno —continúa diciendo Yena-An al imaginarse la roca—, treinta cuatro, ay no sé, unos cuantos. ¿Es importante saberlo?

—No, no te preocupes es simple curiosidad.

Continúan caminando, Yena-An mira al suelo y piensa:

«¿He contestado bien? ¿Le habrán parecido bien? Ay, no sé.»

Sin poder contenerse más le pregunta a Tzaria:

—¿Has dormido bien?

—Tan bien como las rocas duermen —contesta con una sonrisa —. La brisa que corre por Olar-Beenoré es muy agradable.

—Ah, sí, ¿verdad que sí? A mí también me gusta.

3.2

Llegan al comedor, la edificación más grande de todo el pueblo, tan homogénea como las otras casas. Es una sala gigantesca, circular, con una hoguera inmensa en el centro, con hogueras más pequeñas alrededor, en donde se cuece la comida. El humo sale por un orificio circular en el centro. Varias antorchas iluminan las paredes. Las mesas, con forma de semi círculo, rodean a la hoguera en tres líneas. Cada una posee abundantes jarras y vasos de agua, cubiertos, pan, ollas de sopa humeante con cucharones y fuentes llenas de pollo con escasos vegetales. Algunas mesas están llenas, con gente hablando y riendo, otras vacías o con pocos miembros. Tzaria-Nireón mira a su alrededor sin saber dónde situarse.

—Siéntate donde quieras —dice Yena-An—. Yo me sentare junto a ti.

Tzaria-Nireón sonríe sin saber que hacer. A la derecha ve una mesa ocupada por hombres sin aparentes quemaduras. Apenas están vestidos con telas rudimentarias que les cubren las partes íntimas. El pelo lo tienen negro o gris, atado en círculos de rastas cortas. Casi no se les ve la piel, ya que la tiene cubierta por cenizas y tierra negra. Sus gestos, apariencia y tonos de voz, delatan cierta brutalidad, y el olor a caballo y sudor que desprenden no es del todo agradable para la Tzaria. Uno de ellos, el de mayor edad, de constitución ancha y maciza, con el cabello y barba grises, la observa. Nota la mirada de miedo de Tzaria. Sonríe y se pone de pie, acercándose a ella.

—Batuks. Silencio. Aquí guandamos a nuestra Tzaria nuevona, mostremos honorables —dice gritando a sus camaradas con el brazo derecho en alto, denotando una pronunciación de haakmorión difícil de entender. Todos los baturks vuelven la cabeza excepto un par que siguen conversando hasta que una buena toba les pone en su lugar—. Yo soy Gako de Batuk, capitán de esta tropada que ves aquí. Nosotros somos los elegidos de Batuk —se oyen unos gritos comunes de aprobación—, el dios del Desierto Negro, hermano de Tzarás y sirviente de Nireón —vuelven a oírse los gritos comunes de aprobación—. Estamos a tu dispuesta, sin duda la Tzaria más bellana que haya existido —termina diciendo con una sonrisa que

se mantiene junto con su mirada penetrante que refleja una bondad oculta.

Tzaria sonríe y dice:

—Gracias Gako, gracias batuks, os agradezco vuestro apoyo.

—No te enmiedees por nuestra facha. Los guerreros Batuks nos sobremos con las cenizas Tzarás para que nos honre con su fortaleza y nos sobremos con la arena del desierto Negro para ganar su poder. Es como si fuera una armadura mágica, es el sentido de nuestro poder. Pero por debajo somos como cualquier otro gacho, nada has de enmiedarte.

Algunos Batuks ríen al escucharse en el fondo un comentario obsceno que Tzaria no es capaz de oír. Gako lo entiende, generándole una mueca de violenta desaprobación.

—Perdona Tzaria, seguro que estás con jalambre —dice Gako. Mira al osado con ojos que delatan la intención de querer sacarle las tripas, y se acerca enfurecido con una sonrisa. El silencio se presenta y una toba suena, hundiendo la cabeza del osado en su plato. La sopa se esparce por los lados. Gako le agarra del pelo y le susurra al oído:

—Repites y repites tú Ferió. Te salvas porque no te capta y el respeto me impide poner mi pie en cabeza, pero en cuanto salgamos del jaladero, oh sí, en cuanto salgamos voy a hacer que le chupes el prepucio a tu montura, os unirá aún más en vuestra relación tan íntima. Con suerte solo te romperá unos piños así la próxima altercada que se te ocurra ofender a algún Nireón recordarás el sabor a leche rancia y el dolor de garganta. Sí, eso es Ferió, eso es lo que necesitas para aprendizar de una vez a desofender a nuestros hermanos y hermanas, un poco de trompa de caballo te hará bien, cerdo inmundo —Gako termina riendo con la voz grave junto con los pocos que han podido oír sus palabras. Ferió baja la mirada sabiendo que esta noche volverá ser el hazmerreír de la tropa al volverse realidad su castigo.

Tzaria se dispone a sentarse en una mesa vacía en el centro, hasta que ve en la otra punta de la sala a Bek-Ehen haciéndole señales para que se una a su grupo. Se acerca y él le dice:

—Los Batuks, nuestros hermanos y hermanas del desierto. Apestan y son ruidosos, cuanto más lejos mejor. Gracias a ellos todavía siguen pensando que somos una tribu de salvajes. Te he reservado un lugar —dice señalando al banco.

Tzaria se sienta enfrente de Bek-Ehen por educación, ya que desde el principio ha sentido rechazo ante su presencia. Aun así,

sabe que es mejor no hacer enemigos tempranos y como bien aprendió al lado de Sui en Jákaros, la mejor táctica es no mostrar ni aprecio ni odio hacia los no deseados. Yena-An se sienta algo incomoda a la izquierda de Tzaria, es la primera vez que se dispone a comer cerca del antiguo Tzario. Para ella siempre ha sido un hombre distante, duro y seco que rara vez sonríe con bondad. En él ve la figura de un padre aterrador, el cual se toma cada suspiro de vida con extrema seriedad.

—Gracias —contesta Tzaria.

—Te presentaré al resto, a algunos los recordarás de la ceremonia de iniciación —dice Bek-Ehen tocando el hombro del mago que se encuentra a su izquierda de manera amistosa, denotando una confianza especial—. Este es Haikanon-Hen, ella es Darias-Ehan, aquel es Jio-An, Zea-Han, Seska-Han, Raud-Ehan, Delama-Ehan y Gesttur-Han.

Tzaria-Nireón asiente con su cabeza al acordarse de tan solo dos nombres.

—¿Todos los habitantes de Olar-Beenoré comen aquí? —Pregunta la Tzaria.

—Todos los que desean comer comen aquí —dice Bek-Ehen—, pero no al mismo tiempo. La campana suena tres veces, indicando los tres turnos de comida y cada cual elige cuando. Por lo que veo es la primera vez que comes en un comedor.

—A decir verdad, no —contesta Tzaria-Nireón sin dar más explicación.

—¿Quieres agua? —Pregunta Seska-Han que está sentada a su derecha.

—Sí, gracias.

Seska-Han le pasa la jarra de cerámica marrón y Tzaria se sirve sintiéndose aliviada al ver el agua cristalina caer en el vaso del mismo material que la jarra.

—Con las comidas siempre se ha de beber agua pura —dice Bek-Ehen—, es mejor para la digestión. Además, ahora que ya has superado la iniciación no es necesario que sigas purificando tu cuerpo con agua de magma. Pero bueno, dejémonos de explicaciones. Sírvete la comida, el pollo es excelente.

—No, gracias, con la sopa y vegetales será suficiente.

—Ya no hace falta que sigas las normas de Elión, disfruta de los placeres de la carne.

—Disfrutaré cuando sea necesario, gracias —contesta sintiéndose incómoda ante la penetrante mirada.

Otro grupo de magos se sienta junto a Tzaria. Saludan a Bek-

Ehen y se sirven la comida sumidos en su conversación.

Bek-Ehen clava sus ojos en Seska-Han y ésta pregunta ante la presión de su antiguo líder:

—¿Quieres saber de qué tratará la reunión de esta noche?

—Sí, por supuesto —contesta Tzaria.

Yena-An busca con la mirada a Seska-Han con la intención de decir algo, pero los ojos apuntalados de Bek-Ehen se interponen hundiendo la voluntad de la iniciada de segundo grado.

—Es una junta inusual llamada por Bek-Ehen debido a tu llegada, en la que se discutirá nuestro destino. Con suerte nuestro pueblo dejará de estar dividido —termina diciendo Seska-Han, dirigiendo su mirada hacia Bek-Ehen.

—¿Qué es lo que os divide?

—Nuestra facción —continua Bek-Ehen— siempre ha optado por la acción, por la búsqueda activa de la paz entre los Akmólicas y los Beenor y así conseguir la libertad para dejar de estar ocultos detrás del muro, en el desierto —algunos susurros de aprobación se oyen entre las personas que rodean a la Tzaria—. Sin embargo, Laer-Ehen siempre ha optado por la cobardía y la inacción, sometiendo nuestros destinos en la humillación continua de la exclusión —nuevas voces suenan con comentarios despectivos y de desaprobación.

Tzaria se da cuenta de que está rodeada de seguidores de Bek-Ehen no por pura casualidad. Presiente que toda esta conversación ha sido planeada y tiene una finalidad. Mira a los rostros de las personas que la rodean y pregunta ante la presión del grupo:

—Entonces ¿tendré que elegir entre un lado o el otro?

—Sí, así es. Al ser la única Tzaria tu auténtico poder emergerá cuando haya una división de votos a la par. Pero no solo eso Tzaria-Nireón, tus palabras tienen mayor peso que las de ningún otro miembro. Sin duda habrá una mayoría debido a que tu voluntad es la más cercana a Nireón —termina diciendo Bek-Ehen con una sonrisa que por primera vez ablanda sus ojos volviéndolos tan humanos como los de los demás.

Tzaria se guarda sus pensamientos y dice:

—Bueno, ya veremos que pasará.

—Con tu poder —continua Bek-Ehen—, podríamos convencer al emperador para que nos ofrezca el Perdón Imperial.

Tzaria finge no saber a que se refiere preguntando:

—¿El Perdón Imperial?

—Veo que no has tenido tiempo de leer el libro que te deje.

—Me quedé dormida.

—Ar-Gunar I nos desterró del nuevo imperio y para volver a unirnos a las ocho familias del antiguo imperio Haakmorión, necesitamos el Perdón Imperial del descendiente directo de Ar-Gunar.

A la mente de Tzaria llega la idea de confesar la auténtica identidad de su compañera, pero decide abstenerse de momento, todavía no conoce bien a la gente que le rodea. Responde:

—Nadie sabe de vosotros en el imperio, se os desprecia, os llaman las tribus del desierto ¿Por qué creéis que el perdón sea posible?

—Lo sabemos, por eso tu poder...

Laer-Ehen entra en la sala junto con un grupo de magos y se acerca a la mesa en donde se encuentra con la estratagema de Bek-Ehen. Interrumpiendo a tiempo dice:

—Así que te han tendido una emboscada Tzaria-Nireón. Te veo rodeada de opositores a la paz, rodeada de rebeldes guerreros —dice sonriendo con ojos compasivos de confianza al mirar a Tzaria, que se trasforman en lanzas de pura seriedad al clavar su mirada en las pupilas de los magos seguidores de Bek-Ehen. Tzaria se da la vuelta y sonríe aliviada sabiendo que por fin pondrá comer tranquila—. ¿Hace falta que os recuerde que no se ha de hablar en la comida lo que se ha de hablar en la junta? —Dice atravesando a Bek-Ehen.

—No, por supuesto que no. Tan solo estábamos respondiendo a las preguntas de la Tzaria. No te hagas ideas equivocadas Laer-Ehen —contesta Bek-Ehen a la vez que baja la mirada sonriendo.

—Ya veo. Guárdate tus energías para la junta, Bek-Ehen. Esta es hora de comer —dice tocando el hombro de Tzaria, sonriendo.

3.3

El sol se oculta. Los últimos habitantes de Olar-Beenoré que desean formar parte de la junta se presentan. Guiada por Yena-An, la Tzaria llega hasta la colina en frente del volcán en donde se encuentra un anfiteatro esculpido. El lugar está abarrotado. Tzaria le pregunta sorprendida a Yena-An:

—¿Todos ellos son magos Niré?

—Sí, aunque en su mayoría somos de primero, segundo y tercer grado. Algunos nacidos aquí, y muchos otros llegados de distintos lugares.

—Es increíble, aquí debe de haber más magos que en todo el imperio Akmólica.

—Sí, Bek-Ehen siempre nos lo recuerda, ya verás, no hay Junta en que no lo mencione.

Los participantes se apelotonan sentándose algunos encima de otros, intentando encontrar un lugar como pueden, la junta nunca ha estado tan abarrotada como hoy. Cada uno de ellos posee una vela que representa su voto. En las primeras filas se sientan los magos de nivel quinto o superior.

—La Junta va a comenzar —dice el legislador, el miembro de mayor edad con energías suficientes como para dirigir la Junta. Se sitúa en el centro del anfiteatro y da tres golpes con un cetro metálico de color negro coronado con la forma simplificada de una llama singular de diamante, decorada con una gema Niré—. Los que desean presentar una moción, muestren sus llamas.

Yena-An le dice en susurros a Tzaria:

—Proceden primero los de más alto rango, seguidos por los más viejos.

—Bek-Ehen-Nireón, presenta tu moción —dice el legislador al ver una llama en su dedo índice.

—Mi nombre es Bek-Ehen-Nireón, antiguo Tzario, como bien sabéis. Mis consejos nunca fueron del todo aceptados debido a la presencia de la antigua Tzaria, Laer-Ehen, pero hoy tenemos una nueva Tzaria, más joven y poderosa. Ante ella presento mi moción. Nosotros los Beenor, llevamos demasiados Ciclos Completos

humillados bajo el poder de ese imperio que antes solíamos llamar nuevo, el imperio Akmólica. Demasiados Ciclos Completos olvidados. Desterrados por la orden de las ocho familias, la orden directa de Ar-Gunar I, el antiguo capitán de la flota restante del glorioso imperio Haakmorión, y antiguo emperador del Nuevo imperio Akmólica. Fuimos desterrados porque quisimos defender las antiguas tradiciones, fuimos desterrados porque no aceptamos las reformas de Ar-Gunar, fuimos desterrados porque quisimos seguir manteniendo el orgullo de ser la civilización única, Los Hijos de la Luz Primera. Fuimos desterrados porque no aceptamos el olvido como opción. Hoy sabemos que casi nada se recuerda del glorioso imperio Haakmorión. Su olvido es tal, que incluso han dejado de utilizar el lenguaje Haakmorión que sigue siendo nuestra lengua, para adoptar el salíceo, el lenguaje embrutecido del nuevo continente conocido. Hoy sabemos que nuestros ancestros hicieron bien en oponerse a los designios de Ar-Gunar. Nosotros seguimos siendo los Hijos de la Luz Primera y ellos... —dice caminando el semicírculo del anfiteatro con una sonrisa orgullosa de superioridad a la vez que los oyentes se sienten atraídos como imanes por el poderío de sus palabras—, ellos se han olvidado de su pasado. Ahora son los Akmólicas. Mientras que nosotros seguimos manteniendo la pureza, ellos se han convertido en seres corruptos. Os lo recuerdo y a su vez lo digo para informar a la nueva Tzaria de nuestra historia. Yo siempre he valorado nuestro pasado y siempre he instado a los Beenor, a la novena familia de Haakmorión que desembarco en las playas de Salicea, a que volvamos a tomar lo que nos pertenece. Las ocho familias han borrado nuestro nombre de sus libros de historia, nos han ignorado y nos han menospreciado, considerándonos salvajes. ¿Y qué es lo que hemos hecho nosotros? Aceptarlo y someternos. Quizás hayamos hecho lo correcto, pero ha llegado la hora hermanos y hermanas —cierra su puño derecho levantando el brazo y apretando la mandíbula para mostrar todo su apasionado poderío—, ha llegado la hora de devolverle a las ocho familias la memoria, ha llegado la hora de revivir la gloria del antiguo imperio Haakmorión, de retomar el poder y exigir el Perdón Imperial —baja el tono, junta las manos y muestra compasión en sus ojos. Muchos oyentes se miran los unos a los otros emocionados ante la expectación—. Aunque, ya lo sé, hermanos y hermanas, ellos no quieren saber nada de nosotros, nos menosprecian, jamás nos concederán el perdón, o eso es lo que Laer-Ehen teme y promueve, pero yo digo, cuando vean nuestro poder, el poder de la nueva Tzaria-Nireón, cuando vean que somos

casi tres mil magos, apoyados por los veinticinco mil Batuks, más la ayuda de nuestra querida aliada, La Reina Mior, se darán cuenta de que no somos lo que ellos creen. Hemos progresado, hemos crecido. Mirad lo que somos hoy, nosotros seguimos siendo los Hijos de la Luz Primera y ellos ¿qué son?, no son nada, incluso han dejado de adorar a los dioses Elementales y tan solo unos pocos siguen los mandatos de Elión que a su vez han sido corrompidos por la sed de poder de la Casa de Elión —Tzaria siente su corazón salirse del pecho al oír la Casa de Elión sin entender bien a que se refiere Bek-Ehen—, que se opone a la auténtica verdad de la existencia, la pluralidad de dioses. Incluso han resucitado la magia negra, la magia prohibida y han roto otro de los grandes mandatos, el mandato de atesorar las gemas de poder sin sacrificarlas, esperando hasta el Día del Propósito Sublime, corrompiendo aún más su legado. Los descendientes de las ochos familias ya no son magos, no, son simples aristócratas dominados por las avaricias materiales. Son corruptos que han olvidado nuestra misión. La misión de servir a la Luz. Vuelvo a preguntar ¿Qué son ellos ahora? No son más que ovejas extraviadas esperando a su pastor, y ¿quién es el pastor? —Pregunta alzando las cejas, sonriendo con la cabeza más avanzada que el cuerpo y las dos manos abiertas con los brazos alzados al frente en busca de la respuesta obvia—. Nosotros somos su pastor. Nosotros traemos la luz que ellos han perdido. Nosotros somos los que reviviremos las glorias pasadas que nos hacen ser quienes somos, Los Hijos de la Luz Primera, no lo olvidéis. Hemos perdido demasiadas oportunidades gracias al miedo de Laer-Ehen. Un nuevo mago del Hielo ha surgido en su imperio Akmólica, usurpando el poder imperial, tomando el lugar del Máximo Elector que podría haber sido nuestro. Aun así, hoy tenemos una nueva oportunidad, tal y como se dice en los antiguos libros que ellos han olvidado, el comienzo de la tercera era requiere la unión entre Erín y Niré, fuego y hielo unidos en un nuevo imperio. Por eso, os pido que votéis en mi favor, en nuestro favor, nuevamente y finalmente, porque esta vez tenemos a la más poderosa Tzaria que jamás haya existido, porque Tzarás nos ha dado al líder que nos devolverá lo que nos pertenece. Llegó la hora hermanos y hermanas, llegó la hora de dejar de ocultarnos en el desierto. Llegó la hora de tomar el lugar que nos pertenece en el destino de la luz, el lugar más alto entre todos los vivientes, el lugar de los elegidos, el lugar de los Hijos de la Luz Primera, el lugar que Nireón nos ofrece. Votad a favor para que nuestro destino se vuelva realidad.

Un murmullo de voces, chillidos y discusiones brotan de la multitud

eufórica. Los gritos de aprobación dominan a los gritos en contra. Bek-Ehen, satisfecho, hubiera querido tener más tiempo para conocer a Tzaria-Nireón, pero sabe que este es el momento, el momento del cambio. Su discurso ha sido excepcional, haciendo dudar a muchos partidarios de Laer-Ehen y convirtiendo a otros.

—¿Alguien se opone? —Pregunta el legislador retomando el centro.

Laer-Ehen enciende su vela y toma su turno diciendo:

—Dejadme que os cuente la cruda verdad. La verdad que Bek-Ehen ha ocultado en su eufórico discurso, manipulando los hechos —algunas voces suenan entre susurros antes de desaparecer silenciadas—. Dejadme que os recuerde un poco la historia de nuestro pueblo, así la nueva Tzaria entenderá lo que nos ha sucedido. Nuestros ancestros fueron desterrados por el emperador Akmólica, Ar-Gunar I el Precursor. Él nos desterró fuera de los territorios del antiguo reino de Salicea debido a lo que bien ha expuesto Bek-Ehen, debido a que no quisimos aceptar las reformas a las que se sometieron las otras ocho familias. Nuestro líder Deo-Beenor no acepto de buen grado el destierro, lo considero un nuevo insulto inaceptable. Dominado por su rencor egoísta, robó los libros Niré irrumpiendo en la Biblioteca Sagrada de los Hijos de la Luz Primera. No solo cometió el sacrilegio de entrar sin autorización en la Biblioteca Sagrada, si no que robó los libros que no han de ser leídos, perturbando el orden divino de la evolución de la magia por fines egoístas, arriesgando el equilibrio establecido que podría acarrear la destrucción de nuestra civilización. Cuando las ocho familias se dieron cuenta del gesto sacrílego de Deo-Beenor, las tropas imperiales salieron en nuestra busca. Deo-Beenor convenció al resto de la familia, para que nos resguardáramos en el desierto, junto a Tzarás, estudiando los libros prohibidos hasta que el Ehanah-Nireón surja y nos libere del exilio, así es como está escrito —los oyentes realizan movimientos afirmativos, dejándose llevar por la veracidad de la antigua Tzaria—. Antes de que las tropas Imperiales nos alcanzaran, Deo-Beenor descubrió el primer grado de Niré creando el muro de ceniza que impidió a las ocho familias retomar los libros que no debían de ser leídos hasta que los maestros supremos de los tres elementos base, tierra, agua y aire, se unieran en un pacto de igualdad. Rompimos el Primer Mandato de Los Hijos de la Luz Primera, el mandato que dice: “La magia ha de ser estudiada siguiendo el orden de los Libros de la Luz. Los que rompan el orden han de ser eliminados y borrados de los libros de historia” —los murmullos vuelven a surgir, Laer-Ehen clava sus ojos

sobre la Tzaria y continua—. Así es que Deo-Beenor rompió el más sagrado de los pactos y por eso fuimos desterrados y olvidados. ¿Exigir el perdón? Vuelve a exigir Bek-Ehen. ¿Acaso queremos seguir el camino de la deshonra? —Pregunta casi gritando, atrayendo la atención de cada uno de los oyentes—. No, no queremos. Fueran cuales fueran las disputas entre las ocho familias y los Beenor, Deo-Beenor no tenía derecho a romper el Primer Mandato de Los Hijos de La Luz Primera. No existen las excusas. Deo-Beenor actuó con fines egoístas que rompen los votos divinos de los Hijos de la Luz Primera y eso es imperdonable. Esta es la deshonra con la que sus descendientes debemos de cargar. Bek-Ehen tiene razón en todo lo que dice acerca de los Akmólicas. Sí, se han olvidado de la tradición. Si, Ar-Gunar se equivocó, pero todo eso ya no importa. En el momento en el cual unimos nuestros destinos con Tzarás, el momento en el cual descubrimos el poder de Nireón emanando del volcán, en ese momento, todo lo demás dejó de importar. Bek-Ehen quiere guerra y destrucción, quiere imponer el fuego Niré y retomar el poder del antiguo imperio Haakmorión y he de decir que en parte le entiendo. Pero Bek-Ehen se equivoca, ya que hoy somos los hijos de Nireón, y Nireón exige que nuestro poder ha de ser utilizado como espejo y no como medio. Lo que Bek-Ehen quiere es utilizar el poder que Nireón nos ha otorgado para conseguir un poder que no se nos ha dado por derecho, un poder que solo los descendientes directos de Ar-Gunar I nos pueden dar sin que nosotros lo exijamos. Lo que Bek-Ehen quiere es que las ocho familias se humillen y se rindan ante nuestro poder. Ahora os pegunto ¿Es esta una meta de reflexión o una meta egoísta y egocéntrica, prohibida por Nireón? —Pregunta mirando a la multitud—. Nuestro lugar en el imperio Akmólica volverá a ser restaurado, pero solo cuando sigamos la voluntad de Nireón. Si seguimos nuestra fe egocéntrica, nos hundiremos aún más en la humillación a la que Deo-Beenor nos condenó —termina diciendo con rotundidad, dejando el anfiteatro en silencio ante las deliberaciones internas de la confrontación.

Tzaria tiene la cabeza llena de dudas. Al escuchar a Bek-Ehen sintió la verdad de sus palabras. Sintió que en ellas había un destino que debe de ser cumplido, sin embargo, al escuchar a Laer-Ehen la confusión volvió. En sus palabras había más humildad y honor, apoyadas por la paciencia, fruto de la fe en los dioses. El momento va a llegar, en ella reside la última decisión y ésta es una responsabilidad que aún no sabe como afrontar.

—Hacía mucho que los discursos no se volvían tan acalorados —dice Yena-An—, parece que se quieren descuartizar el uno al otro —termina diciendo con picaresca.

Tzaria vuelve la cabeza viendo como todos los presentes están disfrutando del drama del momento.

—Bek-Ehen ¿deseas responder? —Pregunta el legislador.

Bek-Ehen se levanta con una sonrisa rebosante de confianza. Cree que la batalla dialéctica está ganada.

—Por supuesto —contesta. Camina hacia el centro del anfiteatro, espera paciente a que el último murmullo desaparezca y alza la voz señalando a su oponente—. Laer-Ehen es una mujer sabia. Sabe de lo que habla cuando se refiere a la historia, a eventos y sucesos, pero mucho me temo que se equivoca al intentar analizarme, se equivoca al juzgarme. Yo no quiero atacar al imperio Akmólica, jamás he dicho esto. Yo no quiero guerra, jamás la he exigido, aunque no la temo como ella la teme y esta es la gran diferencia. La fuente de energía Niré es actuar sin miedo suceda lo que suceda. Lo que no puede ser es que sigamos ocultándonos en el desierto negro, protegidos por el muro de cenizas. Lo único que quiero es la verdad que Nireón nos presenta. El muro de cenizas fue necesario al principio, cuando un mago E-Nireón se enfrentaba a magos supremos. La historia ha cambiado, los débiles son ahora los fuertes. Ahora tenemos a una Hanah-Nireón, ya no hace falta seguir ocultos. ¿Acaso no estáis cansados de ver el muro de cenizas limitando nuestra libertad? Decidme ¿Cuál es la función del muro de cenizas? Es nuestra prisión, las paredes de nuestra vergüenza. Hemos de seguir el ejemplo de Tzarás. Tzarás es poderoso, ¿acaso veis a Tzarás protegiéndose? —Dice gritando a la vez que las venas de su frente sobresalen marcando el enrojecido rostro—. No, Tzarás se presenta ante el mundo sin miedo, así es Niré, así es el fuego. ¡Es la energía del cambio, la energía de la destrucción! No es la energía de la cobardía, del miedo o la energía de la precaución —mira al anfiteatro. Los susurros vuelven a sonar y continúa con voz calma —. Lo que Laer-Ehen quiere es que vivamos ocultos, siendo leones que pretenden ser ovejas, sin aceptar quienes somos, sin aceptar el poder que Nireón nos ha otorgado. Yo solo quiero una cosa, quiero que seamos los Beenor, los únicos que mantienen la tradición de Los Hijos de la Luz Primera, sin miedo, sin límites, sin muros —baja el tono, levanta su puño derecho y dice dándole toda su voluntad y presencia a sus palabras—. ¡En libertad! El muro de cenizas es la prisión que nos hemos impuesto a nosotros mismos por nuestra cobardía, lo único que pido es deshacer el muro. La posibilidad de

que el Perdón Imperial sea ofrecido ha disminuido rotundamente desde la muerte de Xe-Gunar el antiguo emperador, por lo que la única opción que nos queda es pedirlo. Seguiremos viviendo en Olar-Beenoré y los representantes del imperio Akmólica vendrán. Entonces será el momento de resucitar la historia y exigir lo que se nos debe, siempre con honor, siguiendo los designios de Tzarás. Como bien sabéis fui el segundo Tzario, Bek-Ehen fue la primera. Nunca os habéis preguntado ¿por qué Tzarás necesitaba de otro representante? Es la primera vez en nuestra historia que Tzarás eligió a dos líderes. ¿No os preguntáis, por qué? Es muy fácil, Laer-Ehen no representa la energía Niré, no representa a la magia del fuego, no representa a Tzarás ni a Nireón, por eso hubo un segundo Tzario. Hasta ahora Laer-Ehen ha conseguido manipularnos a todos, limitando mi poder, el poder del que debería de haber sido el único poseedor, el único Tzario. Por esta razón, hoy tenemos una nueva Tzaria, para que ella elija y cumpla los designios de Nireón que Laer-Ehen nunca se atrevió a cumplir, el destino de libertad, la libertad de un horizonte sin muros.

Cientos de gritos, discusiones y empujones que nunca llegan a nada, explotan revolviendo las gradas. Las palabras de Bek-Ehen han calado en la mayor parte de los Beenor. Siempre ha contado con el apoyo de los magos de mayor rango, los magos con mayor poder, furia y sed de destrucción. Lo que le ha impedido conseguir sus propósitos ha sido la inmensa mayoría de magos de los primeros tres grados que apoyan a Laer-Ehen, que aceptan sus vidas humildes y adoran a Tzarás y a Nireón sin necesitar de nada más.

Laer-Ehen se levanta sabiendo que poco más puede decir. Siempre ha sabido que algún día Bek-Ehen despertaría la furia de la gente y conseguiría manipularles a través de sus emociones más bajas, aun así, se dispone a dar su último argumento de la noche:

—Tus palabras son osadas Bek-Ehen, siempre lo han sido, pero hoy se pasan —dice decepcionada ante su igual. Mira a la nueva líder y continúa con renovadas fuerzas—. Tzaria-Nireón, tú has nacido de Tzarás como hija Hanah, por ello elegirás el destino de los Beenor. Solo te diré una cosa más... Lo que Bek-Ehen pide ha de ser tan solo cumplido por Ehanah-Nireón, así lo dispusieron nuestros ancestros, y ella o él no ha nacido todavía, solo eso os digo, el Supremo mago Niré no está presente. El muro fue invocado por un E-Nireón y cuando haya llegado el momento un Ehanah-Nireón lo deshará —los susurros retoman su presencia momentánea —. No os dejéis dominar por la furia de Bek-Ehen, él no es honesto,

no muestra sus auténticas intenciones, os está manipulando. Yo tampoco temo la guerra, pero no creo que este sea el camino de los Beenor, no creo que sea el camino que limpia nuestro honor. Siempre me opuse a la alianza con La Reina Mior, siempre. Sí, es cierto que nos ha ayudado en épocas de hambre, pero su ayuda no es de buena voluntad, su ayuda tiene un precio, el precio de traicionar a nuestras hermanas y hermanos akmólicas. Lo que Bek-Ehen propone es bajar el muro, lo que no dice es lo que piensa proponer después. Preparar al ejercito Batuk, a los magos Niré y a las tropas de apoyo de la Reina Mior, en caso de ser atacados. Y yo digo, ¿cómo verán los Akmólicas nuestra preparación para la guerra? ¿Acaso no es este símbolo de guerra, el prepararse para la guerra? Lo que propone Bek-Ehen es una locura de valientes descerebrados. Solo la paz nos traerá el perdón, solo la paz nos devolverá el lugar que nos pertenece en el curso de la Luz. Nuestros antepasados realizaron el máximo sacrilegio. Si queremos que las ocho familias hermanas nos acepten, debe de ser en humildad. Yo confío en Nireón, sé que ese día llegará, el día en el que las ocho familias necesiten de nuestra ayuda, el día en que nos ofrezcan el Perdón Imperial y volvamos a formar parte de los akmólicas sin utilizar la fuerza en contra de nuestros hermanos y hermanas, sino utilizando la fuerza para ayudarles. Ellos no podrán avanzar en el camino de la magia sin aceptar a Niré en el Concilio de Magos, y yo tengo fe, fe en Nireón, la fe que vosotros debéis de compartir conmigo. El día de la libertad llegará cuando hayamos cumplido nuestro castigo. Si bajamos el muro nos atacaran, es inevitable, y las consecuencias de una nueva guerra podrían ser fatales para todas las partes. Todavía no ha llegado el momento, hemos de esperar —los oyentes se entrelazan en conversaciones airadas ante la clara división.

—¿Alguna otra opinión desea ser presentada? —Pregunta el legislador. No ve ninguna llama—. ¿Alguna pregunta? — Ninguna llama se ve—. Entonces ha llegado el momento de la votación, los que estén a favor de la moción de Bek-Ehen que enciendan sus llamas.

Ni Yena-An, ni Tzaria-Nireón encienden sus llamas. Bek-Ehen observa y sonríe confiado. El legislador cierra los ojos y concentra su energía antes de decir:

—Alrededor de mil cuatrocientas llamas a favor.

Bek-Ehen suspira y vuelve a sonreír.

—Ahora las llamas que estén en contra.

El legislador vuelve a cerrar los ojos antes de decir:

—Alrededor de mil doscientas llamas en contra —los murmullos crecen y las voces intercambian opiniones hasta que el legislador continúa—. No ha habido una mayoría, por lo que la Tzaria decidirá.

Yena-An había votado en contra, sin embargo Tzaria-Nireón volvió a abstenerse, confusa, sin ser capaz de elegir por un bando o por el otro. Escucha el recuento de las votaciones y se siente aliviada, pensando que no va necesitar expresar su opinión. Lo que no sabía es que para que haya mayoría ha de haber dos tercios a favor o en contra. Tzaria se levanta y camina hacia el centro sin saber como comenzar. Bek-Ehen la mira con sus ojos serios y pragmáticos. Laer-Ehen le hace un gesto de afirmación con la cabeza dándole fuerzas.

—A decir verdad, me habéis puesto en una situación que considero injusta. No conozco lo suficiente la historia de los Beenor como para poder elegir. Hay demasiados antecedentes ocultos —los participantes muestran sus rostros de sorpresa—. Aun así, he de elegir. Sin duda estoy de acuerdo con Laer-Ehen, el perdón ha de ser dado y no creo que haya llegado el momento en el cual los Akmólicas estén preparados para ello. Yo vengo de Jákaros, conozco a la familia Imperial y a las siete familias aristocráticas, y sé que el perdón es posible, pero el pueblo, ellos nunca os aceptarán. Aún reviven cada Ciclo Completo en un día fúnebre, la batalla del Istmo de Kalek en la que el emperador Dac-Gunar I, hijo de Ar-Gunar, perdió su vida. Desconozco los antecedentes de esta batalla, pero solo sé que tanto ellos como yo antes de llegar a Olar-Beenoré, desprecian, temen e incluso odian a su más antiguo enemigo. Además la Alianza con La Reina Mior, que me sorprende, me parece un atrevimiento, incluso un insulto hacia el imperio Akmólica. Si conocen de la alianza, Laer-Ehen estará en lo cierto, al bajar el muro Olar-Beenoré será atacada. La alianza con la Reina Mior es... ha sido un error imperdonable que desestabiliza nuestra posición ante los akmólicas. Aun así, conozco al nuevo emperador Ikarión-Erín de Gunar I. Él y sus aprendices son unos seres despreciables que sin duda no merecen tener el poder que tienen en el imperio. Ikarión asesinó al antiguo emperador Xe-Gunar VI el Valiente y forzó el matrimonio con Sui-Gunar la heredera, gracias a su poder como Máximo Elector del Concilio de Magos. Así se convirtió en el ser más poderoso que haya existido en la historia del imperio Akmólica —baja la mirada y respira en profundidad para retomar fuerzas—. Escuchando a Bek-Ehen pienso que quizás esto no hubiera sucedido si os hubieseis mostrado, si los Beenor os

hubierais atrevido a mostrar el poder y la nobleza de las tradiciones que poseéis, pero esto no son más que pensamientos que se sumergen en el vacío. Hoy es hoy y estas son las circunstancias que influencian nuestras decisiones. Conociendo al emperador Ikarión-Erín de Gunar I, sé que atacará y cuando ataque nosotros nos defenderemos protegidos por Tzarás y el muro de cenizas, y a su vez bendecidos por Nireón, el dios de la destrucción que se refleja. Por lo que debemos de prepararnos para ese momento, el momento en el cual defenderemos nuestro hogar —los gritos crecen. Todos parecen estar de acuerdo. Los rostros sonríen satisfechos, los cuerpos celebran. La paz retoma el cuerpo de Laer-Ehen. Duda de la posibilidad de que el mago del hielo sea capaz de deshacer el muro de cenizas. Bek-Ehen vuelve a sonreír—. Una cosa más —continúa diciendo—, en la guerra que se acerca, no hemos de contar con la ayuda de la Reina Mior, si ella está de nuestro lado, todo el imperio se volverá en nuestra contra. Ninguno de sus soldados o hechiceros ha de formar parte en el conflicto inevitable.

3.4

Tzaria llega a su nuevo hogar y se sienta al lado de su amada. Le acaricia el rostro desfigurado diciéndole en susurros que se deslizan llenos de tristeza:

—Amor mío, pronto sanarás. Elión devuélvele la vitalidad.

Hacía tiempo que no nombraba a Elión en sus plegarias. Su mente entra en conflicto y pregunta:

«¿Acaso debería de encomendarme a Nireón? ¿Soy una iniciada de ambos dioses o solo de Nireón? No tiene ningún sentido. ¿A quién he de rezar? Elión no te quiero abandonar. Toda mi vida creyendo en el único Dios y ahora me veo favorecida por otro que no debería de existir ¿Quién escucha mis rezos? ¿Quién? He de ver a la Suma Iniciada —cierra los ojos confundida y los abre volviendo a acariciar a su amada—. Recupérate amor mío, te necesito a mi lado. El mundo se ha vuelto tan extraño.»

A la mañana siguiente acude a ver a Deyamena-Ehanah poseída por las dudas que no la dejan dormir en paz, ella le dice después de escucharla:

—¿Quieres una infusión de menta?

Tzaria que esperaba una respuesta directa, contesta en tono dubitativo:

—Sí... gracias.

—Ponte cómoda, esta conversación va a llevar un buen rato. Te estaba esperando Tzaria, sabía que vendrías —le dice al servirle la infusión en una taza blanca sin decoraciones—. ¿Miel?

—No, gracias.

—Bueno, ¿por dónde empezar? —Se pregunta sonriendo—. Ah sí. Tzaria no te preocupes, no hace falta que pienses tanto. Tu confusión está generada por tu incorrecta educación.

—¿Incorrecta?

—Sí, déjame que te explique. Todo comenzó en los comienzos del imperio Akmólica. De las muchas reformas que Ar-Gunar instauró, la que Deo-Beenor rechazó en pleno, fue la disolución de la creencia en los Dioses Elementales. Desde entonces La Casa de Elión se ha convertido en la principal defensora del culto al Dios

único. Pero esto no significa que solo haya un dios o que solo se deba de adorar a un dios.

—Entonces, ¿no hay ninguna conexión entre las iniciadas de Olar-Beenoré y las del imperio?

—Ninguna. Nosotras defendemos el antiguo orden. Incluso nuestros mandatos son distintos.

—¿Distintos?

—Sí, escucha en silencio y entenderás las diferencias. Estos son los mandatos originales, los que se atrevieron a cambiar:

Elión es el primer creador, la fuente de todo amor. Como descendiente de Elión formo parte de su amor. Amo a Elión;

La obra de Elión es la emanación de Elión para los descendientes de Elión. Amo la obra de Elión;

La obra completa de Elión es indescifrable para los descendientes de Elión. Tengo fe en Elión;

Todo ser capaz de sentir emociones, respirar y pensar es un descendiente primario de Elión. Amo a los descendientes primarios de Elión. No dañaré a ningún descendiente primario de Elión por acción directa o por omisión.

Los descendientes secundarios de Elión nacen de la tierra. Amo a los descendientes secundarios de Elión. Cuido y me nutro de los descendientes secundarios en lo necesario.

Todo acto sexual ha de ser una expresión de amor. Realizo actos sexuales y amo en el nombre de Elión —Tzaria abre los ojos sorprendida y piensa: «¿En los antiguos mandatos está permitido el amor sexual?»

Elión me otorga la vida y todo lo necesario para mi satisfacción. No tomaré posesión de lo que ha sido otorgado a otro descendiente primario de Elión.

La palabra es limitada y nunca alcanza el entendimiento absoluto de la obra de Elión. La palabra ha de ser utilizada por amor. Las mentiras son una distorsión de la obra de Elión. No mentiré ni distorsionaré la palabra, solo la utilizaré por amor.

Todo acto realizado por los descendientes de Elión, es parte de la obra de Elión. Todo acto que realice, lo realizaré con amor, otorgándoselo a Elión como acto de devoción.

¿Qué te parecen?

—Es increíble, el segundo y el noveno mandato son distintos y el amor, el amor es lo más importante en estos mandatos.

—Sí —dice la Suma Iniciada dándole un sorbo a su infusión—, y como ves en los mandatos Akmólicas se ha creado la creencia en un solo Dios e incluso han tenido la osadía de borrar el segundo y

noveno mandato originales para añadir un séptimo y octavo, el mandato de la defensa y el de la pureza. Es un auténtico sacrilegio que ensucia la fe en Elión.

—No puede ser ¿Crees qué haya alguien que conozca los mandatos originales?

—Se conocen Tzaria, pero los llaman mandatos corruptos, ya que consideran que los suyos son los originales. Como ves, es una auténtica lástima Tzaria. Tantos iniciados e iniciadas sacrificando sus vidas por una fe que en parte no es la auténtica.

—Pero ¿quién los cambio? ¿Por qué?

—Bebe, se te va a enfriar —Tzaria lo prueba con la mente llena de preguntas que apenas le dejan disfrutar del sabor—. Él por que es muy fácil de entender, para invalidar el culto a los demás Dioses. ¿Quién? Bueno, es probable que fueran Ar-Gunar y Riosto-Ehanah-Elión. En aquellos tiempos había conflictos debido a la ruptura del imperio Haakmorión, conflictos que dividían al nuevo imperio, por lo que Ar-Gunar mandó llamar a un Concilio Excepcional en el que las cabezas de las familias, los magos supremos y el sumo iniciado decidieron suprimir un gran número de libros que representaban distintas visiones de Elión. Lo que tú conoces hija, es tan solo una versión simplista reducida y selecta que sirvió a los bienes políticos de Ar-Gunar y de Riosto-Ehanah-Elión. Desde el principio hubo una separación que podría haber causado una guerra civil. Decenas de magos elementales fueron desterrados con los Beenor.

—¿Ya no viven más en Olar-Beenoré?

—No, todos acabaron yéndose por razones distintas. Aunque de vez en cuando algún mago descendiente vuelve para ver como están las cosas por aquí.

—Me parece tan extraña esta historia de secretos y separaciones. Siempre pensé que Ar-Gunar había traído paz, que el pasado estaba claro y definido.

Deyamena-Ehanah sonríe con ternura a la joven iniciada y le dice:

—No ojos inocentes, la paz nace del conflicto y muchas veces no es más que una tapadera de un conflicto demasiado grande como para ser tratado.

Tzaria piensa en las últimas palabras mientras termina de beberse la infusión de un trago como si fuera agua a temperatura ambiente, sin percibir calor alguno.

—Por lo que dices, la Casa de Elión siempre se habrá opuesto al Perdón Imperial para seguir manteniendo su poder único.

—Sí, ojos inocentes. La Casa de Elión es la institución más

poderosa de todo el imperio, o por lo menos así lo era hasta la llegada del mago del hielo. El poder de Elión distorsionado influye en la mayoría de las familias con un peso inconmensurable, ya que no hay más ferviente discípulo de Elión que los aristócratas. Por suerte conocemos de dos familias que nos apoyan en secreto y bueno, digamos que contamos con mayor apoyo del que se cree —le da otro sorbo a la infusión ardiente y piensa calculando sus palabras —. Hay una historia que se cuenta en el imperio que no es cierta. La historia de dos familias que confabularon contra el emperador por tan solo el control de unas tierras y unas minas. Bek-Ehen y algunos miembros de su facción, una minoría, son los únicos a los que les importan tales trivialidades, incluso estoy segura que a él no le importa tanto. Sin duda detrás de esa confabulación está la Casa de Elión.

—No puede ser...

—Piénsalo bien. ¿A quién le beneficia más que el Perdón Imperial no sea concedido?

Los ojos se observan los unos a los otros guardando silencio, dejando traspasar una verdad hasta entonces desconocida.

—¿Los Raadarian y los Iradionar no fueron más que instrumentos?

—Quizás haya sido así.

—¿Todo por poder? ¿Acaso es lo único que quiere la Casa de Elión, más poder?

—La Casa de Elión, al fin y al cabo es una organización dirigida por simples seres humanos, débiles y sensibles ante la influencia y el respeto que conlleva el tomar decisiones poderosas. Por ello, los iniciados e iniciadas realizamos el Voto de Simpleza que nos impide poseer bienes de valor y posiciones de influencia en el imperio. En Olar-Beenoré no soy más que una consejera. Según lo que se, en la capital se han olvidado del auténtico significado del voto.

—Entonces, siempre ha habido más de un dios. Pero, ¿cuáles son los reales? Otros reinos poseen dioses, ¿acaso esos dioses existen también?

—La pregunta de si existe un dios o varios dioses es una cuestión particular. Cada uno sabe lo que su corazón le dice. ¿Quieres otra taza?

—Sí, pero entonces, ¿Cómo era?

—¿Cómo era? —Pregunta.

La infusión cae en el recipiente dejando el vapor escapar al rozar la taza.

—Sí, en el antiguo imperio Haakmorión, ¿cómo era? ¿Se

adoraba a varios Dioses al mismo tiempo?

—Para contestarte tendría que contarte la historia del comienzo de la luz. ¿Quieres qué te la cuente?

—Sí, por favor.

—Bueno, pues, la historia dice que de Amh, la primera Diosa, surgieron las tres emanaciones base: Kromatan la diosa de la Tierra, Steo el Dios del Viento y Eneria la Diosa del agua. Al principio solo existía la paz del equilibrio perpetuo, hasta que las dos emanaciones del cambio surgieron de Amh: Erínea la Diosa del Hielo y Nireón el Dios del fuego. Los cinco dioses unieron su poder con el fin de imitar a su creador, así es como nació Elión. Por eso cuando Elión creo la vida mortal, la esencia de los cinco dioses formó parte de esta, ya que Elión fue creado con el poder de los cinco elementos. Ar-Gunar negó esta versión. Para el, Elión fue la última y más perfecta creación de Amh. A los seguidores de los dioses elementales se les consideraba esclavos de la voluntad de la naturaleza. Por lo cual, los seguidores de Elión se consideraban los únicos seres libres, ya que su esclavitud es su libertad, la adoración de la vida. Esta fue la historia que utilizo Ar-Gunar para que se dejara de adorar a los dioses elementales, pero aunque no se les adore, sus fuerzas siguen existiendo, junto con sus influencias. Por más que los magos elementalistas se consideren dueños de los elementos, son los dioses elementales los que los dominan a ellos, los magos son sus instrumentos, como lo es el viento, las mareas, las lluvias y los terremotos. Todo lo que sucede es la voluntad de los dioses. Los humanos se creen libres de actuar, pero en realidad hay fuerzas muy superiores actuando dentro de cada uno de nosotros. Nuestra única libertad consiste en elegir que influencia queremos que nos afecte, aunque muchas veces son las influencias las que nos eligen a nosotros. Por eso Tzaria, no has de preocuparte. Hagas lo que hagas, estás bajo la influencia de los dueños de nuestros destinos, los dioses.

—Pero entonces ¿a quién he de rezar?

—De momento reza a ambos o a quien quieras. Más adelante entenderás que influencia tienen en ti, entonces lo sabrás y no tendrás que preguntar.

Tzaria se queda unos segundos pensando antes de contestar:

—Gracias Suma Iniciada. Que Elión te ilumine.

—No has de preocuparte por lo que no esté en tus manos Tzaria, deja que la vida fluya. Que el amor de Elión te acompañe.

3.5

Tzaria se va de la humilde Casa de Sanación con el corazón en paz a pesar de que su mente sigue intentando darle sentido a lo que ha oído. Nada más salir, Yena-An la espera en la puerta.

—Has estado un buen rato —le dice a la Tzaria.

—¿Llevas mucho esperándome?

—Un buen rato —contesta con una sonrisa picaresca—. Hoy se inicia tu entrenamiento.

—El entrenamiento Niré.

—Sí, eso es. No te preocupes, a ti te será fácil aprenderlo todo, eres la Tzaria.

Pasando la cueva de la iniciación Yena-An le indica el camino a seguir. El sendero asciende tan solo dejando lugar para una persona.

En la cúspide se encuentra con Laer-Ehen rodeada de decenas de aves.

—Ven —le dice—, acércate al límite. Siente el poder de Tzarás.

—¿Qué hacen aquí esos pájaros?

—Son nirís. Pájaros de fuego que viven en donde la energía Niré es poderosa. ¿Son preciosos verdad?

—Sí, sí que lo son.

Tzaria sube hasta el borde de la cúspide, desde allí, se ven las colinas adyacentes y el muro de cenizas. Baja la vista y al observar el magma su cuerpo vibra de energía. Los escalofríos retumban sus huesos encrespándole la piel y erizándole el pelo como si estuviera cubierta de alfileres en punta.

—Eso es —dice Laer-Ehen—, el poder de Nireón. La esencia Niré.

La mente de la Tzaria se aclara. Una sensación de inmunidad casi divina la posee.

Los nirís descienden en continuos juegos. Se hunden en el magma viscoso. Atraviesan la superficie ardiente que al enfriarse oscurece, formando una piel de tonos granates oscuros casi negros. Los nirís surgen reventando la superficie, junto con las burbujas llenas de gases, rodeados de fuego, como meteoros en ascenso.

—Concéntrate en un punto concreto —dice su maestra—, deja que fuego interno se funda con el magma.

—Bien —continúa—. Ahora imagina que el magma obedece tu voluntad. Imagina que una columna de magma emerge en línea recta.

Tzaria sonríe sorprendida al ver como la lava sube con su imaginación, siendo atravesada por los juguetones pájaros. Contiene la respiración y al expirar el magma cae estallando en la superficie que enrojece en fuego iracundo.

—No te preocupes Tzaria. Ya sabes como manejar el magma, ya sabes lo básico y más importante. Niré responde a tu imaginación sin esfuerzo. Has de mantenerte tranquila, sin forzar, sin concéntrate demasiado, suelta, libre, como el fuego. De lo contrario Niré reaccionará sin control. Ahora, vuelve a elevar el magma, pero esta vez, sé libre, juega con él.

La aprendiz inspira despacio con los ojos cerrados, relajando los músculos de su espalda. Abre los ojos y eleva una columna de magma que se retuerce y gira generando curvas como una serpiente de fuego que los nirís atraviesan en juego. Sus ojos brillan de poder. Sonríe satisfecha y eleva la columna hasta que la cúspide se pierde en el cielo. Deja que caiga sin control y la detiene a la altura de sus ojos atrayéndola hacia ella. Comienza a arder. El fuego toca sus manos como si fuera una mascota deseando ser acariciada. Tzaria deja fluir el magma por sus dedos. Disfruta de una sensación reconfortante y energetizadora.

—Bien —dice la maestra— ¿Has visto que fácil?

—Sí —contesta dejando caer con suavidad el magma—. Es como si tuviera conciencia. Siento como si... como si Niré deseara ser manipulado.

—Así es, aunque tú también sientes el deseo de manipular Niré, por lo cual la relación es recíproca. No existe manipulador único, ambos controlamos y somos controlados.

Pasa los primeros días de práctica manejando el magma a distintas velocidades, generando ondas de choque explosivas, separando el fuego y los gases ardientes, poseída por la adicción a la magia Niré. Su estómago permanece cerrado, sin reclamar alimento alguno. Al atardecer descienden el volcán. Deja de sentir la presencia Niré en sus ojos, en sus manos, surcando su cuerpo. El cansancio se asoma y el hambre acecha debilitando cada uno de sus pasos. Llega siempre a tiempo al tercer turno del comedor e intenta evadir toda mirada

engullendo la comida en silencio. Sin poder resistirse se embulle en el pollo asado como si fuera una osa esmirriada despedazando su primera víctima de la primavera. Los iniciados que permanecen a su lado entienden entre sonrisas lo que sucede. A sus mentes le llegan las experiencias únicas de los primeros días en el cráter.

En su morada, apenas le dedica unos instantes a su amada antes de caer rendida en el mundo de los sueños sin dejar lugar a ningún pensamiento.

El magma del cráter se eleva, burbujeando cada vez más, creando ríos entrelazados de lava ardiente que se incendian, estallando en una columna despedazadora que prende el cielo, convirtiéndolo en humo y cenizas. La Tzaria despierta a media noche agitada al volver a sentir el poder Niré palpitando junto a su corazón. Vuelve a acostarse y dice con los ojos abiertos clavados en la oscuridad del techo:

—Nireón.

Al día siguiente el entrenamiento continúa con Bek-Ehen. Tzaria pierde en parte las ansias de aprender al ver el rostro altivo de su maestro que le dice:

—En estos últimos días tranquilos, aprendiste a manipular el magma y el fuego como una niña divirtiéndose con sus juguetes. Hoy toca lo serio Tzaria. Hoy aprenderás las técnicas que utilizarás en combate. Sígueme.

Bek-Ehen la lleva hasta la cueva de iniciación, en la sala en la que recibió su nombre.

—Observa —le dice el maestro quitándose la toga y dejando su cuerpo al desnudo. Tzaria siente repulsión y mira al suelo.— Observa he dicho, no seas infantil —Tzaria mira llena de rabia a sus ojos, mientras él sitúa su mano enfrente de ella con la palma mirando al techo. Una pequeña llama aparece en el centro de su palma. Inspira, y la llama crece cubriendo todo su brazo hasta envolver su cuerpo. Mueve los brazos con soltura y se agacha, junta sus manos enfrente de su estómago dejando un espacio vacío en el que se genera una bola de fuego. Desplaza su pierna derecha hacia atrás, sitúa sus brazos al frente arqueando la espalda, y en un movimiento fluido, impulsa la bola de fuego como si fuera un chorro ígneo que aumenta de tamaño. Un sonido estruendoso resuena, hasta estallar en la cascada de magma, lanzando una onda de choque que deslumbra y desestabiliza a la aprendiz, haciéndole caer al suelo—. ¿Has entendido?

—Creo que sí.

—Si es así, toma la iniciativa. Dirige la bola de fuego hacia mí. Te enseñaré como desviar ataques elementales.

Tzaria se quita las ropas abandonando los pensamientos de vergüenza que no son alimentados. Observa sus manos hasta que se prenden fuego expandiendo las llamas por todo su cuerpo. Junta sus manos dejando el espacio vacío al agacharse hasta que la bola de fuego surge. Olvidándose de situar su pierna derecha atrás, lanza la bola ígnea que choca contra el techo, haciéndola caer despedida a gran distancia.

Bek-Ehen sonríe y le dice:

—El balance es esencial. De lo contrario nunca darás en el blanco.

Tzaria lo intenta varias veces, hasta que consigue rozar a su maestro.

—No está mal. Pero te queda mucho que aprender. Vuelve a intentarlo.

Tzaria está agotada. El sudor le cae por la frente y el cansancio le hace mella. Se siente incómoda al aprender de un mago que sonríe con superioridad burlona a cada intento fallido de su aprendiz. La rabia domina. Ve en Bek-Ehen la imagen de su padre distante que siempre la menospreció por ser mujer. Las memorias tiñen el presente. Aprieta la mandíbula y grita de rencor al lanzar con toda su rabia una bola de fuego que ciega a su maestro generando una explosión descontrolada. La sala queda cubierta en llamas. La figura de Bek-Ehen vuelve a surgir sonriente. Aunque esta vez la sonrisa es de apreciación.

—Has de tener cuidado —dice el mago—. Si utilizas la ira correrás el riesgo de perder el control. Niré se alimenta de ella. Es una magia devastadora, capaz de poseer tu conciencia. Recuerda lo que se dijo en tu iniciación, Niré como reflexión no como instrumento egoísta.

—Lo siento, espero no haberte hecho daño.

—No te preocupes por mí, el fuego Niré me alimenta. He sentido en mi cuerpo todo tu dolor. Con él me han llegado memorias de un hombre, ¿tu padre?

—Sí.

—Has de perdonarle si quieres controlar a Niré, de lo contrario Niré te controlará, alimentándose de tus memorias, de tu dolor. Ya has comprobado como Niré te llama, te desea. Has de amar Niré, pero a su vez has de resistir la tentación de volcarte en todo su

poder. Si te sumerges en emociones violentas alimentaras a Niré con ellas y perderás tu persona, convirtiéndote en un instrumento de destrucción descontrolada. Has de tener cuidado, perdona y olvida tu pasado o serás destruida por tus propias heridas.

«Sí, he de perdonar y olvidar —piensa Tzaria—, aun así hay algo que no me gusta. Su sonrisa. Es como si supiera lo que va a suceder, como si todo estuviera previsto, bajo su control. Algo ocultas Bek-Ehen, lo sé. Por un lado te muestras como un maestro firme y preciso, pero por el otro, algo ocultas en tus planes.»

3.6

Al cuarto día de entrenamientos continuos en los que su cuerpo llega a la extenuación, Bek-Ehen la lleva por las cuevas del volcán hasta una sala que brilla en rojo palpitante. En el centro reside la fuente de la que procede una luz cegadora, rebosando con cientos de gemas Niré. Se acerca despacio. Su corazón se acelera y de su mente se apodera una ansiedad atrayente que al principio resulta incómoda. Duda hasta que oye la voz de Bek-Ehen que le saca del trance adictivo:

—Hunde tus manos en ellas.

Al obedecer, sus músculos se relajan y energizan, a la vez que ondas orgásmicas recorren su cuerpo haciéndola cerrar los ojos. Desconecta del mundo real hasta que la mano de su maestro le toca el hombro, haciéndola salir del trance.

—Ya es suficiente —le dice.

Tzaria suspira y por más que su cuerpo no lo quiera, consigue alejarse.

—Llevas casi medio día con las manos hundidas, espero que tus fuerzas se hayan renovado por completo.

—¿Tanto tiempo?

—Sí, las gemas son muy poderosas y cuantas más haya juntas, mayor es su poder.

—Me siento tan bien, tan a gusto.

—Me imagino Tzaria, pero el descanso se ha acabado. Volvamos al entrenamiento.

—No, espera. Siempre me he preguntado ¿qué son estas gemas?

—¿Qué son?

—¿Por qué hay tanto poder en ellas, de dónde vienen?

—Bueno, según lo que está escrito, son emanaciones materiales puras de los dioses que nos ayudan a entender la magia y a su vez a entender la voluntad divina. Aparecen en los lugares en los que la energía de su origen es poderosa. Las gemas Niré nacen en volcanes, aunque también pueden nacer en menor cuantía en otros lugares. Se dice que quien posea las gemas elementales, controla el destino de la vida. Por eso el antiguo imperio de Haakmorión y el imperio Akmólica siempre han estado en guerra, acaparando territorios y

gemas. Aunque los akmólicas no son como nosotros, ellos las consumen en sus batallas. Nosotros solo permitimos una gema por guerrero de alto rango. Para nosotros son sagradas. Las acumulamos hasta que tengamos suficientes para El Día del Propósito Sublime, el día en que la conciencia material de Nireón despertará. Toma unas cuantas, hoy se inicia tu entrenamiento con el elemental.

Tzaria sonríe al ver a su maestro alejarse por el corredor y piensa:

«Siempre preciso y directo.»

Llegan a la sala de iniciación. Yena-An aparece agitada tras la carrera. El maestro y su aprendiz la observan. Ella intenta recuperar el aliento, hasta que le dice a la Tzaria:

—Ven, rápido, es urgente.

—¿Qué sucede?

—No, es mejor que vengas.

—Yena-An-Nireón —dice Bek-Ehen molesto por ser interrumpido—, la Tzaria te ha hecho una pregunta directa. Has de responderla.

—Deyamena-Ehanah te necesita —contesta la iniciada mirando con el rabillo del ojo a su superior.

—Está bien, iré.

Tzaria entra en su casa preocupada, sabiendo que el problema reside en su amada. Aparta la tela roja que hace de puerta y entra apresurada.

—Está desestabilizada —dice Deyamena-Ehanah, sentada al lado de Sui, con su mano izquierda en la frente y la derecha en el estómago, intentando detener los espasmos violentos que dominan su cuerpo—. Rápido, habla con ella, dile algo, acarícíala. Si sigue así morirá.

—Amor mío, amor, te quiero, pronto estarás bien, ¿qué sucede? —Le pregunta a la iniciada de Elión con la mirada ahogada en lágrimas.

—La infección debe de haber llegado al riego sanguíneo, su corazón late a gran velocidad. Mucho me temo que lo peor va a suceder.

—No, no —dice la amante sin resignarse a lo inevitable—, déjame a mí.

Tzaria concentra sus fuerzas. Reza emanando energía Elii. Su poder es tal que genera una luz blanquecina iluminando toda la habitación. Deyamena piensa:

«Su nivel de concentración y su capacidad para emanar Elii es muy superior a su rango. Ser un Hanah de Niré ha incrementado su dominio Elii. ¿Lo conseguirá? ¿Salvará la vida de su compañera? Posee el favor de ambos dioses, quizás lo consiga, quizás Nireón la escuche y permita que la magia Elii influya.»

«¡No! —Resuena un grito en la mente de la Tzaria confundiéndola.»

Aparta las manos sin saber que hacer.

—¿Qué sucede Tzaria?

—Una voz, he sentido una voz.

—¿Qué dice?

—No, no debo de sanarla, no entiendo —mira consternada a Deyamena—. Creo que fue la voz de Sui, pero no, algo era distinto, algo la acompaña.

Los espasmos de Sui se suavizan. Li-En se queda a su lado observando con esperanzas de volver a sentir a su lado el roce tierno de su amada. La respiración se calma y el cuerpo se relaja volviendo al largo e insípido no ser de la inconsciencia.

Deyamena, con ojos compasivos, en los que a punto están de surgir las lágrimas, siente la tristeza de Tzaria. En silencio se levanta y acaricia el hombro de Tzaria con suavidad antes de irse. En la entrada le explica lo sucedido a Bek-Ehen que decide esperar afuera. La gente que pasa le mira con disimulo, sentando en el suelo, ensimismado en sus pensamientos. El sol se mueve imperceptible en el cielo, tan solo marcando su ritmo a través de las sombras que acaban situándose en el ángulo opuesto. Decidido se levanta después de oír unos pasos. Roza la tela que le impide la entrada y dice sabiendo que será oído:

—Me alegra que se haya recuperado.

Tzaria vuelve la cabeza clavando la mirada en la tela, intentando imaginarse si los ojos de Bek-Ehen muestran alguna verdad.

—Dudo de la honestidad de tus palabras.

—Digo lo que siento, déjame pasar y te lo explicaré —contesta Bek-Ehen contundente.

—Entra.

Las cortinas crean una sombra en el interior, refrescante y cegadora ante el contraste con el poderoso sol del desierto. Intentando enfocar los ojos, sin ver nada, piensa antes de decir:

«Ha llegado el momento.»

—Es primordial que la emperatriz sobreviva.

La sorpresa tarda en llegar a Tzaria al tener su corazón

clamando estar a solas con su amor.

—Sí, lo sabía —continúa diciendo—, tengo espías y aliados en el imperio.

—¿Hace cuánto lo sabes?

—No tardé mucho en saberlo, pero no vi la necesidad de decirlo. Era mi secreto. Ella está destinada a resurgir del vientre de Nireón como la Máxima Tzaria, devolviéndonos con la ley y el poder nuestras más altas esperanzas. Cuando llegue el momento apropiado se dirá.

Las palabras de Bek-Ehen resuenan en paralelo a las ansiadas certezas que intentan convertirse en verdades, tan solo diferenciándose es en la intención. El mago de fuego desea la libertad de los Beenor, mientras ella desea su propia libertad para volver a fundirse en el amor.

—El volcán despertará su conciencia. Mañana continuaremos con los entrenamientos —termina diciendo con el tono que antes era juzgado por la Tzaria como la sequedad egocéntrica de un ser que se cree superior y que ahora ha comenzado a convertirse en la confianza firme de una persona que conoce el lugar de las piezas que están en juego.

Tzaria se queda en silencio al verle partir aún confundida, pensando:

«¿Por qué lo ha ocultado?»

3.7

Con la llegada de la luz del alba, después de la corta noche del desierto, Tzaria despierta para sentarse al lado de su amada. Le limpia el cuerpo con paños húmedos, intenta que trague agua, reza y le habla sin recibir respuesta. El diálogo ficticio permanece en su mente, en las comidas que mantiene en silencio, caminando por los distintos senderos, al descansar en los entrenamientos, al escuchar las pocas disputas que suceden en un pueblo unido por la fe y al acostarse, intercambiando palabras con su amada que se ha convertido en un ser imaginario que desea volver a nacer.

Pasan los días y nada cambia. La soledad persiste en el silencio que fractura cada día; el corazón amargo, árido, soñando estar colmado de vida, cuando toda acción se nota vacía; fingiendo el propósito teatral de ser líder, y anhelando la finalidad completa del amor.

Los peores momentos llegan al intentar dormir, sola o al lado de su amada, sintiéndose aún más sola. Pensando, deseando, recordando con tristeza la compañía de la que siempre fue su guía, el modelo a seguir. El dolor se intensifica. Los sueños mezclados con memorias la despiertan. Mira a su amada llena de absurdas esperanzas y vuelve a sumergirse en la decepcionante realidad de espasmos y preguntas que nunca son contestadas.

Una tormenta azota Olar-Beenoré puliendo los techos y paredes de las casas con un vendaval incesante que impide discernir más allá de la extensión del brazo. Tzaria se desespera al ver que los espasmos se intensifican. Piensa en llamar a Deyamena, hasta que entiende que es ella la que la tiene que cuidar. Le dice entre lágrimas:

—Amor mío, quiero que vuelvas a estar a mi lado.

A su mente llegan las memorias de la mejor parte de sus vidas, que solo su amor mutuo pudo darles. Todas las dudas que tuvo en el pasado, cuando la que quería morir era ella para liberar a su amada de su dependencia, ahora no son más que recuerdos absurdos, incapaces de ser entendidos ante la cruda realidad que domina su vida actual.

El viento genera sonidos continuos que se rompen en cambios repentinos como las llamas de un fuego descontrolado.

—Tanta tontería, tanta estupidez —dice balbuceando entre incontrolables lágrimas—. ¿Qué podría haber hecho para impedirlo? Elión, Nireón, ¿por qué tardáis tanto en devolvérmela? ¿No iba a ser ella la nueva Tzaria cuando despertara? ¿La más poderosa de todas, como siempre ha sido? Así también lo piensa Bek-Ehen. No me cedas tu lugar amor mío —dice al convertirse la memoria en una máquina de tortura insaciable.

Imágenes llegan de la mañana en que se conocieron llenas de curiosidad y culpable atracción; la tarde en que la camaradería se convirtió en amor secreto; la noche en que sus labios se revelaron acariciándose en la tentación, cuando las lenguas se enredaron en juegos prohibidos de placer; la mañana que juntas descubrieron la pasión sexual envuelta en la seda del amor, convirtiendo sus orgasmos en una única canción; y finalmente la noche en que sus ojos se miraron por primera vez sabiendo que nada en el mundo iba a poder apartar a la una de la otra. En secreto caminaban de la mano, inseparables aun cuando no estaban cerca, abrazándose en la lejanía, besándose cada día; felices y libres de todos los posibles miedos que a sus vidas pudieran llegar. Cuando todo era posible, cuando el mundo parecía estar hecho para complacerlas. Esos días que el tiempo ha convertido en memorias y suspiros, esos momentos que se entrelazaban con belleza abarcando la existencia; esas miradas y sonrisas que se expandían en todas las direcciones, iluminando hasta lo más efímero; ese mutuo entendimiento que hacia brillar la vida celebrando la unión. Esos sentimientos perdidos que se convierten en marionetas espectrales portadoras de dolor.

Sin poder dormir, se levanta de la cama a media noche. Camina en la oscuridad escuchando el continuo movimiento de las dobles telas reforzadas con un bloque de madera que cubren la ventana y la puerta, sin dejar entrar una pizca del aire atiborrado de arena. Abre la tapa de arcilla de una vasija que le llega a la cintura, y se refresca. Moja una tela y le limpia la frente a su amada. Las lágrimas vuelven a caer, esta vez colmadas con una media sonrisa de extraviada felicidad que susurra:

—Amor mío.

Según amanece cae dormida.

Sui deja de respirar tras un último espasmo. Tzaria llora y lamenta. Camina cargando su cuerpo desnudo al igual que cuando comenzó su camino hacia Olar-Beenoré por primera vez. Lleva a su

amada a la cúspide del volcán y dice ante los Beenor:

—¿Es mi destino cumplir lo que no sucedió en el tuyo? No, yo tengo que pensar ante todo en el bien de mi pueblo. No deseo más muerte, más sufrimiento. Con Nireón residirás guiada en tu nueva vida.

Cuando termina, la amante solitaria besa el vientre de la que fue su amada. Llama al magma que brota con ímpetu tomando el cuerpo de entre sus brazos. El cráter se incendia ante la columna ardiente que cae. Tzarás ruge haciendo temblar el suelo. La lava desciende hasta desaparecer. Una nueva explosión sucede. El magma crece en estallidos generando bóvedas ardientes que explotan lanzando una columna ígnea que atraviesa las nubes. Una última explosión incendia el cielo al formarse la figura de un ave de fuego que grita con un estallido. Las nubes desaparecen al expandirse una onda de fuego circular que corona todo el continente. Oye la voz de Bek-Ehen diciendo:

—Surgirá de las cenizas.

Sui cae del cielo enfrente de su amada. Sus ojos brillan llenos de llamaradas. Un grito ensordecedor de ave, demonio y mujer emana de su boca, poseído por la ira y la destrucción que despiertan a Tzaria de un salto.

La tormenta termina, no se oye ni un sonido excepto la voz que suplica abandonada:

—Vuelve Sui, vuelve. Te necesito a mi lado, no me abandones, te necesito, vuelve amor mío, vuelve. Nireón, Elión devolvedle la vida. No me dejéis vacía, sin sus risas, sin sus besos, sin su confianza y compañía, no me dejéis sola, la necesito.

Le da un beso en la boca según las lágrimas se deslizan por su rostro. Cae a su lado rendida en un abrazo sin fuerzas, con los puños atenazando las sabanas.

Los espasmos vuelven a comenzar.

—No, no —grita la amante sin ya poder continuar más con este sufrimiento sin fin—, no. Elión, vuelve amor mío, vuelve a estar a mi lado.

Los temblores se detienen con un último suspiro en el que la emperatriz abre los ojos.

—Sui, amor mío, has vuelto, me has escuchado. Gracias Elión, gracias Nireón.

—Li...-En —dice con la voz dolida, a la vez que mueve su mano ausente de presencia hasta rozar el brazo de su amada.

Al oír su antiguo nombre sonríe, llenándose de felicidad. Ve en el brillo de sus ojos el amor correspondido.

—Descansa amor mío, traeré agua de magma.

La emperatriz bebe. Su cuerpo no le contesta. Mira a los ojos de Li-En y cae en la inconsciencia.

La emperatriz despierta al rato preguntando con una voz entrecortada:

—¿Dónde... estamos?

—En Olar-Beenoré, el pueblo de magos de fuego.

—Mi piel, me tira no soy capaz de...

Tzaria observa las quemaduras y le dice interrumpiendo:

—Tzarás nos ha marcado, mira mi cuerpo —le dice mostrándole el pecho quemado con una marca deformada que sobresale en donde había un pezón.

—Me duele.

—Lo sé, descansa. La suprema iniciada me ha dicho que tardarás un tiempo en recuperarte.

Sui mira su cuerpo preocupada, tratando de imaginarse cuanta belleza ha desaparecido y cuanta monstruosidad ha surgido. Le caen lágrimas al ver el muñón que parece una montaña derretida con cúspides en lugar de dedos, en donde su mano derecha tendría que estar. Se toca la cabeza notando las quemaduras y los pelos chamuscados, pegados a la piel en donde ya no existe su cabellera pelirroja llena de poder.

Pasan los días. La tristeza aumenta al sentirse inútil, hasta el día en que las fuerzas le llegan por lo menos para caminar con un bastón y alguien a su lado, como si se tratara de una anciana de ojos vidriosos. La gente de Olar-Beenoré la recibe con amor y curiosidad. Algunos piensan que es mejor morir que vivir en esa condición. Sin embargo, los magos de alto rango se preguntan cuánto poder Niré poseerá.

La Tzaria continúa con su entrenamiento.

Laer-Ehen acude cada día para caminar con la herida. La mayor parte de las veces, Sui prefiere quedarse sola, en un rincón de su nuevo y polvoriento hogar. Deyamena pasa de vez en cuando para comprobar si los ojos de su paciente han recuperado el brillo vital, yéndose decepcionada al notar la mirada vacía, llena de penas y rencores. Intenta consolarla con palabras de Elión, pero lo único que recibe a cambio es desprecio e insultos hacia su dios. Bek-Ehen se mantiene apartado, cavilando. Apenas cruza unas palabras las pocas veces que se atreve a visitar. Al irse siempre se pregunta:

«¿Cuándo podrá realizar la ceremonia de iniciación?»

Sabe que sin el ritual, el fuego interno permanecerá apagado en el interior de la emperatriz. Si fuera por él, la llevaría en brazos hasta la cueva sagrada. Pero no puede. Cada pretendiente ha de realizar el camino por sí solo.

Tzaria le cuenta llena de emoción lo que ha sucedido desde que llegaron a Olar-Beenoré. Sui apenas la mira a los ojos, cruzando atisbos de incertidumbre, envidia y confusión.

Cada noche llega con malestares en el cuerpo y dificultad para dormir. Las pesadillas la visitan sin descanso, con rostros del pasado y el volcán rugiente como si estuviera esperando un nuevo despertar. El magma la rodea, el fuego lo abarca todo, devastación absoluta, hasta que despierta bañada en sudores, temblando con ansiedad y picores. Se toca las quemaduras y el cuerpo desfigurado preguntándose:

«¿Quién es este monstruo? ¿Quién es? Nadie me reconocerá en el imperio. Estoy destinada a permanecer alejada, en el destierro, entre esta gente simple. Rodeada de tierra. Incapaz de caminar sola ni diez pasos. Con este dolor que estruja mi cuerpo desde dentro. Elión, te ríes de mí ¿verdad? Nací rodeada de familia, con todo lo que quería, de alta cuna y moriré sola, inválida, pobre, en la nada, tan solo con el amor lleno de pena de Li-En. No, qué horror. ¿Es esto a lo que llamas amor Elión? ¿Así es como amas a tus sirvientes?»

Tzaria permanece al lado de su amada tanto como puede. No sabe cómo reaccionar ante su continuo silencio, al verla comer sin disfrutar, y al sentir sus besos evasivos, sin deseo.

La emperatriz intenta huir de la humillación que siente al necesitar ayuda hasta para limpiarse. La irá y el odio hacia sí misma y hacia Ikarión pudren su corazón amargando su existencia. Niega lo obvio, su imposibilidad, su dependencia, haciendo que sus escasas energías permanezcan en continuo conflicto con lo que ve y con lo que querría ver, agotándola e impidiéndole recuperarse. Su elevada autoestima destruida es incapaz de admitir la derrota. La humildad llama a las puertas de su conciencia numerosas veces, pero ella se niega, respondiendo con desprecio hacia los que la quieren ayudar. Sui-Gunar la hija de Xe-Gunar VI el Valiente, descendiente directa de Ar-Gunar I el Precursor, es incapaz de conformarse con ser una lisiada sin nombre, favorecida por la líder de un pueblo de mugrosos.

Otra pesadilla la despierta alterada. La imagen que queda es la de su padre dándole la espalda. Tzaria abre los ojos. Ve a su amada sentada y le dice:

—Amor mío ¿estás bien?

—¿Bien Li-En o debería de llamarte también Tzaria?

—Amor mío…

—Deja de llamarme así, no quiero saber nada de tu amor. Mírame Li-En, mírame —el silencio se presenta ante las lágrimas de Tzaria—. ¿Por qué lloras? ¿Por qué te lamentas? Yo soy la tullida, la que no sirve de nada, yo soy la que no tiene vida. Mientras tú juegas a ser la líder de estos mugrientos, yo me pudro sin nada que hacer, sin nada por lo que vivir.

—Sui, deberías de estar contenta, estamos juntas. Por fin libres. ¿Acaso preferirías estar en Siarea?

—Sí Li-En, sí que lo preferiría, al menos allí sabía quién era. En Siarea tenía un futuro, aquí no tengo nada.

—Sui, no sabes lo que dices, ya no se quién eres, ¿qué te ha pasado Sui?

—¿Qué me ha pasado? ¿No lo ves? La broma de Elión me ha pasado. Se ríe de mí cada día. ¿Dónde está su amor cuando sólo hay dolor?

—Sui, te quiero, Sui…

—¿Y de que me sirve a mí que me quieras? Dime, ¿acaso tu compasión, tu pena me sirven de algo Li-En? No, no sirven para nada. No soy feliz Li-En, no quiero seguir viviendo así. Si pudiera, elegir preferiría morir.

Li-En se levanta y sale de la casa corriendo entre lágrimas. Su roto corazón es incapaz de repetir las palabras de su amada que se enzarzan como un centenar de ratas despedazando a tirones su pecho. Los días siguientes acontecen entre el silencio y el distanciamiento.

El Ciclo de la Caída está a punto de terminar, un nuevo Ciclo de Quietud se acerca. Los magos de alto grado, exceptuando a Bek-Ehen, dudan de las expectativas puestas en su nueva compañera que aún no ha sido aceptada como maga Niré.

3.8

La fe de Ra-Gunar hacia Elión ha crecido gracias al apoyo de la única persona que ha seguido preocupándose por él, Mae-Ehanah-Elión. Cada cinco días acude al Ritual de Purificación junto con los otros miembros de las familias aristocráticas. Después del último rezo, permanece sentado en frente de la fuente sagrada hasta que la suma iniciada aparece.

—¿Qué tal os encontráis esta mañana? —Pregunta posando la mano en el hombro de él; trasmitiéndole magia Elii reconfortante y placentera.

—Tranquilo Suma Iniciada. Las lecturas que me mandasteis me han ayudado. Creo haber entendido por que mi vida nunca ha estado en mis manos.

—Bien, me alegro. Una vez se entiende la fe en Elión, esta llega sin esfuerzo o contradicción y con la fe uno se sumerge en la tranquilidad y la confianza que solo un poder superior más sabio que nosotros nos puede dar.

—Sí, gracias iniciada. Me arrepiento de haberme resistido tanto tiempo.

—No estabais preparado Ra-Gunar, necesitabais sufrir y rendiros ante el poder de Elión —Mae-Ehanah-Elión aparta su mano tras concederle un hechizo de coraje—. Sé que no os gusta participar en eventos sociales, aun así, sería bueno que compartierais vuestra fe con los demás.

—No, gracias, prefiero estar solo.

—Ra-Gunar, no temáis, nadie os juzga. Ante los ojos de Elión, todos somos hermanos y hermanas.

—No es eso iniciada, mi fe, es para mí. No tiene sentido que hable de ella con los demás.

—No hablamos solo de fe Ra-Gunar. Habéis pasado el último ciclo excluido, creo que ha llegado la hora de que volváis a participar con vuestros hermanos y hermanas —termina diciendo al posar su mano e intensificar el hechizo.

Ra-Gunar querría volver a negarse, pero no puede, siente una curiosidad indomable.

Camina por un corredor pensando en futuras conversaciones y futuras reacciones, hasta llegar a una sala con un gran ventanal que da al jardín. Allí, los aristócratas de las siete familias junto con algunos iniciados de alto rango, comparten palabras, agua y alimentos. Entre ellos se encuentran otras gentes de poder y algunos miembros de las familias caídas en desgracias que intentan evadirse del antiguo heredero al verle llegar. Ina-Aoorión es la primera en acercarse:

—Bienvenido Ra-Gunar. Es un placer volver a ver a un miembro de la familia imperial acudir a esta reunión.

—Gracias. El placer es mío.

—Mae-Ehanah-Elión me ha dicho que habéis terminado el Libro de la Última Luz.

—Sí, así es.

—Mi pasaje preferido es el del tercer capítulo, cuando Elión origina la vida orgánica. Sin duda el más bello de todos.

—Sí, es de los más bellos, sin duda.

—¿Cuál es el vuestro?

—¿Mi pasaje preferido?

—Sí.

—Quizás el que explica el comienzo de la Voluntad de la Luz.

—Por supuesto, por Elión, uno de los más interesantes. ¿Qué pensáis acerca de ello? ¿Es nuestra voluntad libre o es nuestra voluntad la voluntad de Elión?

—No sabría decir. Quizás nuestra voluntad sea la voluntad de Elión si somos capaces de entenderla.

—Elión sabe, sí, sí. Yo entiendo que la voluntad divina es estar unido al bien divino. ¿Qué creéis?

—Ina-Aoorión —interrumpe la suma iniciada—, creo que Ra-Gunar prefiere mantener su fe de manera personal. Temo que le vayáis a asustar con vuestras preguntas conceptuales.

—No os preocupéis Suma Iniciada, mi antiguo interés era la Filosofía Divina de Haakmorión, por lo que estoy acostumbrado a especular.

—Muy bien, os dejo de momento, pero no olvidéis que la fe es cuestión de práctica y no de especulación.

—El tema es —continúa Ra-Gunar tras asentir con un gesto de cabeza—, como ser consciente si una acción, al realizarla, es un bien divino o tan solo una ilusión egocéntrica de la mente.

Para sorpresa del huérfano, la mañana trascurre con agradable tranquilidad. Se siente acogido y apreciado por los demás miembros. Vuelve a valorar su capacidad intelectual en prolongadas

conversaciones, a pesar de que su conocimiento religioso sea escaso en comparación con los demás.

De aquella reunión surge una cena en la casa magna de los Makaharal. En el Palacio de Kirín, Ra-Gunar se prepara. Piensa:

«Quizás un trago de vino me ayude. Sí, uno pequeño y nada más. No, no, que digo. No puedo volver a la bebida. Mae-Ehanah-Elión me lo ha prohibido. No puedo, nubla mi fe y exalta mi ego. No. Pero no sé que hacer. No tengo fuerzas para enfrentarme a las familias sin su presencia. "Medita cuando dudes, únete a Elión" —Oye la voz de la Suma Iniciada rondando por su mente—. Sí, he de meditar, olvidarme de mi mismo, aceptar.»

Cuando llega a la Casa Magna, el mayordomo pronuncia su nombre en alto, presentándole en el salón principal. Varios miembros de las siete familias giran sus cabezas dejando por unos instantes sus conversaciones. Ra-Gunar baja los tres escalones atemorizado ante las miradas. Un sirviente se acerca y le pregunta:

—Su honorable, ¿qué desea tomar?

—¿Agua, quizás?

—Sus deseos son órdenes. ¿Algo de comer o un masaje?

—No, de momento no.

Lik-Makaharal percibe la incomodidad de su invitado y acude junto a él.

—Gracias por asistir Ra-Gunar, comenzaba a dudar de si nos beneficiaríais con vuestra presencia. Estos han de ser momentos difíciles para vos.

—Gracias por vuestra preocupación. En cierta manera he acudido para enterarme de lo que sepáis acerca del secuestro de mi hermana. Ikarión se niega a recibirme.

—Algo se especula.

—¿Me diréis que sabéis?

—Por supuesto, pero antes disfrutad del festín. Más adelante comunicaré ante todos lo que he descubierto.

A la vez que intercambian opiniones, los aristócratas son masajeados en los pies y hombros, sentados en sillones individuales. El huérfano observa como la mayoría de los invitados se sumen en la bebida y los excesos de comida, como él se sumía hace un Ciclo Completo. Varias conversaciones acontecen acerca de la política del imperio y alguna conversación religiosa que atrae su atención con mayor interés. Hasta que Lik-Makaharal hace sonar una campana. El silencio da lugar a las palabras del anfitrión:

—Como bien sabéis, esta reunión tiene un motivo especial —mira a su concentrada audiencia—. He recibido una carta de un espía de Olar-Beenoré. La emperatriz se encuentra allí, sana y salva. Como algunos suponíamos, la historia del secuestro es una farsa —varios murmullos se oyen—, nuestro informador confirma que llego allí huyendo del emperador que pretendía acabar con su vida. Esta es nuestra oportunidad para rehacer nuestras faltas. El Perdón Imperial será dado, es inevitable.

—¿Cómo podemos llegar a saber si la información es veraz? —Pregunta Ina-Aoorión.

—Por Elión, lo es. Mi informador es de primera calidad. Nuestras plegarias se están cumpliendo, el fin de Ikarión se acerca. Cuando la emperatriz vuelva a Jákaros aliada con los Beenor, se realizará un juicio contra el usurpador.

—Por Elión, es absurdo —dice El-Lemar—. Acaso creéis que Ikarión lo permitirá. Utilizará su poder a la fuerza y acabará con nosotros sin pensárselo dos veces.

—Sí, es cierto —dice Lu-Reumior—, además ya sabéis que la Casa de Elión se opone rotundamente al Perdón Imperial. Los Beenor corromperán al imperio con sus múltiples dioses. El Perdón Imperial no puede ser concedido.

—Volvemos a enfrentarnos a los mismos incidentes que llevaron a la muerte de Xe-Gunar —dice el anfitrión—. Lo que sucedió, no puede volver a suceder. Hemos de aprender de nuestros errores. El perdón es inevitable.

—Es cierto —dice Ra-Gunar lleno de fuerzas, sorprendiendo a los oyentes—. Aceptar el perdón no significa aceptar la fe corrupta. Más adelante se tratará con ello. Debemos aceptar la voluntad de la emperatriz. Ante nosotros tenemos una elección muy simple. Seguir sometidos ante el mago usurpador o admitir el perdón.

3.9

En la torre de Yanoión:

—Denvas, reúne al Círculo de Hielo.

—Al fin, ¿noticias de Lu-Reumior?

—Así es. No hay tiempo que perder. Es el momento de escribir la historia.

Al norte de Jákaros, en la cúspide del pico más alto de las cordilleras de Vandinvás, Ikarión realiza un ritual de poder rodeado de sus discípulos. Cada uno de ellos porta su armadura de combate y un féretro con el símbolo Erín, formado por gemas elementales de hielo. Con los ojos cerrados se sitúan en círculo dándole la espalda al supremo maestro. Ikarión está en el centro, junto con el inmenso obelisco de hielo del que irradia una luz blanca resplandeciente que ilumina toda el área. De las veintisiete gemas celestes que forman la columna interior, emanan rayos azules oscuros, poderosos, que rodean al obelisco estallando sin control de un lado a otro. El mago supremo invoca a los vientos helados que llegan del norte. Un tornado emerge alrededor del círculo de magos. Los brazos de Ikarión permanecen alzados, sus ojos brillan clavados en el lejano norte. Desde sus pies, pasando por su armadura hasta llegar a la nebulosa tormenta, surgen rayos blancos que se unen con los azules del obelisco creando relámpagos de energía que crujen los cielos. Ikarión murmura las palabras sagradas del ritual alzando cada vez más la voz hasta que termina con un último grito creándose un resplandor en la montaña. Del obelisco procede un sonido agudo que perfora los oídos haciendo que las mandíbulas se tensen y el cuerpo se encorve. Un rayo blanco agujerea el cielo hasta causar un nuevo tornado de viento y energía ascendente. Unos instantes de expectación suceden en el que el tornado desaparece al crearse un rayo final que despedaza el cielo antes de convertirse en polvo brillante. Las ondas energéticas creadas por el obelisco se expanden por el firmamento con rayos horizontales que cortan las nubes. El obelisco deja de brillar surgiendo latidos esporádicos de energía azul. Ikarión cae de rodillas agotado. Sus discípulos le rodean con los féretros sin gemas. La densidad de la tormenta de nieve aumenta

hasta llegar al desierto negro.

El Ciclo de Quietud toma por sorpresa a los habitantes del imperio con los fríos más mortíferos que se puedan recordar. Una tormenta que se espera pasajera, reside día tras día infatigable, helando los campos, lagos y ríos, cubriendo de nieve caminos, casas y castillos. El tren deja de funcionar, el comercio se detiene y cientos de aldeas quedan aisladas entre las garras de la fría muerte. La gente horrorizada intenta huir al sur o a las grandes ciudades en busca de refugio y provisiones. Los que tienen suerte llegan para ver como los sanadores de Elión cargan con los cadáveres de los más jóvenes y viejos. Los que no tienen suerte mueren en el camino o en sus heladas camas. Gran parte del imperio se paraliza. Los únicos que cabalgan son los magos del hielo con sus caballos nórdicos de montaña, bajos, fornidos y peludos. Los sirvientes y los iniciados de Elión les siguen en pequeños carruajes de perros atravesando bosques blancos regidos por el silencio. La muerte se respira en la quietud, ni un animal se cruza por el camino. Los cazadores apenas encuentran seres helados que descongelan al fuego. El desierto negro se ha convertido en un manto de nieve y ventisca en donde las pezuñas de los caballos se hunden sin llegar a tocar la tierra.

El muro de cenizas apenas detiene las nubes de la tormenta que desprenden agua nieve, encharcando y ensuciando los dominios de Tzarás. Temiendo por el bienestar de sus caballos, los Baturks permanecen alejados al sur, al igual que muchos otros que no soportan el frío de Olar-Beenoré. Del volcán blanco, apenas amena un hilo esmirriado de humo.

Ciegos por el muro de ceniza y la ausencia de los Baturks, los magos de fuego de alto rango acuden a su capital sabiendo que la batalla se acerca. Sui apenas sale de la casa, horrorizada por el paisaje de barro helado lleno de charcos inmundos que lo ensucian todo.

Ikarión cabalga al frente junto a Denvas y tres magos Ehen. La agradable nieve roza su piel llenándole de una confianza casi certera. Una sonrisa se le dibuja en el rostro al ver en la distancia el muro de cenizas. El grupo se detiene para montar el campamento. Los magos crean un círculo mágico que hace invisible el área en donde residen. En el iglú de mayor tamaño, Ikarión da las órdenes precisas a sus aprendices. La noche llega con sus vientos helados. Ikarión toma una pócima que le ayuda a dormir.

Por la mañana, antes de reanudar la marcha, reciben de los iniciados de Elión el hechizo del Don del Águila.

El mago observa el muro. Su corazón late a gran velocidad.

Del otro lado, la guardia reforzada de magos Niré espera lo inevitable.

Ikarión desenfunda a Kaurnir, la espada mágica que Jákiro perdió en el Desierto Negro antes de morir. Observa el brillo afilado y piensa:

«Gracias Ra-Gunar. Me has cedido el imperio y junto con él, el arma más poderosa que haya existido.»

Corta la ceniza del muro dejando un surco en el aire, y la clava en el suelo. Para sorpresa de los Beenor, el muro desaparece dejándoles al descubierto. La tormenta barre la superficie con viento, nieve y hielo. Los defensores apenas tienen tiempo de reaccionar. Los magos Erín lanzan sus ondas cortantes. Tres de ellos se defienden con un muro de fuego. Los otros dos caen seccionados a la mitad. Los sobrevivientes huyen.

3.10

Los magos del hielo avanzan por donde la nieve jamás había osado llegar. Adelante marcha una avanzadilla, seguidos por Ikarión y su grupo de élite. En la retaguardia quedan unos quince magos preparados para lanzar ataques a distancia.

La avanzadilla es sorprendida llegando al valle entre Tzarás y la Colina del Concilio. De ambos lados cae una lluvia de meteoros de fuego retumbando con múltiples explosiones.

El grupo de cinco magos se sumerge en una cúpula de hielo que es destrozada, incinerándoles. Tan solo quedan los huesos negros esparcidos, algunos de ellos todavía consumiéndose en el cráter de cenizas.

Ikarión ve lo sucedido y junto con su grupo lanza un ataque de torbellinos helados hacia el volcán. Los restantes magos de la retaguardia invocan una lluvia de lanzas hacia la Colina del Concilio.

Los magos Niré se protegen con un muro de fuego en el que el hielo se funde en vapor a la vez que un sonido agudo sisea con la transformación.

Ikarión se percata de la mayor intensidad del muro que se encuentra en el volcán, por lo que divide a la retaguardia en dos para atacar a ambos lados.

Nuevos meteoros de fuego vuelven a caer de ambos lados con la intención de acabar con la vida de Ikarión y su grupo. Pero el mago del hielo, preparado, levanta la espada mágica con las dos manos apuntando al cielo. Toda la energía Niré se dirige de golpe hacia el metal, como si este fuera un imán, haciendo a la empuñadura vibrar con violencia, mientras la magia desaparece absorbida por la gema anti elemental.

Denvas da la señal. Sacrificando gemas Erín, atacan potenciando las lanzas que caen gruesas como columnas sobre el grupo más débil de la Colina del Concilio, enterrando en gritos de sangre a la mayoría.

La retaguardia de magos de hielo invoca una lluvia de estacas que se derriten chocando contra un muro ígneo del grupo del

volcán liderado por la Tzaria. Ella concentra su poder y expande el muro de fuego que desciende a gran velocidad por la cara del volcán derritiendo la nieve hasta encontrarse con Ikarión. Él vuelve a apuntar la espada que corta la pared transformándola en vapor.

Denvas ayudada por el hechizo de Elión, traspasa la ventisca helada con su mirada hasta ver lo que parece ser el puesto de mando. Mueve sus brazos a gran velocidad de izquierda a derecha, haciendo que se encuentren en el centro en un movimiento fluido del que emanan cada vez más rápido ondas cortantes, que se entrelazan dirigidas hacia el centro del grupo de la Tzaria. Laer-Ehen reacciona al ver el destello de luz helado y se pone en frente de la Tzaria prendiendo su cuerpo en fuego y generando un muro que las protege. Las ondas chocan volviendo a convertirse en vapor.

Ikarión eleva la espada y con un movimiento de izquierda a derecha desvía la nueva lluvia de meteoros. Enfunda la espada y posa su rodilla en el suelo concentrando su poder. Eleva su guantelete arrancando el collar que lleva de cinco gemas de poder y recita unas palabras rituales levantándose de golpe. Las gemas generan un rayo que se sumerge en las nubes. La tormenta estalla con renovadas fuerzas volviendo a helar el suelo hasta cubrir el volcán.

Tzaria es incapaz de ver a su enemigo. No sabe que hacer, nunca ha estudiado tácticas militares, y de ella se esperan las órdenes. Haikanon-Hen, la mano derecha de Bek-Ehen, estudia la situación estimando que todavía quedan supervivientes en el grupo de la Colina de Concilio, dirigidos por su maestro. Ve el rostro desorientado de Tzaria y la confusión de Laer-Ehen y decide tomar el mando, recomendando:

—Un tercio liderados por Darias-Ehan, debería descender el volcán para enfrentarse de cerca a los magos en el camino y reagruparse con Bek-Ehen. El otro tercio debería crear elementales, a la vez que nosotros deberíamos de continuar con los ataques ígneos avanzando sin perder la ventaja de la altura.

Tzaria acepta en movimiento afirmativo y da las órdenes instruidas. La emperatriz que se negó a permanecer sola en el pueblo, es cargada en su silla con ruedas. Piensa mordiéndose el labio:

«Es absurdo enfrentarse a los magos akmólicas, llevan toda su vida combatiendo. Vamos a morir. Ikarión ha vencido, maldito usurpador. Moriré sin venganza, no, no…»

Bek-Ehen reagrupa a sus magos de la Colina de Concilio, unos treinta. Divide al grupo. Ordena a diez de ellos en avanzadilla. Sin ser capaces de distinguir al enemigo, son sorprendidos. Las ondas heladas surgen de la nada despedazándoles. Los cuerpos desmembrados caen al suelo dejando la nieve ensangrentada. Bek-Ehen ve las luces de las ondas y le dice a los magos restantes:

—Son invisibles en la ventisca. Poneros a mi lado, generaremos un muro que avance deshaciendo la nieve. Revelaremos nuestra posición, pero es nuestra única opción para sobrevivir. Preparaos para defenderos en cualquier momento. Por Nireón, uno y ¡dos!

El muro de fuego se expande dejando al descubierto la tierra negra, a la vez que detiene la ventisca. Los ocho magos Erín que pierden la cobertura, invocan las astas de hielo que se precipitan hacia el grupo de Bek-Ehen. Este grita:

—Unámonos en una onda de fuego, carguemos. ¡Ahora!

El grupo corre entre llamas como una lengua ígnea. Las estacas caen derritiéndose. Los magos Erín se abren envolviéndoles, dispuestos a lanzar sus ondas cortantes que atraviesan la lengua ardiente descuartizando a la mayoría.

Los siete magos supervivientes del grupo de Bek-Ehen forman un círculo y ante el grito de su líder elevan los brazos al unísono creando una explosión que retumba el suelo, sumergiéndolos a todos en un chorro de fuego que se eleva hasta los cielos. Los cuerpos de los magos Erín saltan en todas las direcciones como ramas quemadas que caen en la nieve. Algunos de ellos siguen moviéndose en convulsiones. Otros en silencio forman hogueras sin vida.

Los magos del hielo de la retaguardia lanzan nuevas estacas heladas. Bek-Ehen eleva su brazo para crear un muro de fuego. Una estaca cae justo en su mano destrozándosela. Desde el suelo observa a su alrededor en donde residen sus dos compañeros que han sobrevivido. El antiguo Tzario les mira con seriedad al ver los ojos de desesperación. Sonríe y les trasmite confianza, haciéndoles entender que su tarea aún no ha acabado. La sangre mana a borbotones de su mano, ante la falta de tres dedos. Sintiendo un dolor punzante, la sitúa debajo de su cuerpo y la incinera cerrando las heridas.

3.11

El grupo liderado por Darias-Ehan-Nireón desciende, separándose del grupo del volcán, hasta llegar al camino. Diez de ellos crean un muro de fuego, para proteger a los cincuenta invocadores de elementales. Los gigantes ardientes avanzan rodeados de vapor, sin ser capaces de ver a nadie. Los magos del hielo han desaparecido. Tzaria tampoco es capaz de ver a sus oponentes. Ikarión se sitúa tan cerca como para generar una honda concentrada de hielo que surge de la nada junto con las hondas cortantes de los demás magos que potencian sus ataques con las gemas de sus armaduras, atravesando el muro de fuego. El rayo de Ikarión es detenido por Laer-Ehen que sacrifica su gema Niré generando una bola de fuego consumiendo el hielo. Las demás ondas cortantes mutilan a unos treinta que son incapaces de protegerse a tiempo.

La retaguardia de los magos del hielo lanza nuevas estacas heladas potenciadas por las gemas de sus armaduras, que caen deshaciéndose en los muros de muchos, y cercenando a otros.

Haikanon-Hen le dice a Tzaria:

—Rápido, invoquemos ondas serpiente y los elementales ¡Ahora!.

El grupo de apenas unos sesenta, obedece generando paredes de fuego individuales que se mueven siseando para atacar a sus enemigos por el máximo número de ángulos, a la vez que los elementales recorren la nieve. Ikarión se da cuenta de que la espada no le va a servir de nada. Con un grito, ordena a sus magos que se protejan atrayendo a toda la nieve que se encuentra a su alrededor. Forman una cúpula sólida que se hunde en el suelo haciendo a los magos desaparecer. Las serpientes ardientes surcan la superficie y los elementales se detienen sin saber que hacer.

Nuevas estacas heladas emanan desde la retaguardia, reduciendo cada vez más el número de invocadores Niré.

Tzaria no sabe como responder, confundida ante tanta sangre. Haikanon-Hen grita:

—Ahora, explosión piroclástica, uno, ¡dos!

El suelo se mueve despedazando parte del volcán, dejando vía

libre para el magma que desciende.

Ikarión pierde la cobertura con la honda de fuego. Su plan de ataque por la retaguardia queda arruinado dejándole en una posición peligrosa entre medias de las dos secciones enemigas. Reacciona por instinto potenciando su muro con el sacrificio de más gemas, anhelando que la otra mitad de sus magos llegue al camino para deshacerse de la amenaza de los treinta elementales que se acercan por abajo. Cercados por ríos de lava, sabe que cada vez será más difícil ocultarse en la ventisca.

Los magos Niré lanzan sus ataques ígneos que chocan contra el muro a la vez que los dos grupos de elementales se disponen a unirse para crear una explosión de la que Ikarión no podrá escapar.

En el grupo del camino, Darias-Ehan-Nireón da órdenes para que desvíen a treinta de los elementales de fuego, y así auxiliar a la Tzaria, envolviendo al enemigo. Los veinte restantes avanzan dejando una estela de vapor tras ellos. Llegan a las antiguas posiciones de los magos del hielo de la retaguardia e invocan llamaradas que funden la fina nieve. Los magos Erín quedan al descubierto. Diez elementales lanzan fuegos que son bloqueados por el muro de hielo. Los otros diez avanzan hasta rodearles. Unen sus brazos y explotan destruyendo toda el área, dejando un cráter de rocas ardientes del que emana el magma.

Los treinta elementales que ascienden la colina se dividen en busca del enemigo.

La otra mitad de magos del hielo sigue descendiendo hasta llegar al camino y rodea el muro protector de los invocadores de elementales. Usan diez gemas Erín que deshacen el muro sorprendiendo a Darias-Ehan-Nireón y a sus magos que caen troceados sin vida. Los treinta elementales desaparecen justo cuando iban a terminar el rodeo del grupo de Ikarión.

El emperador aprovechando la confusión, sacrifica más gemas expandiendo un muro helado que termina explotando al chocar contra el muro de fuego del grupo de la Tzaria, aturdiendo a ambos bandos.

La emperatriz ve por un instante el rostro de Ikarión. La ira fluye por su cuerpo. Los pasados sueños de venganza resurgen de su interior con una fuerza descontrolada que clama venganza. Sus ojos brillan de rabia y magia.

El emperador es incapaz de reconocer a la emperatriz, aun así ve en la Tzaria a una persona conocida, sin saber quien es.

Haikanon-Hen vuelve a gritar:

—Explosión piroclástica, uno...

En ese momento aparece Denvas por la retaguardia de los magos de fuego. Sacrifica sus últimas gemas invocando con su grupo una pared de hielo que barre por los aires al grupo de la Tzaria.

Ikarión que se estaba preparando para una nueva defensa, mira a su aprendiz y le sonríe diciendo a la vez que enfunda la espada:

—Un movimiento de extrema habilidad. Ocultémonos. Vuelve a su retaguardia.

Los magos Niré caen sin control chocando unos con otros rompiéndose huesos y luxándose miembros. Tzaria se levanta buscando desesperada a su amada. La ve, aún más abajo, intentando levantarse sin poder. Un mago se acerca a ayudarla. La emperatriz piensa:

«Maldición, no sirvo para nada. Ni siquiera me puedo levantar por mí misma.»

Los magos Niré se reagrupan creando un muro de fuego, a órdenes de Laer-Ehen, ya que Haikanon-Hen ha quedado malherido. La antigua Tzaria le dice a la nueva:

—Subamos a la cúspide el volcán, allí tendremos la…

En ese instante un rayo helado generado por Ikarión surge de la nada atravesando el muro. Los ojos de Laer-Ehen se desvían al ver la luz mágica llegar por el rabillo del ojo. Su rostro adquiere una seriedad consumida por el miedo. Se da cuenta de a quien va dirigido y se lanza enfrente de Tzaria a la vez que genera una bola ígnea. El hielo choca contra el fuego, pero al no ser la postura de Laer-Ehen equilibrada, pierde el control de sus manos dándole el rayo de lleno en el pecho. Su cuerpo cae al suelo congelado, encima de la Tzaria. El impacto hace que lo que antes era Laer-Ehen, se rompa en varios pedazos con apenas unos puntos rojos por donde debería de fluir la sangre de los brazos, las piernas y el torso.

3.12

Catorce magos de fuego se adelantan lanzando llamaradas hacia los magos del hielo.

Ikarión grita:

—Ahora.

Una pared helada brota desde la nieve, volviendo a protegerles. Otros veinte magos Niré se unen a lo que esperan que sea una barbacoa. El mago supremo del hielo desenfunda la espada mágica que sitúa apuntando al frente. Las llamaradas de los treinta y cuatro magos se concentran en un solo ataque. El fuego derrite el muro, formando un torbellino que se dirige hacia la punta de la espada para desaparecer sin dejar rastro. El impacto hace al emperador caer de rodillas, causándole un dolor punzante en sus brazos y pecho.

Tzaria se levanta entre lágrimas poseída ante la culpa, el dolor y la violencia del momento. Sus ojos brillan descontrolados. Con un grito invoca al mismo tiempo la piel inexpugnable, la fuerza extrema y los reflejos del águila, como había estado practicando en secreto. Mira a Ikarión y corre hacia él.

El emperador protegido por un nuevo muro de hielo, rodeado de sus discípulos, deja caer la espada intentando mover los dedos que le tiemblan de dolor.

Los treinta y cuatro magos Niré ven la oportunidad perfecta. Diez de ellos invocan sus ataques ígneos. Los demás corren dispuestos a rodear al muro de hielo.

Tzaria llega envuelta en llamas. Atraviesa la pared helada como si de papel se tratara. Incrusta su mano en el estómago, atravesando la armadura del mago que arde chillando. El que está a su izquierda no es consciente de lo que acaba de ver y al reconocerla, sonríe sabiendo que si la mata se llevará la mayor gloria de la batalla. La agarra del cuello e intenta en vano congelarla. Tzaria sonríe de vuelta y de un grito desprende de su boca una llamarada que le incendia la cabeza como si de una cerilla se tratara. Otro mago genera una onda para cortarle el cuello que no causa ningún efecto. El muro se derrite ante el ataque continuo. Ikarión les grita a los dos magos restantes:

—¡Dispersaos!

Los magos crean una niebla helada con la intención de cubrir sus movimientos, sin darse cuenta de que están rodeados. El fuego incendia sus cuerpos. Ikarión escapa a tiempo al ser elevado por una columna de hielo que se pierde en la altura. Tzaria poseída por la ira, clava sus dedos en la columna y concentra su poder hasta que una fuente de magma emerge del suelo desintegrando el monolito en fuego y vapor. Tzaria mira al cielo y ve al mago precipitarse con la espada desenfundada. Salta hacia atrás, justo a tiempo para recibir un corte en la mejilla. Piensa al intentar curárselo:

«¿Qué clase de espada es esa que ha conseguido cortar la piel inexpugnable?»

La emperatriz intenta levantarse por enésima vez, volviendo a caer al suelo. Inválida, ve como Ikarión corta el rostro de su amada y llora de rabia, sintiéndose inútil. Denvas aparece con su grupo por la retaguardia del grupo de la Tzaria y ataca sin piedad con las ondas cortantes potenciadas por gemas, hiriendo y acabando con la vida de unos treinta magos. En el suelo, los heridos observan la lluvia macabra de brazos, piernas y cabezas. Un nuevo muro de fuego es generado por los magos Niré que se miran los unos a los otros desmoralizados ante el miedo. El grupo de Denvas desaparece.

Bek-Ehen junto con sus tres magos, ve como caen los invocadores de elementales del camino. Piensa:

«Estamos perdiendo. Los enfrentamientos directos son inútiles. ¿Cuántas gemas habrán traído? —Mira a su alrededor y sonríe—. Aún poseemos la ventaja del territorio.»

—Bajemos al camino —dice el antiguo Tzario a sus compañeros malheridos—. Es hora de utilizar al magma como aliado.

Los magos de hielo del camino suben la pendiente de Tzarás ocultándose en la ventisca. Bek-Ehen y sus dos compañeros llegan a tiempo para invocar al magma que emerge en ríos anchos, entrecruzados. Los magos Erín, invisibles, congelan el magma a su paso sin ser conscientes de que con ello delatan su posición. Bek-Ehen invoca varios chorros de lava que brotan por distintos orificios rodeándoles, deshaciendo todo intento de escapada, hasta que una nueva explosión que mueve el suelo destruye sus esperanzas de vida en un chorro de lava que les hace explotar en miles de pedazos.

El mago supremo del hielo se arrepiente de haber realizado un movimiento que no ha sido definitivo. La Tzaria se prepara para realizar un nuevo ataque. Veinticuatro magos le envuelven

concentrando su energía para realizar el movimiento final. Ikarión ve a Denvas acercarse y sonríe. El suelo se tambalea a sus pies dispuesto a explotar ante el hechizo de sus adversarios. Clava la espada en el suelo con las dos manos neutralizando el ataque, a la vez que hinca su rodilla observando cada instante de su vida. Levanta la vista y ve a la Tzaria saltando hacia él. Esta vez sabe que ningún muro le protegerá, ha llegado su fin. El brazo derecho de la Tzaria retrocede dispuesto a arrancar el trofeo del cuello. Denvas se interpone impulsada por una onda de hielo, pasando a través de los magos del fuego. La garra de la Tzaria se encuentra con su armadura, penetrándola hasta llegar a la carne, destrozando un riñón. Llega a los intestinos y se cierra. Los brazos de Denvas caen sin fuerza en los hombros de la Tzaria, a la vez que un vómito de sangre le mancha la cara al ser sacado el brazo de entre las tripas. Las miradas se cruzan, reconociéndose. Denvas sonríe y le dice con su última palabra:

—Puta.

Denvas cae al suelo a punto de morir, satisfecha al haberle salvado la vida a su maestro. Le gustaría poder mirarle a los ojos y decirle: —Te devuelvo la vida que me concediste—. Pero las fuerzas no le dan para nada más que un último suspiro.

Los demás magos del hielo lanzan sus ondas heladas hacia la Tzaria intentando salvar a su maestro. Ésta se da la vuelta por reflejo para encararlas. Las ondas se deshacen al chocar con la piel indestructible cubierta en fuego. Ven su fútil intento antes arder. Sus cuerpos se convierten en llamas carnosas contenidas por el ardiente metal.

Una lágrima se escapa surcando el rostro de Ikarión, tras ver morir a la que consideraba su hija. Se levanta desenterrando la espada a la vez que realiza un corte dispuesto a diseccionar a la Tzaria. Ella apenas puede esquivar el ataque, rajándole desde donde comienza la pierna izquierda hasta el pecho. El chorro de sangre surca el aire antes de verse rodeada. Las llamaradas de los magos Niré llegan. Un grito se oye. La espada se alza en el cielo atrayendo al fuego. Ikarión aparece con el rostro y los dedos de las manos quemados.

Sui que se había arrastrado como un gusano por el suelo, atraviesa el muro hasta encontrarse con su amada tirada en el suelo. Piensa olvidándose de los malos momentos:

«Amor mío, amor mío, no te mueras.»

La emperatriz acaricia a su amada dándose cuenta de que está viva. Le pregunta:

—¿Cómo te encuentras?

La sangre mana. La emperatriz intenta cerrar la herida superficial, pero no puede.

—Sobreviviré —contesta sonriendo al sentarse, queriendo volver a combatir sin tener fuerzas para ello.

—Siempre lo has hecho —le dice con una sonrisa de amor de las que hacía ya mucho tiempo no veía.

Los magos Niré se separan rodeando a Ikarión. Bek-Ehen llega con los dos supervivientes y grita:

—Magma y explosión, uno, ¡dos!

Ikarión vuelve a clavar la espada en el suelo al entender las intenciones de su enemigo. Bek-Ehen aprovecha la ocasión, lanzándole una bola de fuego que estalla en su objetivo. El emperador cae al suelo con la espada en la mano, sabiendo que en el momento en el que la pierda, habrá muerto. Grita de dolor al sentir la armadura quemando su cuerpo. Las últimas gemas Erín que ésta poseía protegiéndole, desaparecen.

Se levanta y grita:

—Me rindo, habéis vencido.

3.13

Ikarión enfunda la espada y genera una onda de hielo invisible que enfría su armadura. Los magos Niré se acercan corriendo, rodeando al mago, dispuestos a rematar a su presa, que permanece inmóvil. Bek-Ehen desconfía al ver los ojos cerrados y las palmas juntas del mago Erín. Se dispone a detener a sus compañeros, pero es demasiado tarde. Ikarión danza en círculos generando las hondas cortantes. Los magos confiados intentan detenerlas en vano creando sus muros. El ataque del mago supremo concentrado les despedaza. Bek-Ehen salta a tiempo cayendo inconsciente al golpearse la cabeza.

Tzarás estalla. El suelo tiembla y el cielo se quiebra en una tormenta piroclástica que repele la ventisca.

Ikarión se acerca victorioso ante un cementerio ardiente. Desenfunda la espada y deshace el muro de fuego que defiende a los heridos. Observa a su alrededor tan solo viendo ojos llenos de miedo. Enfunda la espada, sonríe satisfecho y levanta un muro de hielo en donde antes había uno de fuego.

El emperador se acerca a la Tzaria viendo como otro ser tullido la protege. Le pregunta:

—Te reconozco iniciada. Mucho has cambiado ¿Dónde está la emperatriz?

Sui deja de contener el odio, se da la vuelta y le dice:

—Aquí estoy usurpador.

Ikarión ríe al ver su rostro deformado. Le pega una patada para ver si tiene alguna daga oculta, se agacha a su lado y le dice:

—Mira en lo que te has convertido. Se ve que nunca entendiste a Menaator. Tuviste una oportunidad y la perdiste.

Los ojos de Sui-Gunar brillan. Toda la rabia, la vergüenza, la represión, la impotencia y las ansias de venganza y violencia, se unen en un solo sentimiento de odio inconmensurable. Tzarás vuelve a estallar, el magma cae desde la cumbre. El mago mira hacia la cúspide y se da cuenta de que llegó la hora de acabar con su cometido e irse antes de que sea demasiado tarde. Vuelve la mirada hacia su presa y la suelta lleno de un miedo repentino que

es incapaz de comprender. Los ojos de la emperatriz han dejado de ser humanos, tampoco son los ojos elementales de un mago. En ellos reside una fuerza destructora primaria, sin consciencia alguna, con el único objetivo de destruir todo lo que se encuentre a su paso.

La emperatriz se levanta sin ningún esfuerzo. Grita y la cúspide del volcán estalla en mil pedazos haciendo que la lava caiga en todas las direcciones. El suelo es sacudido con violencia. El agotado emperador pierde el equilibrio y cae de rodillas. En un último esfuerzo inspira generando varias ondas heladas que al envolverle, le hacen desaparecer.

Sui-Gunar vuelve a gritar convirtiendo en vapor la poca nieve que quedaba en la pendiente. Ikarión queda al descubierto. La emperatriz mueve los brazos generando torbellinos de fuego que desparecen al chocar contra la espada que el emperador sujeta como puede. El mago oye un sonido a su derecha y gira la cabeza justo a tiempo para ver a la Tzaria dándole una patada en el estómago que le hace caer de rodillas perdiendo el control de sus manos. La espada choca contra la tierra negra. Tzaria cae al suelo también. La emperatriz sonríe y vuelve a chillar lanzando con todo su cuerpo una llamarada que se convierte en un meteoro ardiente. El emperador junta sus manos generando un escudo de hielo que es consumido estallando en vapor, lanzándole a gran distancia. La cortina de ceniza y la lava se acercan. El desfigurado mago grita lleno de dolor con varias costillas rotas. Respira con dificultad e intenta ponerse de pie. Una mano le coge del cuello, estrujándole como a una ardilla inofensiva. Ikarión trata de inspirar. Sus ojos se abren desorbitados al sentir la mano de Sui-Gunar llegar hasta su corazón. Se oye un alarido del que se desprende toda la ira contenida de la emperatriz. Las llamas emanan de su boca incinerando la cabeza del mago hasta dejar el cráneo negro que se deshace en cenizas. Mira el corazón sangrante, lo tira al suelo y lo pisa. Eleva su rostro aún poseído por la furia y vuelve a chillar. El volcán estalla destrozándose a sí mismo. Las rocas ígneas cubren el desierto en una lluvia de meteoros. Una gran onda de fuego y humo, rodeados de rayos, asciende al cielo generando terremotos que retumban por todo el continente.

Donde antes residía Tzarás, ahora no hay más que un inmenso lago de magma.

Los pocos sobrevivientes salen de él, desnudos, renacidos, con nuevas energías tras haber sentido el poder Niré llevado al extremo. Bek-Ehen ayudado por uno de sus aprendices reagrupa a los magos

y sonríe al ver que Haikanon-Hen ha sobrevivió.

Sui-Gunar reside en el borde junto a su amada con la cicatriz inmensa sellada. Las miradas se cruzan llenas de amor y el beso esperado llega fundiendo a ambas en ardiente pasión, tan intensa que sorprende a Tzaria. Mira a los ojos de su amada y ve algo inhumano, una fuerza incontrolable llena de destrucción.

La emperatriz sonríe y le dice:

—Es hora de volver a mi imperio.

Espero que hayas disfrutado del libro.

Para más información visita mi blog:

www.demianmelhem.com

O mi página de Facebook:

@demianmelhemquesada

También tengo un canal de YouTube con mi nombre,
Demian Melhem.

Hasta pronto.

Demian Melhem Quesada.